

# DIARIO DE LA MARINA

Decano de la Prensa de Cuba

Sección dominical  
Literatura-Amenidades  
Reportajes-Colaboraciones  
exclusivas de Europa y  
America

Habana, 21 de Mayo, 1939

## ¿QUÉ QUEDA DEL TRATADO DE VERSALLES?

### VENCIDOS Y VENCEDORES

### SE HALLAN HOY COMO en 1914

Allí está también el Franco-Soviético, abandonado por el repudio de la opinión francesa.

El famoso Tratado, firmado por los hombres que iban a dar la paz al mundo, reposa en los archivos del Quai d'Orsay. De él no queda nada, excepto este pergamino cuidadosamente guardado



**EL CONTENIDO DE ESTE ARTICULO REGISTRA, UNO POR UNO, LOS ORIGENES DE LA ACTUAL INQUIETUD INTERNACIONAL**

son y procedieron a redactar un tratado al antiguo estilo. Es decir, un tratado en el que había vencedores y vencidos y se imponían cargas a estos últimos imposibles de cumplir. Wilson había imaginado una paz sobre cinco grandes categorías de cuestiones:

1a.—Liberación de nacionalidades oprimidas (problema que se llama de minorías), restitución a Francia de la Alsacia y la Lorena, cesión a Italia de las tierras irredentas, autonomía a los pueblos de Austria y lo mismo a los del Imperio Otomano.

2a.—Reducción progresiva de los armamentos y abolición de la diplomacia secreta.

3a.—Supresión de las barreras económicas y la igualdad comercial para todas las naciones y libertad de navegación para todos los mares.

4a.—Reparto equitativo de los países que podían originar luchas, teniendo en cuenta los intereses de las poblaciones indígenas y las necesidades de las potencias.

5a.—Creación de una Sociedad de Naciones, en las que todas debían tomar parte con igualdad de derechos y obligaciones y que debía ser el árbitro para todos los litigios de carácter internacional.

¿Cumplieron esto los vencedores?

La preocupación de éstos fué destruir el poderío político e industrial de los vencidos. Entre las medidas que se adoptaron, existían las siguientes:

Declarar a Alemania culpable de la guerra. Cobrar una indemnización que permitiese a los aliados volver a la situación anterior al conflicto. Creación de una serie de estados para tomizar a los imperios vencidos. Confiscación de las minas de Thionville, de las siderurgias de los Stinnes, los Tyssen y los Roehling, en la Lorena. La ocupación del Ruhr y la entrega de igual cantidad de carbón que la producían las minas francesas destruidas; la ocupación de las minas del Sarre. Pri-

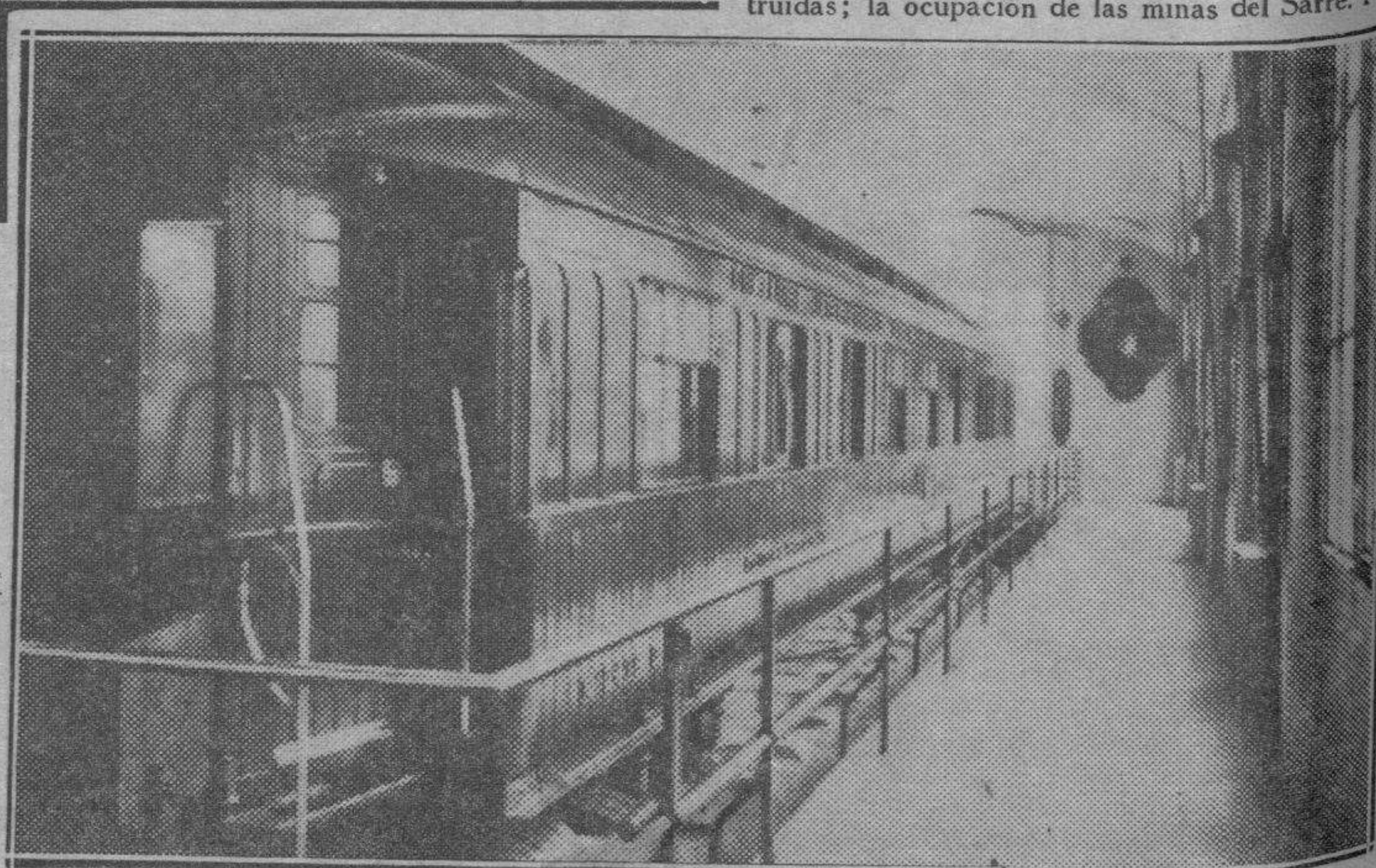
**A**L tratado de Versalles le ha ocurrido lo que a esos buques encallados en la costa y abandonados a los efectos destructores del mar. Este acaba por desmenuzarse, pero antes todos se llevan cuando, estando a mano, tiene algo de valor. Quien unos pernos, otros una cuaderna, alguno un calabrote. Lo que pueden, en suma.

¿Qué queda de él a estas alturas? Lo abandonan, incluso, los propios autores. Hace algún tiempo, Italia se ha desentendido de todo compromiso.

Han pasado escasamente unos veinte años desde que los austroalemanes, abatidos en la gran guerra, tuvieron que aceptar, por la presión abrumadora de la victoria aparente de sus enemigos, las tremendas cargas del vencimiento. Se imponía una vez más el ¡Voe victis! del caudillo galo.

Acabada la contienda, nadie supo aprender la gran lección que los hechos ocurridos brindaban. Y esta era que, en lo sucesivo, en las guerras, contra lo que ocurría antes, no deberían existir vencedores ni vencidos.

Sólo Wilson, a quien con notoria injusticia se llamara visionario, se percató de lo que enseñaba la terminada catástrofe y se aprestó a sentar la paz sobre sus famosos catorce puntos. No



Arriba: el Sr. Orlando, jefe del gobierno de Italia en aquella fecha, firmante del Tratado de Versalles. INSERTO: El tratado con sus firmas.— POR ULTIMO: El prólogo del Tratado—el Armisticio—fué firmado en este vagón, que hoy se conserva en el bosque de Compiègne en un edificio declarado Museo Nacional.

pudo lograrlo, sin embargo, con sus esfuerzos. Clemenceau, Lloyd George y Orlando, coaligados por pactos anteriormente convenidos, apartaron a Wil-

son y procedieron a redactar un tratado al antiguo estilo. Es decir, un tratado en el que había vencedores y vencidos y se imponían cargas a estos últimos imposibles de cumplir. Wilson había imaginado una paz sobre cinco grandes categorías de cuestiones:

# ¿QUE QUEDA DEL TRATADO

de

# VERSALLES?

... y locomotoras y sustitución de todos los buques mercantes hundidos durante la guerra. Hundimiento de la flota de guerra alemana. Desmilitarización de una zona alemana contigua a Francia. Libre tránsito en Alemania, durante cinco años, de los productos alsaciano-lorenenses. Pérdida de todas las colonias. Reconstrucción de todos los departamentos franceses destruidos. Pago de las siguientes cantidades como indemnización: 20.000 millones antes de 1921; una emisión de 40.000 millones, entre 1921 y 1926, igual suma en bonos fijar por la comisión designada al efecto y otras cantidades que se determinarían posteriormente. El día 7 de mayo de 1919, los delegados austro-alemanes aceptaron las duras condiciones del tratado de Versalles.

Pero en la práctica demostró bien pronto que, a pesar de la potencialidad económica de los sucesos vencidos, no podían satisfacer las gigantescas indemnizaciones señaladas en el tratado. Y como se aceptaba el pago en mercancías, lo que ocurría era que el conceptuado como principal vencedor, Alemania, se tornaba el más peligroso de los competidores, con la consiguiente desesperación de las industrias de los países vencedores que se veían desplazados por aquellos que creían definitivamente apartados de la lucha mercantil.

Entonces se observó un fenómeno curioso: invivibilizada la industria alemana, tanto por falta de materias primas que no tenían con qué adquirir, como del comercio exterior, que tenían prácticamente cerrado; reducido al mínimo el comercio interior y obligados a entregar, como retribuciones, enormes sumas, vieron forzados a emitir enormes cantidades de papel moneda que en momentos iban depreciando el signo monetario. Pero todos los países del mundo, y a la cabeza los antiguos aliados, creyendo en el poder de recuperación de Alemania, adquirieron, sin darse cuenta de la pérdida progresiva del marco, centenares de millones de esta divisa. Se llegó así a este doble resultado sorprendente: en primer lugar, llegado a cero el valor del marco, los alemanes se hicieron forzosamente con una suma colosal de monedas extranjeras (francos, libras esterlinas, dólares, pesetas, etc.), por la que, en realidad, no habían dado más que billetes sin valor. En segundo lugar aparecían que todos los países, y especialmente los aliados, comprados por los marcos, les proporcionaban los medios de adquirir materias primas y poner de nuevo en marcha la gran industria alemana que resucitaba así, a pesar de cuanto para destruirla había hecho el tratado de Versalles.

Esto y la crisis universal de 1920 fué la señal de derrumbamiento del famoso pacto. Después vinieron los obligados golpes de mano del Reich,

los famosos hechos consumados: la recuperación del Sarre y del Ruhr, la ocupación de la zona desmilitarizada, el rearme, la consumación del Anschluss, etc. De hecho, salvo lo de la devolución de las colonias, la imputación de la culpabilidad de la guerra y el problema de las minorías raciales—muy reducido ya—nos encontramos como antes de la guerra, es decir, como en julio de 1914. Con los mismos riesgos y con las mismas incomprendiones.

Wilson tenía una visión certera de lo que tenía que ocurrir. Combatido por unos y por otros, llegó incluso a presenciar un hecho insólito: la famosa Sociedad de las Naciones, concepción norteamericana, empezaba su vida sin contar en su seno a los propios creadores. Hoy, su suerte está echada.

Aún duran y durarán los trastornos y perturbaciones que originó la gran guerra. Todos los pueblos, sin excepción, incluyendo a los supuestos vencedores sufren agudas crisis: paro obrero, luchas aduaneras, colosales imposiciones tributarias, rearme, agitación política y social, depresión económica, etc.

Las guerras actuales, por lo mismo que son de lucha de una nación entera contra otra u otras, requieren tal acopio de energías y elementos, son tan enormemente costosas, que la extenuación llega por igual medida a todos los combatientes. A pesar de esto, es posible que los hombres no aprendan del todo la lección. Mucho le temen ya a la guerra, pero no basta.

Del tratado de Versalles, no queda más que el



esqueleto. Es una ruina histórica. ¿Qué verán en él los hombres de estado? ¿Aprenderán su lección?

Porque si la aventura se repite no diremos ya, ¡ay de los vencidos!, como antaño, sino, ¡ay de la humanidad!

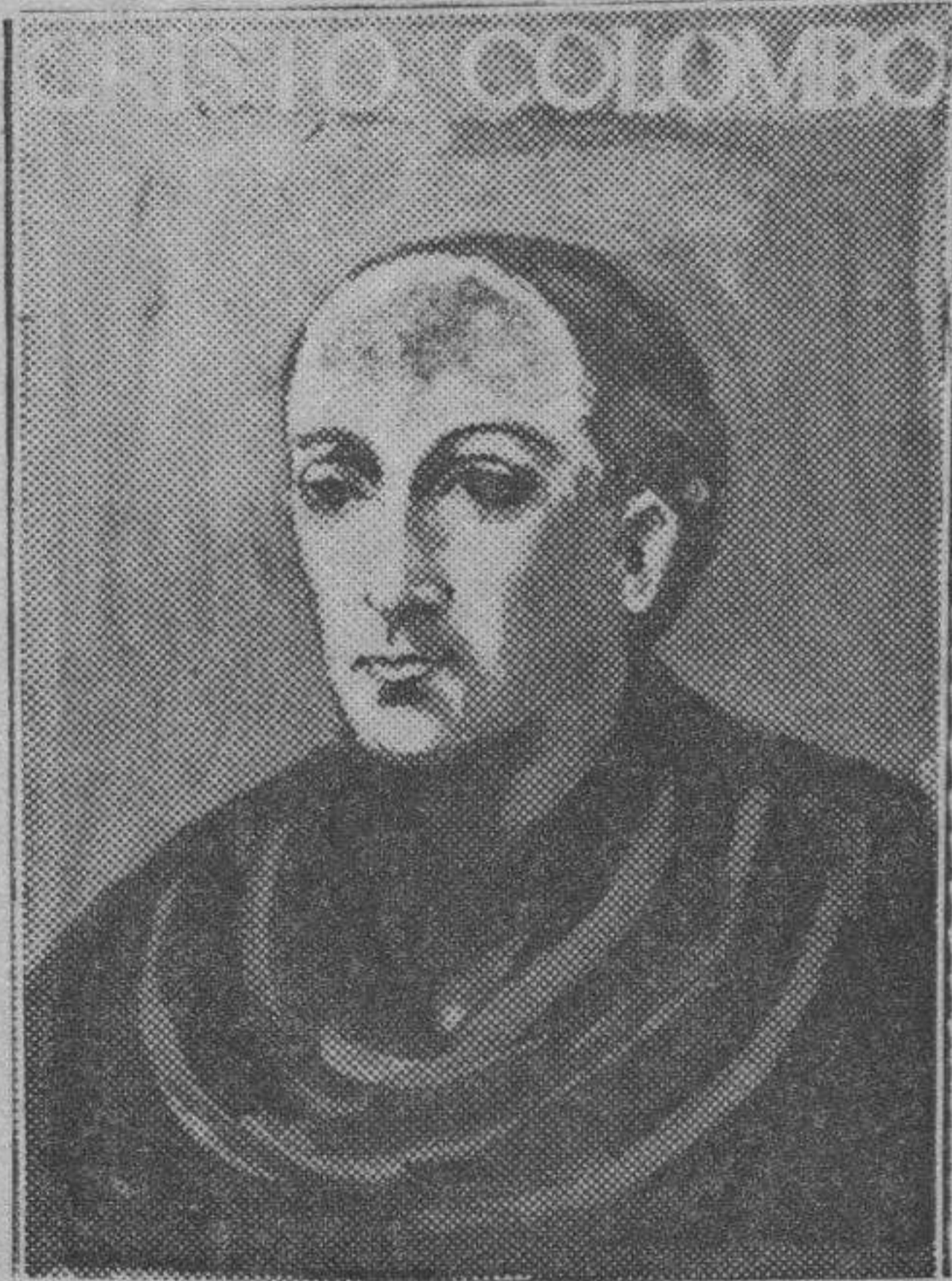
# ¿SE LLAMO "Santa María" LA NAO DESCUBRIDORA?

Por el doctor Benigno Sousa

**D**ESDE la primera vez que doblé las páginas de «La Historia General y Natural de las Indias», del capitán Gonzalo Fernández Oviedo y Valdés, «Primer Cronista del Nuevo Mundo», me llamó la atención que la nao o carabela que mandaba Colón tuviera por nombre *La Gallega* y que esta circunstancia, más en una tierra como la nuestra, en donde tanto abundan los gallegos, no haya sido muy divulgado, es decir, no llegara hasta el vulgo, ni aun al conocimiento de los primates de la Colonia gallega (nunca hemos oídos, orgulloso, jactarse de ello a Jesús María Bouza) y, por ende, que esta circunstancia no fuera más del dominio público. Siempre, después de aquella lectura, en toda ocasión, como cayere en mis manos algo sobre Colón y sus viajes, me tropezaba a cada paso, no con *La Gallega*, sino con la tradicional «Santa María», sin que la mayor parte de los autores de esos libros nos advirtieran de este cambio de nombres y, menos nos explicaran, cómo desapareciera esta Gallega y dónde y cuándo se trasmutó su nombre por el de la Santa María.

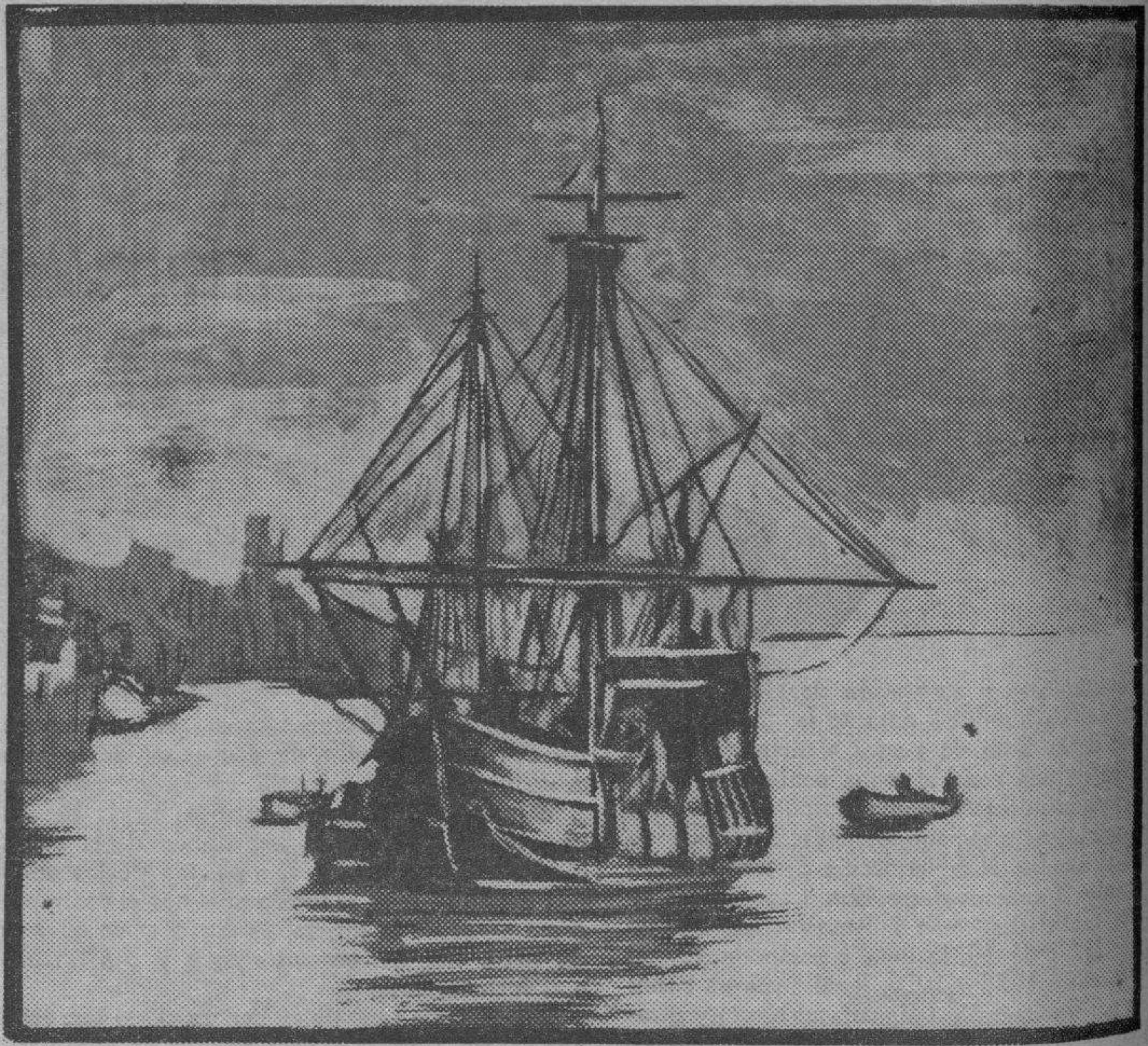
Oviedo, categórico, afirma en su Capítulo V: «Debeis saber (1) que desde allí principió su camino con tres caravelas, la una e mayor de ellas llamada *La Gallega* y las otras dos...» Más adelante insiste el Cronista de Indias, «Destas tres caravelas era Capitana *La Gallega*, en la cual iba la persona de Colón; de las otras dos, la una se llamaba *La Pinta*...»; cuando ocurrió el final de esta desdichada Gallega: «E fizo hacer un castillo cuadrado, a manera de palenque, con la madera de la caravela Capitana o *Gallega*», y, en fin, en cada ocasión, como aluda a la nave de Colón, ni por asomos aparece por ninguna parte la Santa María.

Esta omisión en hombre tan prolijo, tan nimio, tan fastidioso en sus relatos, que dedica párrafos enteros a consignar cómo Doña Margarita Vergara, su mujer legítima, al igual de «Antonia, hija de Druso Romano, jamás escupió», contemporáneo del descubrimiento, conocido de Colón, amigo de sus hijos, gran



amigo de Vicente Yáñez Pinzón... «que fué uno de los primeros pilotos de aquellos tres hermanos Pinzones, de quien queda hecha mención, porque con este yo tuve amistad hasta el año de 1514, que murió» nombrado por Carlos V historiador oficial de las Indias, a donde hizo doce viajes, esta inatención, digo, para nombre tan sagrado cual lo fuera el de la Virgen, suscita la natural curiosidad en quien, sin graduarse, como yo, de americanista, ha leído como todo el mundo algo sobre el descubrimiento de América.

Esta carabela *La Gallega*, procedente del Cantábrico, recia y fuerte, para poder navegar sobre las olas de aquel turbulento mar, era de la propiedad (o por lo



La Santa María, reconstrucción del capitán Guillén y Tato para la Exposición de Sevilla (1929)

menos poseía la mayor parte de sus acciones) su piloto Juan de la Cosa, o Juan Vizcaíno, santónes, y esta barca, maciza, rechoncha, cual suelen ser las hijas de la Suiza española, que era por detrás de popa «en faises rondes» (2), por esa similitud de formas con las exuberantes paisanas de Bouza, ¿se bautizó así o fué Gallega por su posible matrícula de algún puerto de Galicia? Estas hipótesis son todas posibles. El caso es que, al revés de sus otras compañeras, tripuladas por andaluces, ella lo fué por aquellos rudos marinos del Cantábrico, a quienes *masacraron*, como todos saben, los indios de Quisqueya, ya que la mayor parte de ellos, formaron la guarnición que, improvisador, dejara Colón en el fuerte Natividad, de los cuales no quedaron ni rastros.

Según este mismo Oviedo, «Las cinco naos más famosas del Mundo» fueron: el *Arca de Noé*; *Argos*, la nave a la cual tripulaba Jasón cuando marchó a la conquista del Vello de Oro; la que fabricara Sísore, rey de Egipto, de 280 codos de largo; la otra, «la quarta nave famosa llamo yo a aquella en que el Almirante primero destas nuestras Indias, Don Christobal Colón descubrió... llamada la «Gallega» (3) y la «quinta nao famosa la «Victoria» del capitán Johan Sebastián al Cano».

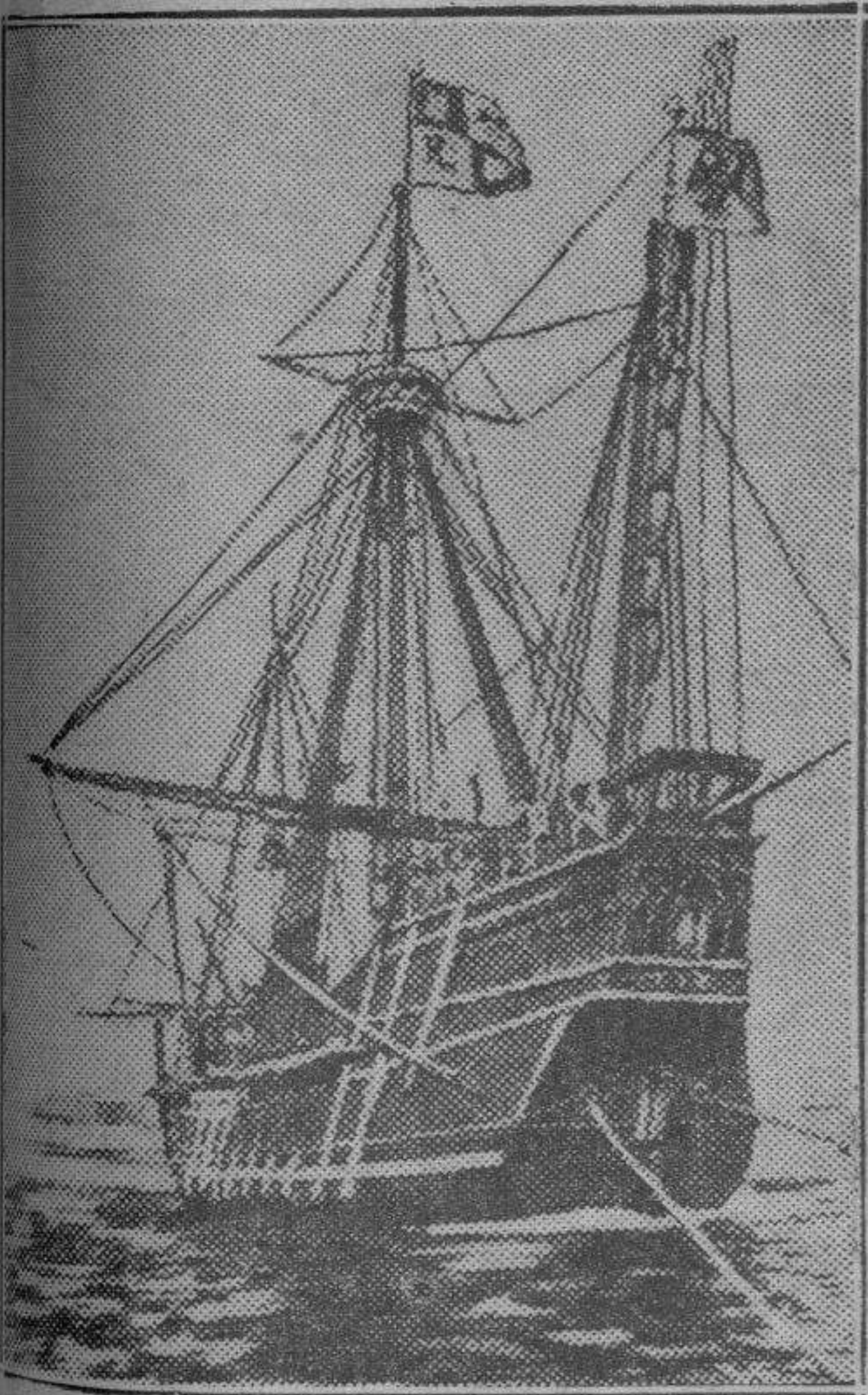
El otro gran historiador de la América, el segundo en el orden del tiempo, ya que fechó el envío de su obra al Colegio de San Gregorio en 1559, lo fué el Obispo de Chiapa, el famoso Fray Bartolomé de las Casas, a menudo mejor informado que Pedro Martir de Angleria (Harrisse). En su «Historia de las Indias, muchas veces alude y con fogosa vehemencia refuta la obra de su émulo Oviedo; y, por tanto, es raro que tampoco aparezca en ella la Santa María, y que siempre, cuando al barco de Colón se refiera, lo llama constantemente, en bastardilla, *Capitana*, mientras a sus dos compañeras las cita, la *Pinta*, la *Niña*. «Señaló por Capitán de la una carabela que tenía nombre la «Pinta»... en la otra que llamaban *La Niña*», puso por Capitán... en la tercera que era la nao mayor que todas quiso ir él y aún aquella fué *La Capitana*. Después de salir de Canarias. «Vino a la nao «Capitana» un alcatraz», más adelante: «El de la Carabela Niña se hallaba de Canarias 440 leguas, el de la Pinta 420 leguas el de la nao «Capitana», donde iba Cristóbal Colón 4000», y así, a este tenor, Capitana es en toda ocasión que la nombra la nave del Almirante, hasta su desaparición, ida a pique, frente a las costas de Santo Domingo el 25 de diciembre de 1492, después de haber encallado esa noche, arrastrada por las corrientes, a causa como todos saben, de haberse quedado dormidos Colón y el piloto.

Realmente es inexplicable esta supresión absoluta de la Santa María en la «Historia de Indias», en quien, como Las Casas, fué el único de esos cronistas que tuvo en sus manos el «Diario» de Colón, del cual sólo se conoce lo reproducido por él. Además, es también raro que en esa obra, apologética de Colón y escrita por un tan ardiente panegirista suyo como lo fué el defensor de los indios, haya éste perdido la oportunidad de enmendarle la plana a Oviedo, a quien, airado, contradice a cada paso, y critica; que haya dejado pasar esa su afirmación para no enristrarla con él, para no decirle: «No, no era la Gallega, era la Santa María»... o algo por el estilo, y que no consignara, poseedor del Diario del Almirante, este verdadero o este nuevo nombre dado a la nave de Colón. Todo esto, en verdad, es cosa curiosa y dá que pensar.

López de Gómara, Capellán de Cortés y el tercer contemporáneo que escribiera una historia del Descubrimiento y Conquista del Nuevo Mundo», publicada en Zaragoza en 1552 nada dice en su Historia de las Indias sobre los barcos de Colón.

En 1571 se publica en Venecia, en italiano, una historia de Colón, escrita, se dice, por su hijo natural Fernando, historia que traducida al italiano vio la luz en Venecia en 1571, 32 años después de muerto Fernando y cuya autenticidad tantas veces ha sido negada por H. Harrisse. Fernando Colón sólo acompañó a su padre en el cuarto viaje, sin haber cumplido aún los 14 años, de manera que no es testigo de nada, o casi nada. Menéndez Pelayo, por documentos de Bartolomé de las Casas admite que Fernando Colón escribiera efectivamente una historia de su padre, aunque nadie haya visto el manuscrito español, sino se conozca sólo esta historia por su traducción italiana, y posiblemente en ella se despachó a su gusto el traductor, desfigurando o inventando a su paso sucesos y fechas, que nunca ocurrieran; y hoy, si está admitida la existencia de esa historia, su autenticidad ha sido definitivamente puesta en entredicho por sentencia de juez inapelable, por Marcelino Menéndez Pelayo quien concluye del examen de esta cuestión del modo que sigue: «La duda empieza en aquellas cosas que ningún biógrafo anterior consigna y sobre la fe de Fernando de Colón vienen admitiéndose».

Así, pues, en esta historia, que tan poco crédito ha merecido a grandes hispanófilos, es en donde aparece por primera vez, después de 79 años de haber ocurrido su viaje, la Santa María, que no se menciona por Pedro Martir de Angleria, por Las Casas ni por Fernández Oviedo. Y nosotros, acogidos a la inmensa autoridad de Menéndez Pelayo, y aplicándole esta regla que aconseja el sabio español al asunto tenemos derecho para dudar de la existencia



La Santa María: reconstrucción de 1892. Longitud 22 metros, 60 centímetros. Ancho máximo: 7m 80 centímetros. Retrato hipotético de autor desconocido que se halla en la Galería des Uffizi, Florencia.

de ese nombre, del de la Santa María, dado a la nave de Colón, cuyo nuevo bautizo debió tener efecto muchos años después de haber desaparecido en las estuercas de Haití la Gallega.

En las «Décadas» de Herrera aparece ya el nombre de la Santa Marta, de este modo: «Armó Colón una nave Capitana que llamó Santa María». Ahora bien, esta obra de Herrera fué escrita y se publicó en el año 1600, y la de Fernando Colón 79 años después del primer viaje de su padre, es decir, a gran distancia de los hechos y muchos años después de haber aparecido las historias de Oviedo y de Las Casas.

Juan Bautista Muñoz: «La Nao mayor, procurada nuevamente para el intento se nombró Santa María y la montó Colón». Pero Muñoz imprimió su obra en 1793. Modernamente el Capitán de Fragua Cesáreo Fernández Duro, cuando el último Centenario: «Se fletó una nao de Cantabria fuerte y bue-

na». En la misma fecha, Montojo, después Almirante: «La nao Santa María (a) Gallega», en fin ¿para qué aburrir con más citas?, cuando queda demostrado que esta Santa María, tan presente y que tan profusamente es citada en las relaciones e historias surgidas siglos después del Descubrimiento, en cambio, está ausente, no aparece por ninguna parte en los cronistas contemporáneos del acontecimiento y, en cambio, al correr del tiempo, casi ha desaparecido la Gallega hasta no mencionarla siquiera Washington Irving y los que después se han limitado a copiar al historiador norteamericano, con la excepción de H. Harrisse, que sí la anota.

El mayor responsable de que la figura y la leyenda de Colón haya sido tan recortada por la moderna crítica histórica y que haya salido de las manos de esos críticos tan disminuida de talla, pese a sus méritos de iluminado, el primer culpable de ello lo ha sido el propio Almirante (4), quien tuvo el privilegio de ignorarlo todo, incluso su descubrimiento, de enmarañarlo todo, de apropiárselo todo, desde lo de haber visto el primero tierra hasta su famoso huevo, que no es de él, sino de Brunellesco, y fiel a su sino, llegar al extremo de no saberse a ciencia cierta en dónde naciera y dudarse aún hoy sobre el lugar en dónde esté sepultado (5). Para Carlos Pereyra, sagaz y agudísimo investigador, «esa falta le noticias viene de su estudiado silencio y las dudas son el resultado de su mendacidad que era desenfrenada.»

En resumen, y para terminar estas divagaciones sobre La Gallega y, como explicación a este embrollo, pudo muy bien ser que acontecimiento tan extraordinario, clasificado por uno de sus contemporáneos, López de Gómara, «la mayor cosa del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió», para que en ese maravilloso suceso y en sus actores, las naos también lo eran, no apareciera olvidado el Sancta Sanctorum y más cuando fué de ritual nominar los barcos de la armada española entresacándoles los nombres del almanaque, y sus navíos y galeones llevaban el nombre de una Santa o un Santo, para que apareciera en olor de Santidad, Colón y sus compañeros, más *sant traductor*, se inventó este cambio de nombres, fué tarde, ¿se creó por Fernando Colón o por su *soi dispu*se un mito, que no conocieron Oviedo ni Bartolomé de las Casas? Se interpoló piadosamente la Santa en la historia de su descubrimiento para disipar cierto tufillo a Judería que ya empezaba a formarse alrededor de Colón? (6) Desde luego, no somos eruditos, somos, como decía López de Gómara, «leyentes», y no podemos contestarnos estos extremos, pero si no ha sido así, si aparecen estos particulares, explicados, dilucidados en alguna obra o trabajo de los aparecidos sobre Colón, y su descubrimiento, de desear es que se aclaren por estos señores eruditos, por estos especialistas colombinos, si es que lo saben.

(1) No citamos a Pedro Mártir de Angleria, ni su obra de «Orbe Novus», impresa en Sevilla en 1511, porque nada dice de las naos de Colón.

(2) Comandante J. Viville. Navires et Marines.

tuvo por caudillo a Massaniello. Felipe IV envió a Nápoles al hijo bastardo para que pusiese término a la revuelta. Don Juan de Austria triunfó en toda la línea. Su valor desarmó a los insurrectos; su gentileza se apoderó de todos los corazones. El Españolito sintió el orgullo de su patria... Dió una magnífica fiesta en su palacio en honor del príncipe... Este acudió encantado y se enamoró perdidamente de la preciosísima hija del pintor... María Francisca se prendó también

Bailaron... El elevado galán concedió aquel honor a la hija del artista... Hablaron de amores y convinieron en un pretexto para volver a verse con alguna asiduidad... Don Juan de Austria quiso que lo retratara El Españolito, y esto habría de realizarse precisamente en su taller.

Terminó Ribera el retrato de don Juan, y aquel mismo día el bastardo del monarca raptó a la hija del pintor.

¡Pobre Españolito! ¡Todo su orgullo, todas sus ilusiones, toda su felicidad cayeron por tierra!

Hastiado de la vida, herido en el corazón, buscó refugio en una casita de campo situada en las inmediaciones de Possillipo, parroquia de Santa María de la Nieve. En ella murió el día 2 de septiembre de 1652.

¿Qué fué de la hija de El Españolito? De ella nada volvió a saberse. En cambio, sí ha quedado en la Historia el rastro de la hija que nació de aquellos amores. Se llamó doña Margarita de Austria, ingresó a los seis años de edad en el Real Convento de las Descalzas de Madrid, cambió entonces su nombre por el de sor Margarita de la



Grabado en madera que figura en la traducción latina de una carta de Colón a Rafael Sánchez, Tesorero del Rey de España, en la que le anuncia sus descubrimientos (Publicada en Roma en 1493. El grabado ha sido copiado de la edición de Basilea del 21 de abril de 1594)

(3) Entre las naos que compusieron la flota de Colón en su segundo viaje, figura, tal vez como recuerdo a la Capitana otra Gallega, otra Niña y la Mari-galante, nave del Almirante.—Pereyra, por error, dice que la primera Gallega o Santa María se llamó Mari-galante.

(4) Sus admiradores, desafortunados, también han concurrido a enmarañarlo todo.

(5) Para nosotros no hay duda. Está en Santo Domingo.

(6) Y por qué Colón no sería aragonés e hijo de judíos convertidos? Limitémosnos a señalar que si Colón logró hacer aceptar sus proyectos... lo debió principalmente al apoyo de los grandes judíos aragoneses... (La verdadera aventura de Cristóbal Colón.—Marius Andrés).

Un pintor desgraciado.  
Por un retrato que  
también lo fué



EL artista se llamó José Ribera, conocido por El Españolito, sobrenombre que le dieron los italianos cuando abandonó su tierra nativa y se instaló en Nápoles. El retrato correspondía a la efigie del segundo don Juan de Austria, el hijo bastardo del monarca Felipe IV.

Tenía el pintor valenciano una hija lindísima, María Francisca...

El Españolito logró en Italia amor, fama y fortuna. El virrey lo nombró pintor de cámara y le destinó una habitación en el palacio. Estalló años después (1647) la revolución que

Cruz, profesó a los diez y seis años y murió a los treinta y seis.

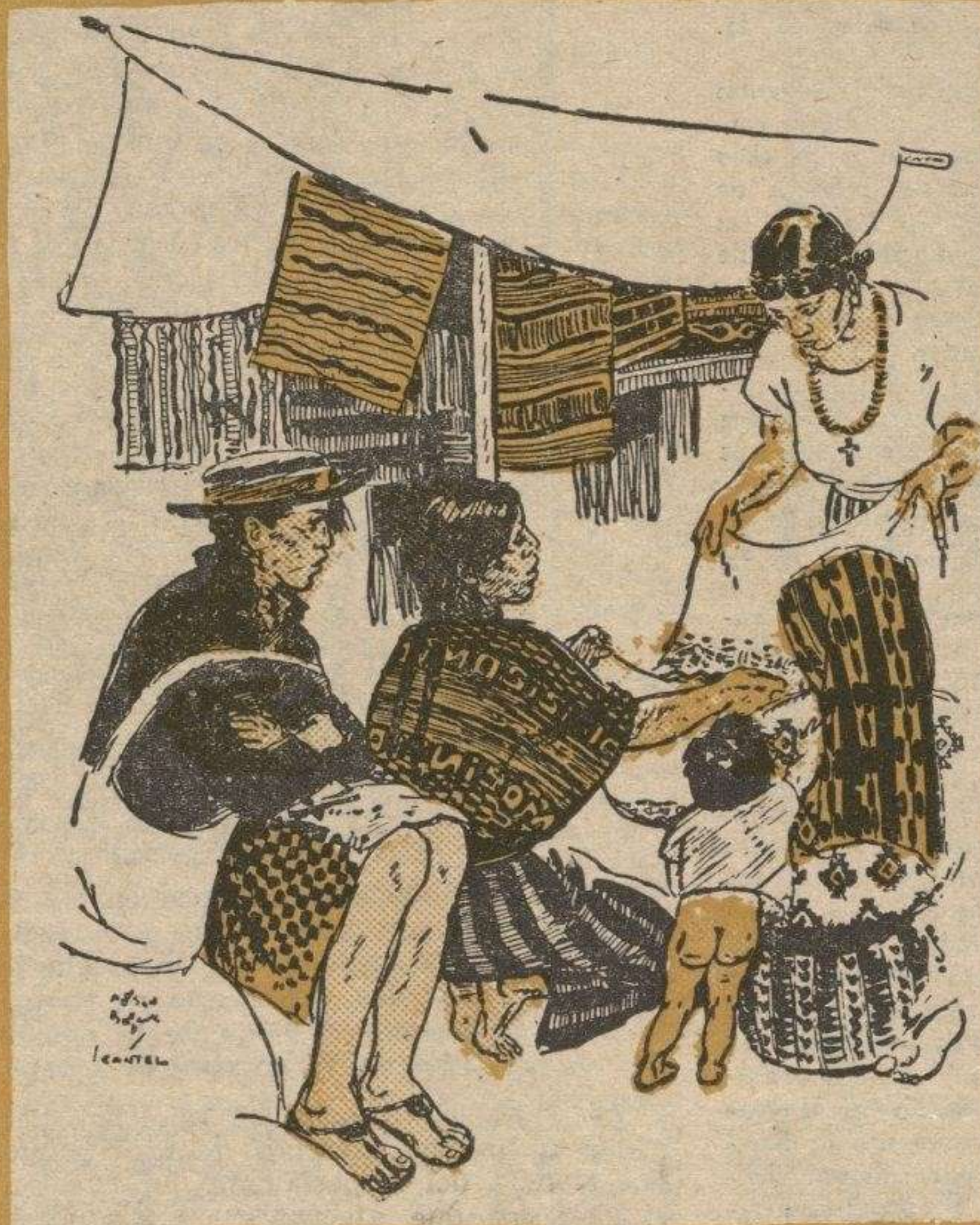
¿Qué fué del retrato de don Juan, motivo de tanta desventura? Lo único que de cierto se sabe es que hubo un grabador que lo reprodujo al agua fuerte en el mismo año en que fué pintado por El Españolito. En la obra Le departement des estampes a la Bibliotheque Nationale. — Notice historique suivie d'un catalogue des estampes exposées dans les sealles de ce departement, par le Vte. Henri Delaborde, conservateur, secretaire perpetuel de la Académie des Beaux Arts. — Paris, 1875», hay el siguiente párrafo:

«Este retrato del hijo natural de Felipe IV fué grabado en 1648, por consiguiente en la época en que don Juan de Austria, de edad de diez y nueve años y ya generalísimo de las tropas españolas en Italia, acababa de apoderarse de la villa de Nápoles, cuyas líneas, en memoria de aquel suceso, indicó el artista como fondo de su composición. Veintiocho años después la plancha fué retocada, o por mejor decir, transformada por un grabador desconocido, que atento a las necesidades de su comercio, creyó conveniente agregar dos ángeles a la obra primitiva y convertir en Carlos II, rey de España, al personaje que había representado Ribera».

Si a las manos de don Juan hubiera podido llegar un ejemplar de la transformación del grabado que primero representó su retrato y después el del monarca hechizado, seguramente habría exclamado con gesto desdeñoso:

—Ese... ¡ese es mi hermanito!

# Perfil Guatemalteco



IZQUIERDA: ESCENA EN UN MERCADO GUATEMALTECO, TRAZADA POR LA MANO MAESTRA DE ADDISON BURBANK. DERECHA: FANTASIA DE LA GUATEMALA INDIO-MAYA, REALIZADA POR R. D. PALACIOS FAMOSA POR SUS RUINAS Y MONUMENTOS DE LA CIVILIZACION PREHISTORICA MAS AVANZADA DE AMERICA

Más de dos millones de esculturas vivas de la indiana americana en la tierra de los Mayas.—Los templos y las ruinas de Antigua y Chichicastenango.—Mujeres dignas del mármol griego junto al Lago de Atlatlán.—Pintoresca como Balí es San Sebastián de la tierra caliente.—Donde el hermano Pedro y el Padre las Casas hicieron su obra civilizadora eclipsando la de las armas.

**A**DDISON Burbank es, ante todo un artista, que hasta hace pocos años desconocía la posición geográfica de Guatemala. Un día oyó hablar a sus amigos del Lago de Atlatlán, de Quiriguá y de Chichicastenango, y de los guipiles, cintas y rebosos de los nativos de esas tierras, y decidió que tenía que visitarlas para satisfacer su curiosidad emocional y estética. De ese viaje nació el libro «Perfil Guatemalteco», que ahora poco publicó la Editorial Coward McCann, de New York, con interesantes ilustraciones del autor.

Las ilustraciones son interesantes porque casi todos los seres humanos que esbozó Burbank son gente semidesnuda y semidescalza, cosa que suele alarmar a los norteamericanos que pasan por la zona del trópico donde esto es un espectáculo común y corriente. No quiere ello decir que Burbank tenga prejuicios contra el desnudo tropical; al contrario, lo presenta en sus esbozos con trazo vigoroso y acusada personalidad, y con eso da a entender que le agradan las personas y las costumbres de la indianería.

## EL IMAN DE LAS RAZAS AUTOCTONAS

De hecho, Burbank fué a la república centroamericana de Ubico atraído por el indio. Quería ver a las mujeres de Mixco cruzando el río con sus chiquillos a espaldas para ir a traer agua de la fuente sagrada; contemplar las ruinas de Kaminal Ju-yu, donde se halló el trozo más grande de piedra jade americana de que se tiene noticia; la monja blanca adornando el alma nacional en los prados y jardines; el emblema del quetzal que ama la libertad y no vive en cautiverio; ciudades viejas y cafetales; el Cerro del Carmen y la leyenda pasada de los centros donde floreció la clásica cultura Maya.

De la Casa de Rodil, construída por los españoles en 1650, hizo un dibujo lleno de gracia. Al fondo, un pico de estructura volcánica, luego un patio abierto con columnas y arcos y matas de flores, y una india con un pájaro en sus manos.

No hay que pretender, por supuesto, que este libro esté lleno de cosas españolas, ya que el 85 por ciento de la población guatemalteca o sea más de dos mi-

llones de almas, es genuinamente indígena. De don Pedro de Alvarado sólo queda allí la mala fama de que rodeó el título de Tonatio que le dieron los nativos cuando llegó en 1524 procedente de México. Quirio Cataño, escultor guatemalteco que en 1594 hizo el crucificado Cristo Negro de Esquipulas para que sus paisanos tuvieran una especie de Gruta de Lourdes, estableció así el precedente de la importancia del color de la piel, aunque les concedió a los Conquistadores el derecho de que la Virgen fuese blanca. **LOS TESOROS DE LAS RUINAS MAYAS Y LOS TEMPLOS DE LA CONQUISTA**

Para llegar a Chichicastenango, Burbank pasó primero por la capital colonial de Antigua y la margen norte del Lago Atlatlán a 5098 pies sobre el nivel del mar. De allí fué a Quezaltenango, sin omitir el Museo Aurora donde se guardan valiosas reliquias y artefactos de la cultura Maya rescatados de las ruinas de Copán, Quiriguá, Uaxactún y Kuminal Juyú. En este último lugar descubrieron los doctores Oliver G. Ricketson, Jr., y A. V. Kidder, piezas de cerámica de la tumba de un rey que correspondían a los especímenes de Uaxactún y constituyen el primer eslabón entre la cultura del altiplano y la del valle guatemaltecos.

Entre las numerosas tumbas excavadas había una pirámide con la pieza de jade de 250 libras, la mayor que se ha encontrado en el continente. Los Mayas y los Aztecas consideraban esta piedra más valiosa que el oro; nadie sabe su origen, pues sólo se la halla en las tumbas y ruinas de las ciudades mayas.

Al entrar en la capital de Antigua, el artista dice recordó la elegante frase de Robert Louis Stevenson, que aseguraba que su forma favorita del paisaje montañoso eran las catedrales. Las iglesias de Antigua, que pasan de una docena, tienen todas dimensiones majestuosas. En Antigua se hospedó en la casa de Rodil, habitada por un americano llamado Logan y su esposa doña Elena, gentil dama guatemalteca. Allí comió salpicón, gallo en chicha, frijoles con queso y plátano en mole.

## LA BELLEZA GRIEGA DE LAS GUATEMALTECAS

En Chichicastenango presencié, sobre el fondo de terciopelo de la noche, los grupos de indios arremolinados junto a las sombras de los templos y danzando al son de la música plácida de las marimbas. Cerca de la iglesia principal está el Convento de los Dominicos donde hace cien años fué encontrada la biblia de los Quiché llamada «Popul Vuh». El oratorio de otros días, situado a la entrada del monumento, se usa como barbería en los días de mercado.

El indio guatemalteco vive una economía medio-

eval de pesquería, crianzas y labores de tejidos de mantos, mantas y petates. No conoce el hambre ni la voracidad del cambio extranjero; es independiente y no gusta que lo molesten con aspavientos de modernidad. Cuando el padre Ildefonso Rossback, presbítero de Chichicastenango, instaló en su estudio un radio receptor los nativos comenzaron a sospechar que estaba comunicándose con el demonio. Odian las cámaras fotográficas, como los del suroeste de los Estados Unidos creen que cada vez que les toma la foto el fotógrafo —el Sopilote— le manda una copia a Satanás para que lo reclame como su víctima el día del Juicio Final.

De las indias semidesnudas que Burbank sorprendió bañándose en el río dice que tienen unas formas hermosísimas, y así lo indican sus bosquejos. Ha pasado que así sería tal vez la princesa Tlascalán que cautivó al agresivo don Pedro de Alvarado en los días de la Conquista.

## ARTISTAS EN UN PAIS DE ARTE Y DE LEYENDA

Rafael Yela Gunther, excelente escultor que dirige la Academia Nacional de Arte, invitó a Burbank a exhibir allí sus cuadros. Los artistas guatemaltecos que más talento tienen que hacer trabajos extraños para ganarse la vida. Fritz Schaeffer es tenedor de libros y una botica; Antonio Tejeda hace copias arqueológicas para la Institución Carnegie; Jaime Arimany es impresor; Hilario Arathoon oficinista; Ovidio Rosales Corso, fotógrafo de «El Imparcial»; Carmen Peten son anda metida en la finca de café de su marido. Únicamente Garavito y Carlos Mérida viven del arte.

Garavito Mérida es natural de Quezaltenango, estudió en México, París y Madrid, y fué discípulo de Sorolla. Es un gran pintor, el supremo de los colores, mala puede decirse, por la sensibilidad de los colores que traslada con rapidez y directamente al lienzo.

En Antigua, con sus iglesias y conventos, el viajero norteamericano se sintió emocionado por los edificios de la época colonial. En esta ciudad vivió el hermano Pedro de Betancourt dedicado durante años a curar a los enfermos y socorrer a los desgraciados. En el monasterio de Santo Domingo, destruido por el terremoto de Santa Marta en 1773, compuso Fray Bartolomé de las Casas las canciones himnológicas en la lengua Quiché que al fin y al cabo habían sido más eficaces que las armas españolas para la conquista de la Conquista. Allí llevó a cabo su experimento para probar que la persuasión podía más que los fusiles, logrando cambiar en cinco años la actitud de la Guerra en la de la Vera Paz, como se ve ahora.



# Feisal II

## Rey DEL PETROLEO,

### de CUATRO AÑOS DE EDAD

REGENCIA POR DELANTE

**Q**UIEN hubiera dicho a Mahoma que la dinastía de los Hachamitas, acaso la más importante rama de su descendencia directa, habría de ser por estos años instrumento de trascendencia en la guerra por un líquido feo y espeso que brota del vientre de la Tierra y que llaman petróleo. Es más, el petróleo aparece mezclado a fondo en esos dos movimientos que agitan con ánimo de integrarlo al Cercano Oriente, el panislamismo y el panarabismo.

#### ANTES DE SER MUSULMANES FUIMOS ARABES

No menos grande habría la sorpresa del Profeta si hubiera escuchado hace algunos años a su descendiente el Rey Feisal esta frase que es ya histórica entre los 209 millones que siguen la doctrina del Koran: «Antes de ser musulmanes fuimos árabes».

Con esa frase marchó a la decadencia el panislamismo creado por Jamal ud-Din al Afgani y el panarabismo cobró los bríos predominantes que ahora tiene. Feisal creía que la unidad árabe debía ser la preocupación primera, esa sería la base sólida que daría consistencia más tarde a la unidad de acción política de la religión musulmana sovacada por infinitas ramas y heregías. El mismo, reinando sobre 3.300.000 súbditos en su mayoría «sunitas», es decir, mahometanos ortodoxos, tuvo que aplastar con igual vigor a los «reformadores» musulmanes que a las minorías cristianas nestorianas de Armenia, Siria, Caldea y Kurdistania.

#### DONDE ESTUVO EL JARDIN DEL EDEN Y FLORECERON LAS PRIMERAS

Por allí, cerca del Tigris y el Eufrates, estaba

El niño a caballo, el que lleva uniforme militar de occidente y amplio traje oriental, es el mismo Feisal II que acaba de ascender al trono petrolero del mundo

el jardín del Edén y no lejos el Monte Ararat donde se posó el Arca de Noé. Allí nació la raza humana y florecieron las primeras civilizaciones de Ur y Caldea. Los imperios legendarios surgieron también en lo que es hoy el Iraq; los peregrinos que parten de Bagdad a las ciudades santas del reino tienen que pasar por las ruinas de Babilonia y conversan con nativos que cantan todavía las glorias de Nínive donde el temido monarca Hammurabi dictó el primer código conocido en la historia de la ley. La moderna capital, Bagdad, es la misma de Harun al Raschid y las «Mil y Una Noches». En las ruinas del Templo de Ishtar, en Babilonia, el turista puede recoger hoy día restos de utensilios que acaso tuvo en sus manos Nabucodonosor y en Kish, y sus desiertos alrededores, no hay más que remover un poco la arena para dar con pedazos de loza de barro que usaron los sumerios hace 5.000 años. Por todas partes están los recuerdos de los grandes imperios del pasado, Caldeo, Asirio, Babilónico, el Persa de la Dinastía de los Sasanias, el Medo, la Seleucia de Alejandro el Grande, el Romano, el Arabe. Una larga historia hasta que los turcos sumieron por siglos a esas tierras preciosas de historia en el olvido de su propia grandeza

#### EL PETROLEO ES AHORA LA MANZANA DE EVA

En lo que fué el Jardín del Edén el petróleo reemplaza hoy día a la manzana de Eva. Es la fruta de la discordia y la cuna del pecado de los imperialismos occidentales. El problema árabe es un problema de combustible para Inglaterra y Francia; y el «Drang Nach Osten» de Hitler no es sino otro nombre para la guerra por el petróleo. Hace cinco años el Iraq apenas producía un millón de metros cúbicos de petróleo por año, y ahora sube de cinco millones y sus depósitos apenas si han sido tocados. Mosul y Kerkuk no son sino muestrarios insignificantes de la tremenda riqueza que encierra el subsuelo de ese país de leyenda donde habita gente de todas las razas y se hablan mil y un dialectos, como que allí estuvo también la Torre de Babel. Buena parte del petróleo que importa Francia va del Iraq, y la escuadra, la marina mercante, los aviones y los ejércitos mecanizados de Gran Bretaña estarían amenazados de parálisis si se interrumpiera el chorro pardo que surge de los pozos

#### 1.200 MILLAS DE ARTERIA VITAL

Puede que la línea del Mediterráneo, Gibraltar, Malta, Suez, el Mar Rojo, lleve con justeza el nombre de «línea vital del Imperio Británico»; pero el mantenimiento de esa vía depende de otra, la «arteria vital» que lleva por desiertos y montañas la sangre-petróleo que vitaliza las defensas y el comercio del imperio. Tiene 1.200 millas de largo; al oeste del Eufrates se bifurca, una rama pasa por territorio francés para ir a desem-

bocar en Trípoli, la otra cruza por Transjordania y Palestina, para desaguar en Jaifa, al sur. La construcción de esta cañería es una epopeya de la ingeniería moderna. Antes de iniciarla hubo que romper 126 pozos en el desierto para asegurar la provisión de agua necesaria para los miles de trabajadores que iban a descender sobre la arena candente, y hubo que construir miles de líneas para conducir esa agua. Más de 100 millas de camino asfaltado fué otro preliminar que empleó a 2.000 hombres por varios meses; gran parte de él corre por sobre una sólida capa de lava. Hubo que instalar líneas de teléfonos y telégrafos y construir verdaderos bastiones para aislar a la gente que iba a acometer la empresa. Hay 175.000 soldaduras en las 1.200 millas de cañería en que 12 bombas ultra-poderosas vacían ahora, día y noche, el torrente de petróleo que va desde Mosul y Kerkuk al Mediterráneo, a los navíos mercantes, a los acorazados y aviones.

#### MAS VULNERABLE QUE LA LINEA DEL MEDITERRANEO

Esta «arteria vital» británica es más difícil de defender que la línea vital del Mediterráneo; en ésta es Mussolini el peligro con navíos y aviones que pueden ser dominados por otros navíos y aviones. Pero la arteria petrolera pasa por 800 millas de desierto barbaramente inclemente, de calores que derriten y fríos que congelan y donde bullen tribus nómades y partidas de bandidos que miran a esta «serpiente» como un engendro demoníaco de los cristianos. Durante los disturbios en Palestina más de 100 veces «la arteria vital» fué rota por patrullas de árabes rebeldes. Hay una legión árabe de soldados aguerridos que defiende esta línea y colabora con las autoridades de Iraq, Transjordania y Palestina. Pero si unas bandas rebeldes de árabes nómades han logrado cortarla cien veces en algunos meses ¿qué no podrán hacer una de espías bien dotados de elementos modernos de destrucción o una flota de aviones enemigos?

#### EL EJE ROMA-BERLIN EN LA MESOPOTAMIA

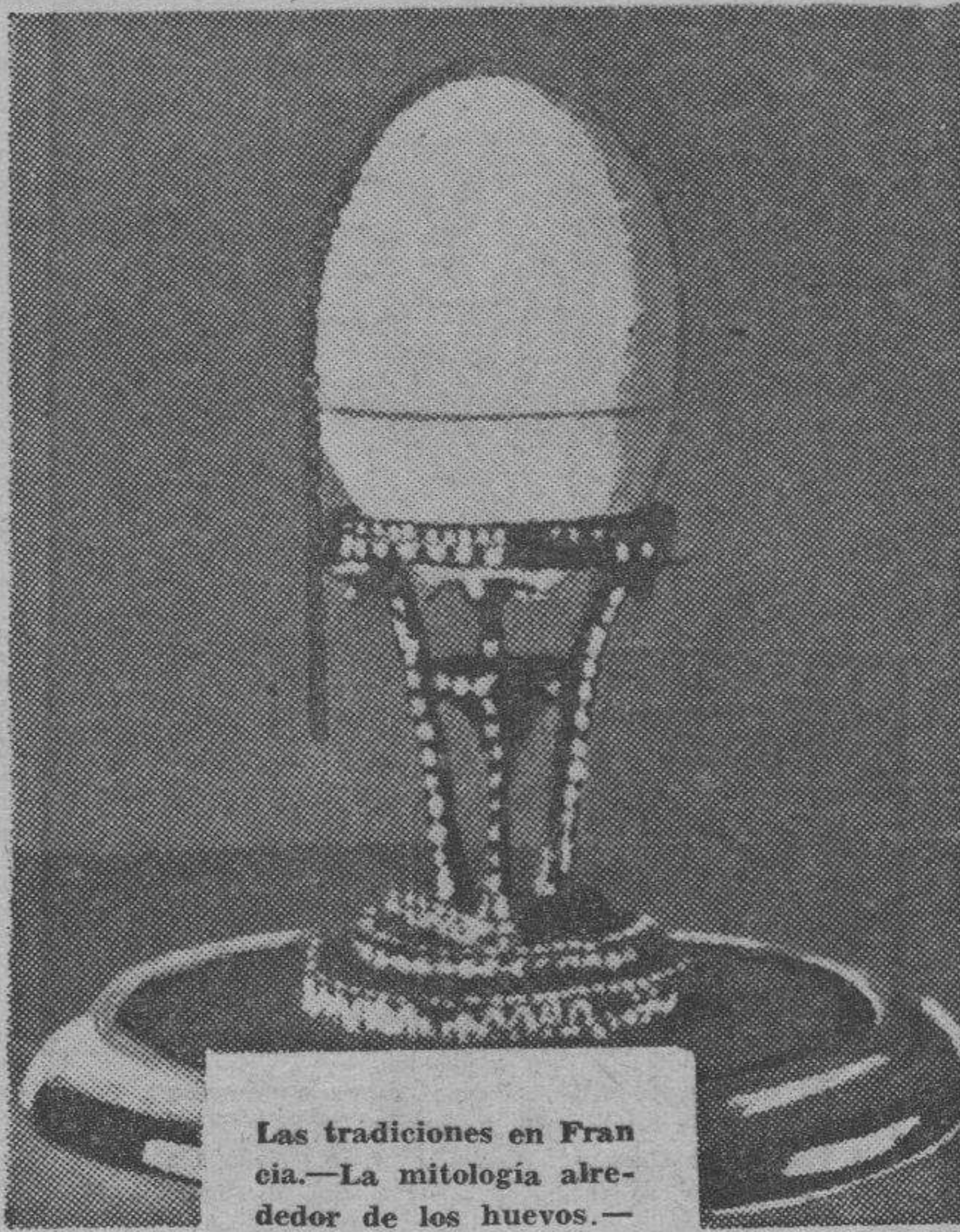
Y si los problemas de construir y cuidar de esta arteria parecían desafiar al genio y la paciencia del imperialismo británico no son menores los que afectan a la fuente misma de estos petróleos. El Iraq no es un lecho de rosas político, racial ni religioso. Toda la agitación política centra en el «imperialismo británico» es la oposición. El eje Roma-Berlín tiene sus ramas plataforma de todos los partidos y agitadores de en la Mesopotamia. Italia acaba de obtener una concesión para explorar que se transformará en una para explotar, y el doctor Groba, Ministro de Alemania en Bagdad, despliega actividades precursoras de que la swastika también va a trabar batalla con el paraguas de Chamberlain en los desiertos que bañan el Tigris y el Eufrates y cortan los desfiladeros del bíblico Jordán.

Por eso ese automóvil que se estrelló contra un poste de teléfono a las 12:30 de la noche del 4 de abril recién pasado, no sólo le partió el cráneo al Rey que iba a cumplir 27 años, sino que abrió trizaduras de incertidumbre en un centro vital del Imperio de Jorge VI.

#### 14 AÑOS DE INQUIETANTE REGENCIA

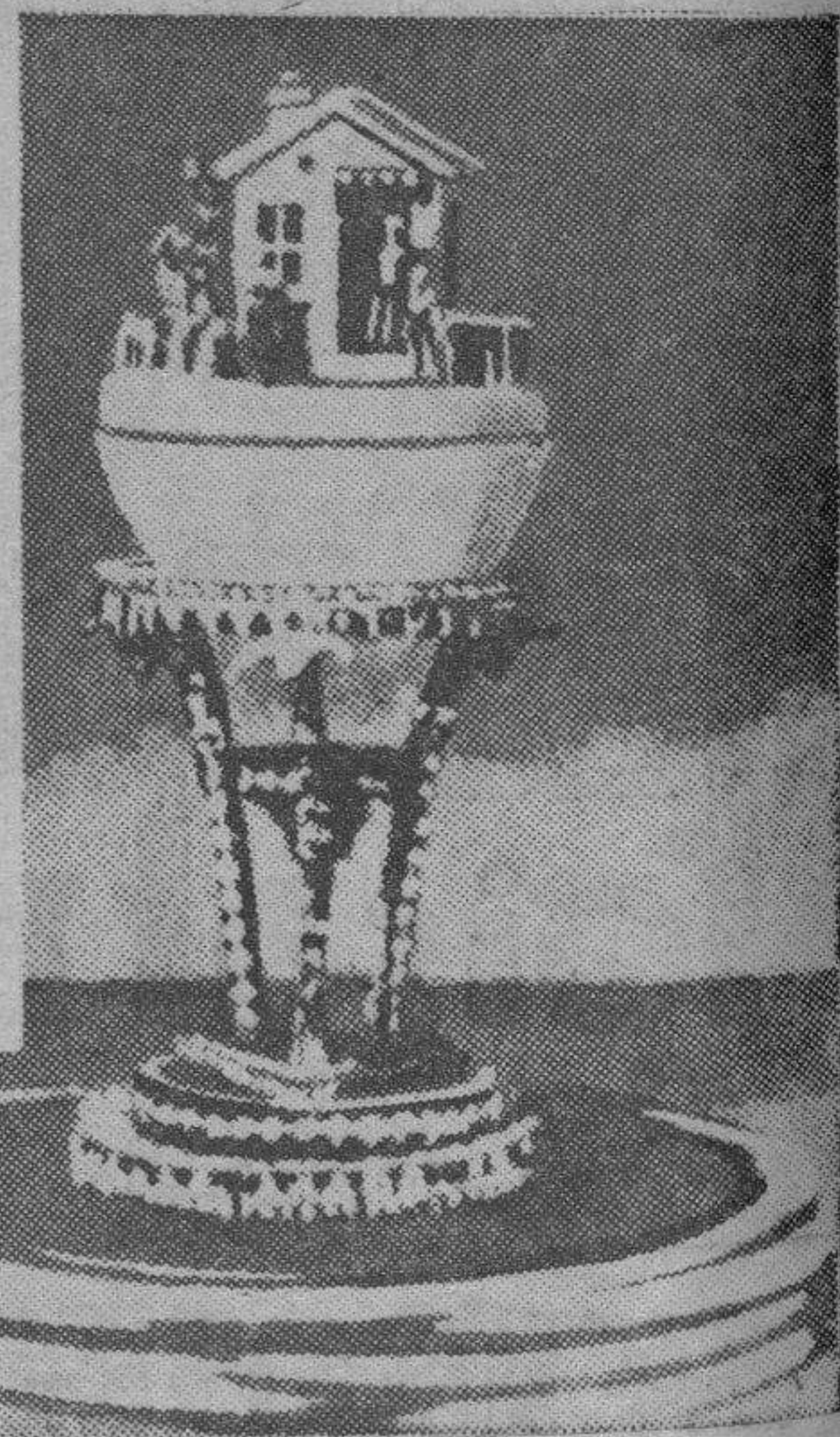
Emir Chazi Ibn Feisal se educó en Harrow y a los 12 años le dieron en Inglaterra una licencia especial de piloto que usaba para lanzarse a grandes velocidades por los caminos de Brooklands, cerca de Harrow. Cuando la muerte de Feisal lo colocó en el trono, agregó a sus establos de potros árabes garages infinitos a cargo de un regimiento de choferes y mecánicos. Tenía un Mercedes con pintura fosforescente, un Auburn con motor de 150 caballos y cuando estas velocidades dejaron de excitarlo se dió a los aviones. Iba en viaje de Bagdad al Palacio de Hartdiya cuando se estrelló. Esa noche ascendió al trono Feisal II que sólo llegará a la mayoría de edad dentro de 14 años. Serán 14 años de incertidumbre para Londres; la regencia será campo fecundo de intrigas y Emir Abdul Illah, el tío del niño Feisal que preside el Consejo de Regencia no es hombre de las energías necesarias para dominar a su pueblo rebelde en esta transición hacia la democracia. Todas las agitaciones políticas irán contra el imperialismo inglés y el fanatismo hará lo demás. Ya se vió cómo el populacho de Mosul mató a pedradas a la manera oriental y bíblica, al Cónsul de Inglaterra, Monck Mason, el día que el Rey se estrelló en Bagdad; lo convencieron los agitadores de que era Inglaterra la que había asesinado a Chazi.

**E**N Francia, como en todo buen país viejo, las tradiciones se multiplican y se mantienen a despecho del tiempo. Son las herencias del pueblo que no se despilfarran jamás. En el campo, principalmente, existen costumbres y festejos en ciertas épocas del año que animan y ponen de actualidad a los más apartados villorrios. Los forasteros a ellos acuden. El dinero y la alegría corren parejas. Las municipalidades cuidan bien de que esas tradiciones no



Las tradiciones en Francia.—La mitología alrededor de los huevos.— Los «œufs de paques» bajo los Luises.— La leyenda durante la revolución.— Actualmente los huevos de Pascua que se regalan a los amigos es comercio exclusivo de los confiteros

**POR  
RENATO  
VILLAVERDE**



# HUEVOS de PASCUA

decaigan. Son inyecciones doradas para la colectividad. Al mantenimiento de la historia a través de tales diferentes leyendas—llenas de «esprit», de gracia ingenua, de humorismo populachero—se unen finalidades mercantilistas. Varios días o unas cuantas horas de fiestas dejan una estela de francos que a todos contenta. Las tradiciones se perpetúan en beneficio de las faltriqueras. Los espíritus se regodean mientras los comerciantes hacen su agosto. Al final, quedan todos satisfechos en espera del año próximo...

Sin embargo, ciertas costumbres muy arraigadas en Francia no han permitido colorido entre los parisienes. Los populares «œufs de Paques» divierten a París en los días de Semana Santa. Es tradicional, en tal época del año, obsequiar a los amigos estos huevos legendarios, de los que hoy quiero decir unas cuantas palabras.

¿Cuál es el origen de esta milenaria costumbre?

Desde la mitología vemos al huevo ocupar en la vida un lugar de importancia. Se le consideraban como el símbolo de la creación. El huevo era principio de todas las cosas. El mundo, en su estado de caos, brotó de una cáscara gigantesca que le había inoculado el principio de la vida.

De tal creencia surgió un culto especial al huevo.

Esta costumbre simple e ingenua pronto hubo de adulterarse. Los huevos fueron objeto de idolatría y alrededor de ellos se tejieron mil supersticiones y patrañas. Los romanos, en ciertos momentos del año, destruían muchas docenas de huevos para purificar el aire. Los discípulos de Pitágoras y Orfeo, por respeto al principio creador que entrañaban, dejaron de comerlos.

No toda clase de huevos obtenían la misma adoración de las gentes. Aunque todos eran sagrados existía un ritmo para establecer esta categoría. Simpático confusionismo de la época.

Los de gallina, en la escala del sortilegio, ocupaban el primero de los turnos.

Después los seguían las posturas de serpientes. En la región de los druidas la veneración por esta clase de huevos era casi superior al predominio que gozaban por doquier los de gallina.

También se adoraban los de paloma, los de ave-truz y los de casi todas las aves de corral.

El cristianismo, al extender su maravilloso manto por el mundo, abolió esta estúpida idolatría. Pero la tradición estaba echada, y aunque desprovisto de todo carácter religioso el huevo siguió siendo un símbolo en Francia para los regalos de Semana Santa.

Mucho han evolucionado los «œufs de Paques» desde entonces hasta nuestros días.

Al principio, los huevos en esta época del año—regalos por demás muy valiosos—sólo eran ofrecidos a los grandes señores. Se trabajaban a la mano, ornados de pinturas, relieves y otras cosas curiosas representando escenas de la pasión, motivos morales y hasta a veces escenas satíricas.

La costumbre de regalar huevos, sin emigrar de las altas esferas, se adentró en el pueblo, popularizándose y manteniéndose al correr de los años.

Hubo épocas, especialmente bajo el imperio de los Luises, en que se hicieron maravillas en materia de huevos para regalar. En el museo de Versalles he visto los dos huevos pascuales que se le obsequiaron a Madame Victoria, la tía de Luis XVI. Unas fotografías de los mismos ilustran esta crónica, y en ellas se puede apreciar el delicado trabajo que llenaron sus artífices.

Cuentan que Luis XIV, al retirarse Luisa de La Valliere a la vida privada, le obsequió un hermoso ejemplar en cuyo interior, como sagrada reliquia, se conservaba un pedacito de la cruz en que murió Jesucristo.

Luis XV—los tiempos gloriosos de Watteau—elevó a su máximo el derroche de tales regalos. Su Corte, en los días de «Paques», eran un concurso de huevos ricos y originales. La du Barry recibió uno de regalo de su regio amante cuyo valor se calculó en 400 libras. El caballero de Boufflers, fino espíritu mordaz de Versalles, dijo cuando se le mostró:

«Si Madame du Barry va a comerlo pasado por agua, que me reserve la cáscara».

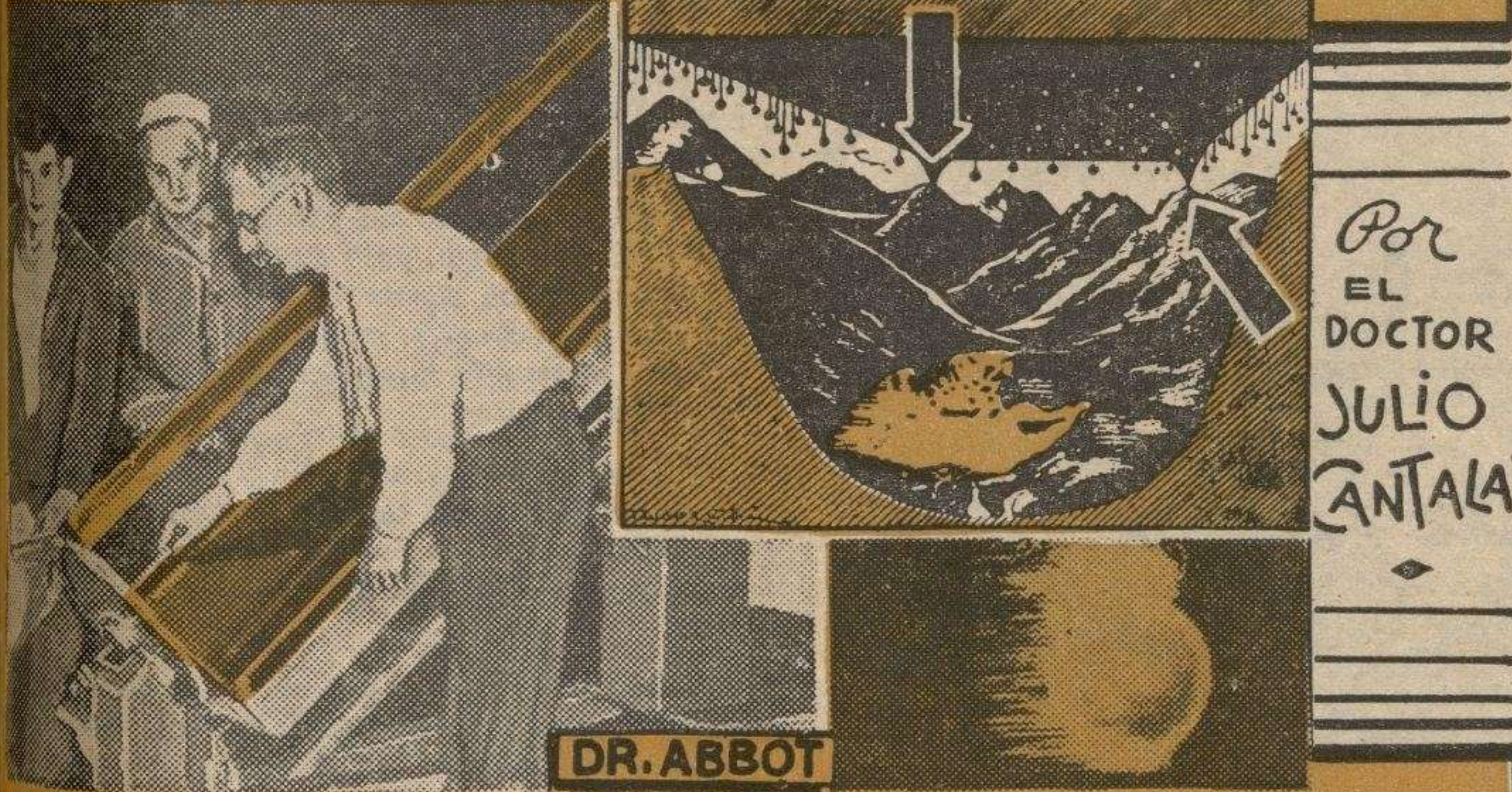
Durante la Revolución de 1889 la costumbre se mantuvo, democratizándose cada vez más. A la exquisitez que en ellos ponía el fausto de los Borbones, logrando verdaderas joyas de mérito artístico indiscutible, los discípulos de los Enciclopedistas y de Juan Jacobo Rosseau llevaron toda la agitación de la última década del siglo diez y ocho. Muchos huevos se ofrecían con los retratos de los prohombres del momento. Otros estaban orlados por gorros frigos, por Bastillas en miniatura, por guillotinas, por soeces caricaturas de los reyes y de la real familia.

Actualmente la costumbre de ofrendar «œufs de Paques» se sigue practicando en Francia. Pero ha variado mucho. La tradición se continúa manteniendo, aunque su radio de acción, desde el punto de vista comercial, se ha limitado exclusivamente a los artífices del dulce. Son los «confiseurs» quienes se encargan de llenar sus arcas cuando viene el período de Semana Santa. Los huevos de Pascua se apilonan, adornados de mil tentadoras maneras, en las vidrieras de las dulcerías. Es un verdadero diluvio de huevos de todas clases y de todos precios. Los parisienes no pueden olvidar las costumbres de sus mayores y bajo el brazo llevan a su casa y a la de sus amigos los originales huevos que recogen una tradición de milenios. La alegría de estos días, cuando se proyecta fuera de las iglesias, encuentra su punto neurálgico en los llamativos y sabrosos «œufs de Paques». Para los niños, muy especialmente, es una cascada de dulces presentados con mucho arte y que excitan sus anhelos de golosos incorregibles.

En pequeñeces como la de los «œufs de Paques» se revela el verdadero espíritu de los grandes pueblos.



# Biografías del SOL



# y de la TIERRA

**L**OS astros «ocultan» su edad, pero los sabios actúan como los «press agents» de las «estrellas peliculeras», revelando los misterios de sus vidas a fin de que el público se empape de los problemas más confidenciales... La edad de la Tierra siempre ha sido un tema de palpitante actualidad. El doctor Alfredo Lane, Presidente del National Council Research» creado por Roosevelt para guiar la investigación científica, ha iniciado un curso de conferencias sobre la vejez de nuestro planeta. El síntoma más importante del «pasaje» de la Tierra —dice el doctor Lane— surge del análisis de las rocas, en las cuales medimos su antigüedad por la «proporción existente entre el uranio y el plomo».

**COMO SE MIDE LA EDAD DE LA TIERRA**  
El plomo acumulado en estos depósitos minerales en cantidades tan ínfimas, representa el resultado de la desintegración del uranio por medio de la radio-actividad. Como esta desintegración se ve en una proporción conocida, quiere decir que al medir los restos del uranio y la cantidad de plomo, podemos casi con exactitud saber los años que la roca... En otras palabras, los restos del plomo son «las canas» de esos depósitos petrosos que durante miles de siglos se han formado en la corteza de la tierra. 2,000,000,000 de años es el promedio de la edad de las rocas terrestres, lo cual quiere decir que casi de esta edad es nuestra madre Tierra.

Otro producto de la desintegración radio-activa del uranio es el helio, pero como gas flúido, se escapa a través de los poros de las rocas y no es fácil medirse con exactitud. No obstante, a veces el helio está aprisionado dentro de una cámara de moléculas de hierro (si las rocas son ferruginosas) y entonces indiscretamente nos da la edad de estos gases petrosos. Midiendo la resistencia que ofrece el gas ante una corriente eléctrica, se puede calcular su presencia y hasta su cantidad. Un centímetro cúbico a veces está distribuido en una masa de una tonelada de peso pero es cantidad más que suficiente para averiguar cuándo se inició la formación de ese bloque roqueño.

**2,800 MILLONES DE AÑOS**  
Por este método, los astrofísicos han fijado la edad de nuestro planeta en 2,800,000,000 de años, lo cual se anota una diferencia de 800 millones de años la edad clásica fijada por el método anteriormente citado, que se basa en la graduación del plomo. Esta misma cifra ha sido señalada a la edad de ciertos meteoritos originados dentro el sistema solar quién sabe en qué astro lejano.

¿Qué quiere decir todo esto? Que la edad de la Tierra es semejante a la de los otros satélites que bailan alrededor del Sol y que por tanto la formación de nuestro sistema planetario se hizo «de un golpe», surgiendo todos los astros casi al mismo tiempo. No hubo un proceso de formación gradual, en el que nacieron los astros del Sol de varios partos, uno a uno y con intervalos de varios miles de años.

## CON UNA TEMPERATURA DE 15 MILLONES DE GRADOS CENTIGRADOS TERMINA LA INFANCIA DEL SOL

No sabemos lo que diría sobre esta teoría el doctor Norris Russell, Director del observatorio de la universidad de Princeton, famoso astrofísico e indiscutible autoridad en el problema de la edad de las estrellas. El 16 de abril, Filadelfia acogió a los miembros de la «American Philosophical Society», los cuales oyeron al citado doctor Russell disertar sobre « el pasado de la vida del Sol».

Todas las estrellas magnas —incluso nuestro astro rey— pasan por tres períodos que pueden compararse a los que se señalan en el ciclo de la vida de los humanos. El primer período, que es el de la infancia, se llama en el Sol la edad del «hidrógeno-helio», durante el cual enormes cantidades de núcleos de átomos de hidrógeno o protones (partículas con carga eléctrica positiva) se meten dentro del núcleo de elementos más ligeros que saturan al Sol, como por ejemplo: el litio, el berilio y el boron.

Por estas colisiones se producen grandes cantidades de energía y se derivan nuevos elementos que son muy inestables y finalizan por formar helio; es decir que el hidrógeno es el combustible y el helio las cenizas. Todo esto se realiza a temperaturas «relativamente modestas», que alcanzan los 360,000 grados centígrados. A medida que el hidrógeno se consume, la temperatura se eleva y el globo del sol empieza a contraerse.

Han pasado los días —miles de millones de años. El litio es atacado en el momento que las temperaturas solares alcanzan a 2,000,000 de grados. Más energías, más contracción en el globo solar; entonces el calor asciende hasta 3,500,000 de grados y en tales circunstancias el hidrógeno, enfurecido por el calor, se mete dentro del núcleo del berilio... Sigue la odisea térmica entre otros cuerpos... Entonces el boron es la víctima del hidrógeno. La temperatura asciende hasta nueve millones de grados; más contracción hasta que el calor llega a la cifra loca de quince millones de grados centígrados!

## PUBERTAD Y DECADENCIA DEL ASTRO REY

Se acaba la infancia del Sol y empieza la edad de la pubertad o días del «hidrógeno-carbono»... épo-

ca que el doctor Russell afirma que ha sido perfectamente descrita por el doctor Bethe. Ya han sido destruidos por los átomos de hidrógeno el litio, el berilio y el boron; ahora quien morirá es el carbono. En esta tragedia se forman nuevos elementos como el nitrógeno acompañado de «irradiaciones gamma» de una potencia incommensurable. Se producen en esta odisea tipos de nitrógeno de peso atómico caprichosos; hasta llegar a un estado que se puede llamar «pesadísimo» porque su peso atómico alcanza del 13 al 15... Toda esta metamorfosis «química poética» del carbono dura unos 50,000 años... Es un ciclo de cambio de partículas atómicas entre el hidrógeno, el oxígeno y el carbono. Empieza por ser la víctima del átomo del hidrógeno el carbono y al final de la tragedia se vuelve a crear carbono para mantener el fuego de ese infierno solar...

Cuando llegue la edad de la vejez del astro-rey, el hidrógeno (productor de estas energías y de estos bombardeos atómicos) se habrá casi agotado. Entonces el globo solar sufrirá una retracción enorme que sin duda surgirá dentro de poco dentro de cien millones de años; después de una elevación máxima del calor, el centro de nuestro sistema solar perderá su temperatura y su tamaño; los núcleos de los átomos de hidrógeno ya no tendrán la valentía y el coraje para bombardear otros elementos... Además en la atmósfera del sol ya no existirán víctimas porque se han consumido el litio, el berilio, el boron y el carbono... El fin de una aristocracia termoquímica que el doctor Russell describió en Filadelfia de manera magistral...

## EL APROVECHAMIENTO INDUSTRIAL DE LA ENERGIA SOLAR

Y pensar que todas estas energías se pierden y por ahora son contados los hombres que piensan en su aprovechamiento...!

Sólo el doctor G. Abbot, secretario perpetuo del «Smithsonian Institution» lleva más de 20 años tras la busca del aprovechamiento de la de la energía solar. En una reciente publicación de la citada «Smithsonian», este investigador nos explica sus adelantos en el problema. Ya hace unos cuatro años que había conseguido «guisar un pintoresco menú» a base del calor que emanan los rayos del Sol.

En California —la tierra de la riqueza solar— inició sus trabajos que hoy caminan por vías de realidad. Se lamenta el doctor Abbot de que miremos con desprecio esa fuente inmensa que nos da nuestro astro-rey. Dice que sólo en el estado de Nuevo Méjico, se desperdician «tres trillones de caballos de vapor» cada año, que es el equivalente de la energía que produce en Estados Unidos todo el carbón, el petróleo y el agua que se emplean para la industria.

El doctor Abbot ha construido un nuevo aparato cuyo fundamento radica en enormes espejos de aluminio que recogen y concentran los rayos del sol. Estos son transmitidos a una especie de caldera tubular cuyos cilindros están orientados con paralelismo perfecto al eje de la tierra... Porque naturalmente, el Sol, en su Curso de este al oeste, pasa con respecto a la Tierra en una inclinación (diga-mos desviación) que hace perder energía solar. Esta desviación, que es de unos quince grados por hora, el doctor Abbot la compensa (ya que no puede corregir el eje de la Tierra) merced a un aparato automático que hace variar la inclinación de los tubos de la caldera. El calor derivado de la irradiación, es «acumulado» en un recipiente que guarda un líquido cuya composición no conocemos, pero que se llama «archlor» y que tiene la propiedad de calentarse con suma facilidad. De esta manera, consigue temperaturas con las cuales puede realizar la «pseudo-alquimia» que es fama de esos cocineros que se titulan «cordon-bleu».

Basándose en tales ensayos, se ha calculado que una milla cuadrada sembrada de esta clase de instrumentos creados por el doctor Abbot, puede originar una energía de 70,000 caballos...

¿Pero qué hacen los cubanos que no se dedican a vender electricidad acumulada? Por qué si en Estados Unidos, una milla produce tal riqueza calórica, en el trópico el mismo espacio, debería dar energía para mover todo el industrialismo americano....

## MUY BREVES

### DOMESTICAS CONTEMPORANEAS.

El marido. —Bueno querida ¿qué sorpresa me tienes para la comida de hoy? Vengo cansado y rendido de hambre por mi trabajo.

Ella. —Yo te rogaría que comieras en el restaurante una vez más; estoy terminando mi artículo «Como manejar el hogar y disciplinar las comidas», que me ha encargado el magazine «Deleites del Hogar». (Ken).

# El PARAISO de la Costa AZUL

Por Eduardo Avilés Ramírez

**E**STO no tiene nada que ver con Francia. Ni siquiera con la Provenza. Esto es un paraíso que se llama la Costa Azul. Nada más.

Comienza en Saint-Tropez y termina en Menton. Menos de 200 kilómetros.

Arriba, la «cornisa de los Moros» y los Alpes, éstos eternamente coronados de nieve. Abajo, Sant-Maxime, Frejus, Saint-Raphael, La Napoule, Cannes, el Golfo Juan, Antibes, Niza, Villefranche, Montecarlo, todos bañados de sol. Al frente, el Mediterráneo histórico y divino, profundamente azul, agresivamente azul.

Eso es todo. Después están la China y los Estados Unidos, la Argentina y Rusia, Francia y Noruega, Italia y México. Pero son otra cosa...

Parterres y platabandas de geranios, de rosas, de mimosas, de violetas, de claveles, de flor de naranjo, azules, rosadas, blancas, amarillas, moradas bajo las palmeras, bajo los cedros, entre los pinos, a la sombra de los robles.

Todo rutila, llamea, perfuma, bajo el polvo de oro del sol.

Todo parece «vivir de mañana», hasta cuando es de tarde, hasta cuando es de noche, hasta cuando no es ninguna hora y son todas las horas.

Las villas y los chalets se escalonan entre el mar y los Alpes. Son villas rosadas, amarillas, azules, verdes, blancas, como las flores, como el cielo, como los árboles.

En ellas viven alemanes, argentinos, ingleses, franceses, suizos, yanquis, cubanos, indios de la India, pero todos tienen el alma uniformada, todos tienen la psicología atemperada, todos son «costazulinos».

En Niza, a lo largo de la Promenade des Anglais, de diez a doce, es la feria de pantorrillas. Nadie lleva medias. Ni en verano, ni en primavera, ni en invierno, ni en otoño. Todas estas mujeres felices se visten con trapos frágiles y alados: lino, satín, crepé, organza, tissú, seda y caminan ligeras como mariposas, bajo las sombrillas transparentes y multicolores, al lado de hombres vestidos de franela y zapatos blancos.

Ellas son condesas escandinavas, marquesas italianas, millonarias yanquis, aristócratas venidas del Mar del Plata, ladys venidas de las orillas brumosas del Támseis, maharadjesas venidas de las orillas del Ganges. Y hay hasta burguesas venidas de las orillas del Sena...

Son gente sin patria y sin hora fija. Todas hablan la más bella lengua de la tierra: el francés chapurreado. Y «ellos» son un príncipe ruso de la época del zar, un general latinoamericano desterrado, un novelista inglés, un choricero yanqui, una Alteza india, un industrial australiano, un azucarero de Cuba, un ex-rey balcánico, un ejército de Embajadores y Ministros de todo el mundo. Y todo ese mundo charolado y enfranelado se pasea, come, baila y juega al son de orquestas de tango venidas de Buenos Aires, de orquestas de rumbas venidas de Cuba, de jazz-bands yanquis venidos de San Francisco, de valsistas tziganos venidos del Danubio...

Y como también hay políticos y comerciantes venidos de París, hay orquestas francesas y cancioneros del boulevard, un poco perdidos en ese caravanserralo endiamantado e internacional, que para ponerse a tono hasta hablan mal su propia y divina lengua francesa!

¡Ah, y también viven artistas y escritores de toda la tierra! Antiguamente, hasta la post-guerra, se llamaban Ruskin, María Barskitseff, Nietzsche, Ruffini, Sienkiewicz, Oscar Wilde, Gabrielle D-Annunzio, Katherine Mansfield, Enrique Gómez Carrillo, Manuel Ugarte, Maurice Maeterlinck, Blasco Ibáñez... Y que se llaman hoy Hugo Wast, Erich María Remarque, Lawrence, Harold Lamb, Crommelinck, Heinrich Mann, Gertrude Sterne, Ramuz, Irene Nemirowsky, Dorothy Winne, Emil Ludwig...

Mientras recorro a pie la Promenade, voy recordando al ogro de la filosofía alemana, aquel Nietzsche exasperado de germanismo que escribiera aquí su «Segundo Zaratustra» y que escribía a su hermana, en 1885: «No te extrañes mucho, hermana querida, si te escribo desde aquí y si por eso tengo sangre de topo o de Hamlet. Deseaba experimentar casi simultáneamente el aire de Leipzig, de Munich, de Florencia, de Génova y de Niza. No sabrás creerme hasta qué punto Niza ha salido triunfante en este concurso. Como el año pasado, me hospedé en la Pensión X, que encuentro remozada, repintada y con muebles nuevos. Heme pues de nuevo en Niza, sintiendo en el aire algo sobreuropeo y una voz que me dice: ésta es tu casa, éste es tu sitio»...

Y me acuerdo también de Voltaire que decía: «Los libros de París y de Londres explican prolijamente qué cosa es un invernadero. Es un error de esos libros. El verdadero invernadero es Niza,

imagen de la fertilidad y de la Primavera». Y me acuerdo de los otros...

¡El paraíso de la Costa Azul!

He estado también en Montecarlo y naturalmente he visitado la oceanografía humana del Casino y el Museo Oceanográfico, que se parecen.

Se parecen en la vida aparentemente lenta que en ellos se lleva, pero en realidad es una vida intensa, henchida de pasiones.

En el Museo y en el Casino hay seres tímidos que se atreven a dar un paseo—puro juego—por el espacio del juego, pero que salen coleando precipitadamente en cuanto les dan un susto. Y hay monstruos rampantes, millonarios tranquilos que devoran al ser tímido que encuentran con un solo golpe de serrucho.

Y hay, en ambos, medusas y sirenas, las unas mostrando sus almas de seda esponjosas, las otras sus escamas venidas directamente de la rue de la Paix y que brillan al menor golpe de luz eléctrica.

Y hay individuos esmirriados y tortuosos, como anguilas que resbalan sobre el tapiz rojo hasta detenerse, fascinados, en el tapiz verde, en donde parecen quedar prendidos durante horas y horas...

Y hay seres indefinidos, con lentes y todo, pero seres grises que no se ven a tres metros de distancia, como ciertos peces color de tierra que no se ven cuando resbalan sobre la arenilla del acuario...

Y hay el universo encerrado, el universo de las pasiones limitado por el cristal de las ventanas y por el cristal del acuario.

Ambos luminosos.

Y fuera de esos dos acuarios hay la naturaleza, la primavera eterna, el azul eterno del mar, el oro eterno del sol, la paleta viva y eterna de las flores. ¡Perfectamente eternos! La vida no es aquí, como en los otros sitios de la tierra, un salón, un dormitorio, un comedor, una oficina, una sala de baño. Sino que es un jardín: se vive, se come, se duerme, se trabaja entre flores!

No lejos de Niza está Grasse, que es la epopeya viva de las flores, la hecatombe de flores más grande que se conoce en el planeta. Desde varios kilómetros antes de entrar a Grasse, uno siente el aire perfumado, bajo el sol. No un sol agresivo, como el de Panamá o en Calcuta. Sino un sol uniformemente temperado, grato, lógico en el paisaje que alumbra.

Todos los perfumes de Francia se fabrican en Grasse. ¡Campos inmensos, leguas enteras de flores! La antítesis de Grasse es Manhattan, el vasto campo sembrado de cemento y de hierro, del otro lado del océano.

En Grasse uno encuentra a todos los visitantes de la Costa Azul, que son chinos, indios, argentinos, yanquis, alemanes, rusos, egipcios... Miradles la cara, observad sus movimientos, examinad sus reacciones físicas: todos parecen haber entrado al cielo. Un cielo de flores bien enraizado en la tierra de Grasse. Aquí no es posible pensar en la Bolsa, no es posible tampoco llevar un revólver. Aquí no hay pasiones bajas. El alma, los sentimientos, el corazón, el pensamiento se perfuman, y los perfumes del aire dulcifican los instintos subalternos de la bestia que todos llevamos dentro.

Más que todos los textos morales de la tierra, las flores de Grasse purifican al hombre. Es por eso también que nadie duda en llamar a esta comarca feliz de la tierra «el paraíso de la Costa Azul».

# VENTAJAS DE LOS HOMBRES RESPECTO A LAS MUJERES

por

## KATHLEEN NORRIS



**Bernardo va a casarse de nuevo con una linda muchacha de 22 años. Mignon, la desdeñada, quiere saber si puede hacer algo para impedirlo**

nos era leal para ella, Mignon, que podía aspirar a un matrimonio honorable. Que jamás olvidaría su generosa amidad y que estaría encantado de poderla servir en lo que se ofreciera con el afecto de siempre...

Por lo general a esta altura de las cosas las muchachas que caen en estos lazos encuentran que ya no pueden regresar a casa de sus padres. Pero Mignon pudo; su padre estaba inválido y su madre la necesitaba. Halló empleo en otra oficina y ahí está ahora. Pero lo que la ha movido a escrime es que Bernardo obtuvo después de todo un divorcio de su mujer y ahora se va a casar con una bella muchacha de 22 años. Quiere saber si tiene derechos legales o morales contra Bernardo.

«No es cuestión de amor —escribe— porque él mismo lo mató con su carta y los meses de dolor que siguieron; es que me parece insoportable la idea de verlo prepararse así tan serenamente a arruinar la vida de otra mujer. Tengo cartas de hace ocho años en que si bien no me promete exactamente matrimonio habla de que trata de obtener un divorcio para que podamos unirnos algún día. Si yo le enviara esta carta a su novia de ahora ¿cree Ud. que sería lo suficientemente tonta para llevar adelante ese matrimonio?»

Sí, Mignon, estoy completamente segura de que lo sería y se casaría de todas maneras. El testimonio de una novia desdeñada no tiene nunca mucho peso para la otra mujer. Esa chica está envuelta en las mismas ilusiones que la cegaron a Ud. Mignon, hace ocho años. Las cartas tampoco tienen valor alguno ante la ley. Cuando una mujer acepta una relación así con un hombre que sabe que está casado, debe saber también que los dos se colocan fuera de la ley y no podrán invocar su pro-

tección más tarde. Es seguro que su novia de ahora ha obrado de manera que el matrimonio ya no puede ser detenido.

La sociedad y la civilización han dado a la mujer un arma poderosa en la batalla desigual con el hombre. Esa arma es el amor propio y el dominio de sí misma. La religión lo enseña; pero aparte de la religión esa es una de las pocas ventajas que nuestro sexo tiene sobre el opuesto. Una vez que la mujer se rinde por completo puede que él le diga que es lo más encantador y amado del mundo para él, pero la indiferencia comienza ahí mismo. Ya ha perdido la mujer la oportunidad para dictar sus condiciones. La puede simplemente lo adora mientras que él puede corresponderle o no y dependerá de su voluntad el colmarla de atenciones y mimos o abandonarla. Esta es la historia inevitable del «affaire» fuera de la ley y la moral. Con frecuencia son las esposas las que creen que ellas son las que están sufriendo las consecuencias de estos desvíos masculinos, pero en realidad es la otra mujer la que las sufre. Es una expiación más cruel y prolongada.

En cuanto a él puede que no se dé cuenta de que paga caro por ello, pero que paga no hay duda. Ha destruido algo que es bello en la vida y se llama honor. Puede que se ría de esas cosas respetables y vayan de amor en amor, de una muchacha a otra y aún obtenga después de todo el perdón de su mujer y de sus hijos.

Pero algún día estas cosas caen sobre él. Su conciencia desde luego empezará a roerle las entrañas; hallará que le falta algo en la vida y ese algo es lo mismo que él contribuyó a quebrar. Se divorció, muy bien, y se casa con alguna linda casquivana; pero nada tiene el aroma que desea; se siente solo y amargado. La belleza de su segunda mujer solo sirve para desesperarlo y verá un permanente reproche que su mujer y sus hijos han podido manejarse sin él en el camino de la felicidad y del éxito. Para Mignon hay esperanza de mejores años en esta vida. No así para Bernardo, que consumió con su frivolidad los valores que cuentan en este mundo y será difícil que pueda repararlos o volverlos a encontrar.

**E**STA es la historia de Mignon, que tiene 29 años. La escribo porque he recibido centenares de cartas de otras muchachas que se encuentran en el mismo terreno resbaladizo en que Mignon se halló hace ocho años, y puede que les sirva de advertencia.

En aquella época Mignon trabajaba bien en su empleo y formaba parte de un grupo social alegre y respetable como hay tantos en toda ciudad. De súbito se dió cuenta Mignon de que su jefe en la oficina tenía interés en ella. Era casado, de 35 años, inteligente, culto, buen deportista, apuesto y elegante. Tenía dos hijos pequeños y aunque los adoraba era muy desgraciado con su mujer, que al decir de Mignon «era una gata».

Sobre la base de que en estos días no hay objeción para la amidad entre un hombre y una mujer que no pueden casarse, Mignon aceptó frecuentes invitaciones de Bernardo, recibió obsequios primero de chocolates y flores, después joyas y finalmente de abrigos de pieles que «un amigo de Bernardo le daba a precios que prácticamente equivalían a un regalo». Por último, después de oírle afirmar a Bernardo que su mujer no consentiría jamás en el divorcio, Mignon consintió en irse a vivir sola a un departamento donde él pudiera visitarla libremente. Al poco tiempo eran amantes, Mignon calmó la desesperación de sus padres asegurándoles que Bernardo se casaría con ella así que lograra obtener su divorcio.

Mignon renunció su empleo y se dedicó a edificar un lado amable para la vida de su amante. Ella misma trató de aducarse y ponerse a la altura cultural de Bernardo y aprendió a cocinar para él. Pasaron las semanas y los meses, el lance sentimental se fué desvaneciendo y Mignon se dió cuenta de lo que tantas muchachas han descubierto tarde; que Bernardo no pensaba en deshacer su hogar, que tenía lo que había buscado y se sentía muy bien con dos mujeres, una que le daba un hogar respetable y otra el amor libremente consentido y a hurtadillas.

A los dos años Bernardo escribió a Mignon esa carta inevitable, lindamente escrita y que se puede recitar de memoria; tan igual es en cada circunstancia mil veces repetida. Decía en ella que su mujer había descubierto el secreto de su amor y había sido lo suficientemente generosa para perdonarlo. Que le parecía que no era leal para su mujer e hijos continuar esta relación y mucho me-



# El Desierto Rubio

## HALLAZGO

**E**STA hoy solo lo mismo que otros días. Se tumba en la arena, cara al cielo, y cuando los ojos se le llenan de azul, los entorna, pesados de claridad; tienen ese color amarillo del cábar de Samland que varía a menudo y se vuelve gris como el otro ámbar subido a flor de los mares calientes, hecho con resina blanca y olorosa.

Los ojos de Inés son así: cambian con la luz y se descomponen en coloridos fantásticos, según la hora y la nube que los alumbrá.

En este momento esconden la mirada envuelta, que no ha dejado de ver el paisaje en el fausto de un mediodía estival; playa tendida, crujiente al sol, abrigada por los montes; el mar calmado y silencioso; la abertura lujuriosa del valle; el cielo transparente, sensible «hasta el séptimo humo».

Para no temer a su excesiva soledad, recuerda la muchacha que el barquero ata su nave en el recodo vecino, allí donde la orilla se curva sobre el canal y donde el viejo, aún arrestado y fuerte, sirve a los viandantes que ahorran camino pasando a buscar la carretera fronteriza.

De pronto Inés percibe en toda su carne un calor humano y forastero que la estremece. Levanta los párpados:

—¿Quién está ahí?

No es el barquero. Lo comprueba soliviándose, atónita, bajo la curiosidad de un hombre que saluda y balbuce:

—Perdone usted: le he dado un susto.

—Cierto; creí que estaba sola como siempre.

—Acabo de llegar.

—¿De dónde?

—De la aldea... Soy «un veraneante»—sonríe el intruso algo zumbón, muy sorprendido de encontrar allí una mujer bella y pulcra, en traza de bañista.

Reprime el choque de su alma con aquel gentil cuerpo medio desnudo y aleja la mirada para no turbar aún a la desconocida. Desde anoche estoy aquí—murmura.

Pero ella suplica, sin moverse:

—¡Mi abrigo!

Y señala una prenda de ropa, doblada no muy lejos.

Se apresura «el veraneante» a extenderla en los hombros endebles de Inés. Unas sandalias han quedado visibles en el sitio que la capa descubre: pertenecen a los pies delgados y espirituales que se ocultan entre la arena.

—Con su permiso—dice el caballero sentándose antes de obtenerlo. ¿De modo que también usted veranea en Cerredo?

—Sí; estoy enferma, soy pobre... ¡y como esta playa es baratísima, toda para mí...!

—Lo era; he veido a disputársela a usted.

—Entonces sabía...

—Nada. También supuse que la tendría para mí solo.

—Siento que se haya equivocado.

—Y yo haberla interrumpido.

Envuelta en su capa, rehuye Inés encontrar los ojos profundos y garzos de aquel hombre que le

parece un buen mozo. Corpulento, rubio, elegante, lleno de salud, ¿qué viene a pedirle a la playa más solitaria de la costa?

Se hace esta pregunta mientras dice, tratando de explicar su desaliño:

—Tomo baños de sol...

—¿Qué padece usted?

—Creo que un mal incurable—susurra torvamente la muchacha.

—¡Por Dios!

—Como no tengo quién me asista, s'n duda para

que yo me cuide bien y no me abandone, me han dicho que soy tuberculosa.

—¡Qué atrocidad!... ¿Y lo ha creído?

—¿Por qué no?

—Porque es imposible... Con esa cara ardiente y morena, graciosa como la de una Sulamita que esperase al Príncipe del Cantar...

—No espero a nadie—prorrumpe ella confusa, pensando que bien pudiera ser un verdadero príncipe aquel señor.

El bíblico nombre que le atribuyen le suena a la ignorante demasiado pomposo, y murmura con algo de ironía:

—¡Si apenas me llamo Inés! Soy una humilde costurera de Bilbao, sin parientes, sin apellido. Ando bien puesta porque me arreglo la ropa yo. Y presumo...

—¿De bonita?

—De saber el oficio.

—¡Y de interesante!

—¿Por mi enfermedad?

—Por su gentileza y su dulzura.

—¿Yo dulce?... ¡Si usted supiera!...

—¿Qué?

—No me resigno a vivir enclenque, a trabajar sin energías... y mucho menos a morirme ahora. Y me siento desesperada, rebelde, indomable...

Se le empañan los ojos con una ola de sufrimiento, la humedad del llanto salobre como el



agua marinera; sus pupilas adquieren las irisaciones de un raro mineral de museo, la expresión de un pavor loco.



¿Si será una princesa abandonada en la Inclusa? ... Lo pudiera ser. Fina, hermosa, dañada como exquisito fruto de las viejas estirpes, ¿qué hace esta niña aquí, exponiendo al sol inutilmente la sierpe azul de sus frágiles venas?

Se va a morir pronto. Está sentenciada en plena juventud como los dioses y los elegidos.

—¿Cuántos años tiene usted?—pregunta.

—Diez y nueve... ¿Y usted?

—Treinta y dos.

—¿No me dice ninguna otra cosa?—induce la joven con tono de reproche. ¿De dónde es? ¿Por qué ha venido a este pueblo donde nadie veranea jamás? Yo le he contado mi desconsolada historia.

—Y yo, atendiéndole a usted, sujeto al hechizo de su voz y de su tristeza, he demorado el presentarme; perdone. Me llamo Ramiro Falcón.

—¿Ramiro!—se dice ella en íntimo comentario. Es un nombre de rey si no me equivoco.

—Soy salmantino y novelista. Además, voluntariamente, soldado. Esta honra se me da por añadidura. Disfruto quince días de licencia y vine a este lugar buscando la playa más escondida y salvaje de la ribera española.

—¿Para escribir un libro?

—Eso es... Para concluir el que llevo muy adelantado de la guerra, fuerte y duro, y comenzar otro.

Quédase pensativa la moza. Ha leído algunas novelas; es aficionada a los periódicos y le gusta especialmente la poesía. Le seduce la amistad del escritor, la idea de compartir con él aquella playa sola y ruda, aquel paisaje espléndido y viril, acaso los íntimos dolores de su alma caudalosa y triste. Y se vuelve hacia él de nuevo, sugestionado, cautiva, los ojos rútilos y distantes como estrellas.

—¡Escribe usted versos!

—También.

—¿Ya tiene usted asunto para la nueva obra?

hombre que la escucha, y aguarda una contestación...

II

EL AMOR Y LA NOVELA

El la mira pensando: «No conoce apellido»...



—¡No; no quiero morir sin haber vivido!—repite ciegamente.

Y de súbito repara en que está hablando con exceso ante un desconocido.

En breves palabras ha hecho casi una confesión general, sin saber a quién, como para desquitarse de un silencio de muchos días frente al sol y a la mar. Es que hoy, bajo la sugestión humana de otra criatura, contesta a los murmullos insidiosos del viento y de las olas, a los cuales no ha sabido responder.

—¡Todo vive!—prorrumpie con enorme inquietud.

Y señala con sus manos ténues y ansiosas la llanura palpitante del Cantábrico; la inmensidad del firmamento, ébria de luz; la cumbre gigantesca de los montes que parecen azules en la envoltura ardiente de la claridad; bajo, las partículas radiosas de la arena, trémulas al sol como infinito joyel:—conchas, caracoles, nácares.

La playa es bravía y se llena de raíces y despojos, de flores silvestres, hierbas y juncos. Todo está viviendo en un latido constante y mago que aturde a Inés.

Vuelve los ojos, turbios de lágrimas, hacia el

—Le acabo de encontrar.

—¿En mí?...

Es ingenua y descubre las esperanzas en tanto que el abrigo se le desliza por los hombros, y Falcón recuerda, sonriente, que está casi desnuda a su lado una linda mujer cuyo espíritu se le ofrece abierto y sin cenales.

Percibe el escote de la túnica sorprendida hace poco, traje singular de una elegancia que tal vez la misma autora no supone: largo, estrecho, fluido, de tonos claros y fuertes, se amolda a la carne trigüeña y escultural la define y realza sin atrevimiento, para que la curen el aire y el sol. Tres varas de modesto lino han bastado a los ágiles dedos de la costurera para imitar una de esas creaciones de lujo y fantasía hechas con brocateles suntuosos, con surahs y terciopelos costosísimos; la coquetería es bruja...

Y el admirador de Inés contesta al cabo de sus golosas observaciones:

—Sí; me servirá Ud. de asunto, y maravilloso.

—¿De verdad?... ¿Le pondrá usted en su libro a una mujer mi nombre, mi cara, mi pena?...

—Sólo el nombre y la hermosura—aduce el escritor—y luego para siempre una sonrisa, así como esta primera que me alumbró el semblante de usted. A la protagonista de mi obra quiero hacerla muy feliz. Y la casaré con un príncipe...

—¿El de Cantar?—advierte la muchacha con gozo, sin saberlo lo que significa el título, pero imaginándole personificado en un hombre rubio, sano, fuerte, creador como éste que la contempla, y responde:

—El mismo. Y soy yo. La literatura es un canto. Yo me siento príncipe junto a usted y se me antoja llamarle a mi novela Cantar. ¿No es todo eso posible y hasta lógico?

—No sé—pronuncia la enferma ruborizada. Y de pronto palidece, añadiendo: Si el libro de usted fuese inmortal, yo me quedaría eternamente en él; viva como estas arenas y estas conchas y el agua y el sol...

Levanta con los dedos miles de las chispas que el sable produce entre láminas de carey y diminutas pedrerías, y otra vez extiende su vacilante ademán a la marea pujadora, a los peñaseos duraderos, a la perenne hoguera de la luz.

Toda el alma de la mujer está al desnudo, modelada y sensible como la obra de un gran escultor, descubriéndose en la palabra caliente y retenida, en los ojos fascinados, en los labios más encendidos que nunca, donde la voz parece un grito de la sangre.

—¿Quiere usted vivir siempre!—repite el novelista, atormentando a la muchacha con la bruseca necesidad de aprender.

Inclina ella el semblante de color de magnolia, bajo los párpados ojerosos, y se enjuga el sudor enfermizo de las sienes.

—No conozco más que la Vida—pronuncia sintiéndose desfallecer como si por cada síntoma de su mal escapase una ilusión.

—Pues la Vida es eterna; se transforma, pero no concluye.

—Yo quería durar tal como soy—insiste Inés obcecada en su deseo.

—¿Hasta cuándo?

—Siquiera... hasta haber conocido el Amor. Concede rehogando sus confesiones en el licor ardiente del acento.

—Habla usted así y tiene la boca llena de besos encarnados—susurra el poeta que absorbe en aquellas frases trastornadas un gusto al vino rojo de la pasión.

—¿No le queman a usted los labios?

—Sí; tengo sed.

—¿Una sed que sabe a fuego?

—La calentura—suspira la enferma—acaso el primer aviso de la Muerte.

—No; la muerte es fría. Eso que a usted le enciende es la juventud.

—¿Nunca ha tenido usted novio?

—Nunca. Pretendientes, rondadores y nada más.

—¿No llegó usted a querer?

—Tuve miedo... ¡Querer y morirme!

—¿Por qué esa obsesión? Ahora perderá usted sus temores y amaré.

—¿Que amaré yo?... ¡No sé a quién!...

—¿A mí!

—¿Durante quince días?

—No. Para siempre.

—Trae usted un permiso demasiado corto.

—Se puede repetir. Volveré a menudo. He tenido la suerte de hacer en el Ejército algún servicio excepcional y los jefes me guardan muchas consideraciones.

Inés se queda muda, extenuadas las pupilas en

su ceguera interior bajo el ensueño loco y sublime que le produce una deliciosa violencia.

### III

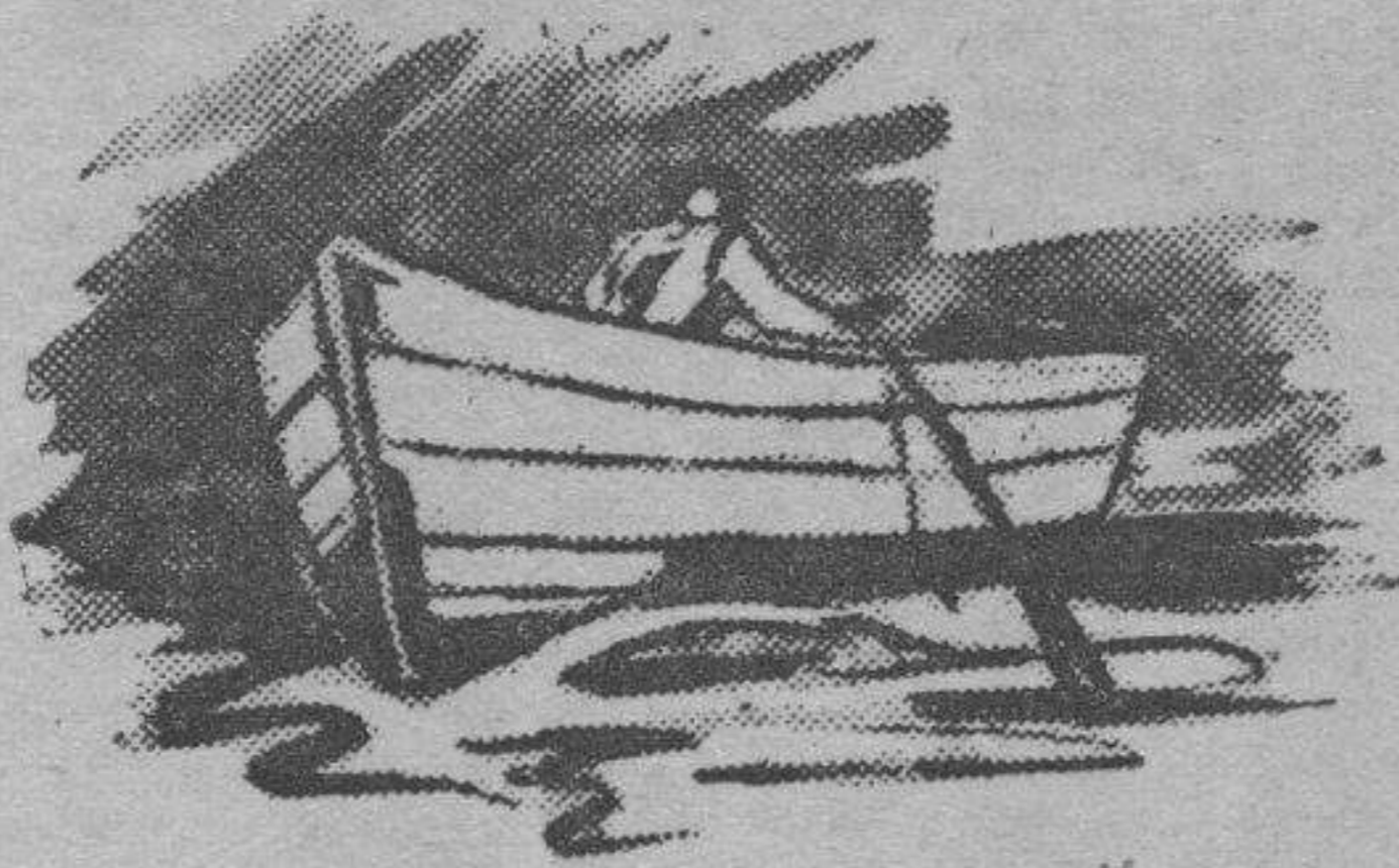
#### EL ARTE Y LA GLORIA

Desde aquella súbita declaración admitida en un fino silencio, la solicitud del novelista se hizo más fuerte y bella a cada hora.

Aunque el hombre sanguíneo y fogoso necesitaba huir de la pobre niña enamorada, el escritor quería sostener la obra de su arte con las raíces de un cariño fecundo, para vivir en lo venidero, que es la última patria de los poetas.

Había prometido a Inés hacerla inmortal en unas páginas de Amor y Literatura, y las estaba creando con el esfuerzo inteligente y la realidad sensible: padecía y trabajaba junto a la enferma dejándola creer en la dicha y esperar en la gloria.

Así, abrazando el dolor de aquella mujer y haciéndolo suyo, lo convertía en gozo y hermosura. Y crecía la novia romántica del libro, palpitante de novedad y sugestiones, mientras la novia hé-



tica se extinguía soñando y sonriendo.

Lo que empezó por una aventura casual en la mañana del hallazgo, era a los tres meses una historia de tristeza y sentimiento, sufrida en la carne y el espíritu, cristalizada en El Príncipe del Cantar, una novela abrasadora de inquietudes y de poesía.

Ramiro Falcón, abandonándose generosamente a la piedad y a la ternura, se excedió a sí mismo en posibilidades creadoras, y levantó allí unas páginas insignes como la espina excelsa de los montes. Era aquél un libro que temblaba todo con el pulso febril de una mujer bajo la rosa marchita de la carne.

Ya la moderna Sulamita andaba cerca de Dios y lejos de las criaturas. En el horizonte húmedo y triste de los ojos se le había extinguido aquella lumbré que calentaba los paisajes y su tez, patinada con el color del trigo maduro, adquiría maticos cobrizos como el rostro de una princesa oriental.

No hablaba de su regreso a Bilbao, aunque empezaba a escucharse el ladrido fuerte de las olas que anuncian el equinoccio; y las flores palidecían en los huertos lo mismo que seres agonizantes. Ni siquiera manifestó saber que se le habían agotado los miseros ahorros y que alguien los suplía con indemnizaciones que sirviesen por toda clase de asistencias. Se dejaba cuidar y querer sin enseñar el bosque de los pensamientos, y su esparcimiento inefable apenas se asomaba a la arcilla gris de las pupilas, quietas sobre el amado.

Pero él no tenía valor para verla morir.

Varias veces le hizo compañía durante aquel estío, con estancia de tres o cuatro días a su lado. Y una correspondencia ardorosa les había unido en la separación estimulando los sentimientos y la fantasía de Inés, que en sus propias cartas le dio al novio vibraciones y hasta originales para la íntima novela urdida desde julio en unas sutiles cuartillas de ansiedad y de misericordia.

Falcón había resuelto despedirse. El reclamo de las trincheras servía de apoyo a sus decisiones como un santo deber que no pudiera eludir.

Aunque en realidad nadie le exigía demasiados sacrificios.

El éxito rotundo de su obra «Las Armas emperatrices», le concedía ciertos fueros de independencia militante muy bien ganados, y su solvencia absoluta de hombre de honor le hubiese permitido asistir a Inés todavía.

—Volveré pronto—le asegura. Mi quinta está muy lejos de ser llamada. Y sin abusar, sin mentir, obtendré frecuentes licencias que me permitan atender a mi reedición histórica y dar término a la novela futura...

Habla el forastero con una prisa insinuante, vertiginosa; como si el clarín de la guerra le acele-

rased los anhelos y los procedes. Viste de paisano y aún no le ha dicho a su amiga que es oficial por méritos de campaña.

—¿No puedes... aguardar?—insinúa la muchacha con retentiva dulzura.

—¿Aguardar qué?

—La caída de las hojas...

—Para entonces estaré de vuelta, habrás mejorado tú y te llevaré conmigo.

—¿A dónde?

—Ya veremos...

Mentía Falcón aterrado por los primeros vientos del otoño que desnudan los árboles, y por las nubes y las gaviotas que picoteaban en el mar con siniestros augurios.

Buscaba para su embuste esas frases curvas y muelles que no lastiman, y alcanzado por un remordimiento sutil, defendiéndose contra las acusaciones de su conciencia.

No había sido él «un veraneante» de Cerredo, como dijo en broma cuando halló a la infeliz física en la playa. No. Era un soldado en vacaciones libre de compromisos de familia, adinerado y curioso, que paseaba el litoral con ánimo de seguir adelante, y se detuvo allí sólo por Inés; por ella alteró su camino y redujo sus descansos veraniegos a cortejar y asistir a una moribunda, a cumplirle una promesa incomparable, una ilusión de amores y de perpetuidad.

Puso él mucho entusiasmo en aquel episodio de su juventud: lástima literaria y amor habían encendido su alma en una fiebre creadora y sentimental que produjo la mies de una hermosa novela y el duelo de un cariño infortunado.

Y padece el corazón del hombre mientras goza el orgullo del artista.

El amante se quiere consolar de sus pesadumbres. No admite la humillación de sufrir sin los alivios del consuelo.

—Tú vivirás siempre—le repite a la doliente amada. Tú te quedarás conmigo en mi obra; así los dos eternamente juntos...

Y le da un valor de perennidad a lo transitorio y efímero, con ambiciones pueriles a fuerza de ser desmesuradas.

Inés trata de sonreír a las promesas de su novio, procura creer sus alegatos, convencerse de que son una realidad milagrosa aquellas vanidades. Y le ayuda a suponer:

—Sí, juntos por los siglos de los siglos.

Pero algo semejante a la duda ronda en los ojos inmensos y avizores de la niña.

Y el buen observador que lo percibe susurra persuasivo, galante y egoísta:

—Yo soy tan codicioso como San Francisco de Borja.

Ella no comprende.

—Yo, como el Duque de Gandía—añade Ramiro—no quiero servir y amar a una señora que se me pueda morir...

—¿Entonces?...—la desolación de la pregunta es patética.

—Por eso te immortalizo.

—¡Ah!—suspira Inés.

Todavía el hombre, descontento de la incredulidad que adivina, requiere dentro de sí al soldado y dice:

—Por eso amo y sirvo a España, la eterna y perdurable, la que no se acaba nunca.

Ahora es el militar y el español cien por cien, el que intenta evadirse de lo perecedero y se acoge a la calentura del patriotismo para sobrevivir en la gloria de España, mucho más indeleble que la gloria del Arte...

En su espléndido libro, el escritor brindaba una nueva existencia a la mujer; no podía evitar que la muerte llegase hasta el destruido cuerpo, ni debía permanecer envenenándose con los últimos sorbos de tales inclemencias.

Como si adivinara estos argumentos fatales, Inés repuso lentamente:

—Sí; es mejor que te vayas ahora...

Su acento hería como un estilo candente y agudo, y su belleza, enigmática y frágil, se acrecentaba en un misterio seductor y temible para el novelista.

Luchando entre quedarse y huir, lo penetró una mañana ese aire oscuro del otoño verbera y que produce en las aves un volar terrorero, en las olas unos maretazos sombríos.

Falcón dispuso la partida.

### IV

#### LA VIDA Y LA MUERTE

Para Inés había sido la guerra como un nuevo castigo de la vida.

# VON PAPEN, AS DE LA DIPLOMACIA ALEMANA, EMBAJADOR EN TURQUIA

Por elegancia y finura naturales simpatizó con el movimiento militar desde su primer día y padeció la dictadura roja con una mansedumbre indolente, que siendo impotencia y estoicismo se pudo confundir con una tolerancia pasiva, una actitud de sumisión nada sospechosa ante el soviét.

No le faltó a la costurera trabajo ni dinero, ambas cosas abundantes en el feudo del Estatuto. Y débil y caediza asistió al quebranto de los célebres cinturones bilbainos, y se dejó llevar a Santander con otras gentes modestas, costeándose la fuga sin demasiadas dificultades, holgado relativamente al humilde bolsillo.

Hasta que se propuso descansar y cuidarse cuando la Montaña se liberó en poder del Ejército y la existencia se hizo normal en las costa santanderinas.

Entonces conoció un pueblecillo ribereño, como ninguno indicado para que la enferma realizase el plan de su curación: aire marino, sol, el todo que saturaba los arrecifes a flor de arenas. Y una soledad maravillosa, un paraje caído entre dos montañas azules, sobre la ría, distante de la aldea. Un lugar secreto y precioso que fascinó a la muchacha.

Los padres de una amiga suya tenían el domicilio en Cerredo, la comarca fronteriza entre Bilbao y Santander. Y se prestaban a recibir a la joven que por su belleza y su dulzura se hacía interesante. Una estancia allí le sería económica.

Ya las últimas auroras de agosto imponían un retraso a las mañanas y un tinte pálido a la Naturaleza septentrional. Era muy tarde para tenderse en aquel desierto rubio en espera del sol.

Algo repuesta Inés durante su éxodo por la castellanía de la mar, quiso atribuir a sus pocos años y al ambiente montañoso la mejoría que en realidad sólo el verano y el reposo le habían conseguido.

Sin las tareas constantes de su costura, sustraída a la propia dolencia por la variación de situaciones y de personas, la niña sentenciada irguió un peldaño engañoso de su mocedad y confió en ella excesivamente.

De vuelta a su pueblo trabajó con más afanes que nunca apoyando su codicia en la esperanza de un veraneo feliz, restaurador. Y durante unos meses de fatiga y privaciones agravó su daño sin perder la sugestión del arenal oculto al socaire de los montes, floreciente de raigambres y de lirios, lleno de joyitas minúsculas y rutilantes, avaro de los suspiros del viento y el sollozo de las mareas.

Y era tarde, otra vez, para el remedio de la criatura padecida que se dejó engañar por el espejismo dorado de una playa.

En vano la envolvía el soplo azul en el sable caliente con la honesta vestidura propicia a las gracias del sol.

Allí la urgieron los resplandores de julio desde el alba del mes, cuando ya por más aislada y más observadora iba la joven persuadiéndose de su desventura. Y cuando Ramiro Falcón tuvo en ella un encanto, un modelo y un antojo.

En aquel instante cobró la guerra para Inés un trágico relieve.

Lo que había sido a su consideración un espectáculo medroso, hasta cierto punto ajeno a su persona, se le convertía en una amenaza directa, en un constante peligro con tenebroso poder sobre la presencia y la vida del amado.

Sus visitas, sus cartas, le dolían oscuramente en lo más vivo del placer. La muerte, con un doble carácter de persecución, estrechaba su ronda fatal en torno a la niña triste.

Y la España única, audazmente redimida a pulso por las tropas admirables de Franco, recibía un homenaje enternecedor en aquel playal desierto, donde una pobre enferma le consagraba a todas horas la sublime inquietud de su agonía.

En estos días septembrinos es cuando Inés saborea el regusto amargo de las olas, y las acideces de ese viento marino que deja en los labios una huera de lágrimas.

Ya los ojos cambiantes de la moza se habían detenido en un ámbar transparente que pudiera recordar los enormes criaderos de Koenigsberg; y a veces su livida espuma. Era el hervor de una mirada que subía de las profundidades sinuosas para hundirse de nuevo en lo desconocido...

Son las tardes cortas y ya casi anoche cuando los novios se dirigen a la playa.

Acaso Inés no volverá nunca por los senderos fatigosos de la arena; se cansa mucho y se inclina apoyada en su amigo por última vez.

—No debiste venir, y menos para arte después sola—protesta el viajero que la mira desesperado, como a lo que se ama y se deja para siempre.

Ella ha prohibido que le acompañen para que

**L**A importancia que tiene Turquía para las potencias del eje Roma-Berlín, se hace aparente a poco que se echa una mirada hacia el mapa del Mediterráneo. Si los turcos siguieron, como en ocasión de la Gran Guerra, una política favorable a Alemania, el cierre de los Dardanelos estrangularía a Rumanía, que tendría que entregarse al eje maniatada e impotente, y evitaría también que los rusos pudieran prestar ayuda de ninguna clase—excepto aérea—a los países balcánicos que, como Grecia, parecen inclinarse a las democracias.

ningún extraño presencie la tortura de aquella suprema despedida.

Y se va diciendo en la sorda confusión de su alma: «Ya puedo morirte, conozco al Amor y voy a quedar viva en el Arte. ¿No era esto lo que yo no me atreví ni a soñar siquiera?»

En voz alta, débil como un soplo se desmiente:

—Hoy más que nunca deseo vivir, Ramiro.

Su mano, delgada y suave, se aferra con incomprendible resolución al brazo seguro del novio.

—Vivirás, ¿quién lo duda?—responde él muy conmovido.

Y la envuelve en palabras consoladoras. Viste de uniforme con una tendencia belicosa y audaz que le ayuda a esconder su cuita.

Volveré pronto—dice—ahora necesito asistir a unas operaciones muy importantes que iniciamos: es mi deber. Aquí en la aldea te quieren todos como a una hada venerable. He cuidado mucho de que nuestras relaciones no te quiten el prestigio de la honradez ni te hagan ningún mal...

—Tú me has hecho sólo el bien... Gracias.

—¡Por Dios!...

La barca está allí con el menudo equipaje del novelista.

Inés afloja la mano que retenía al hombre, y levántandola palidísima y feble, en el lienzo tembloroso de la sombra, apunta:

—Ahí voy yo también en el libro tuyo, para siempre.

—¡Mi princesa! ¡Cálmate! ¡No sufras! Dejo prevenido cuanto puedas necesitar...

Los dos pensaron trágicamente en la última cama de la joven: un poco de tierra en el vecino cementerio.

Ella se desprende con inusitado poder de los brazos amantes que se despiden.

—Nada necesito!

Sus ojos brillan inmensos, otra vez con todos los iris del carabe. Y huye a pasos difíciles y hondos por el arenal movedido, empapado en la bruma, en tanto que Falcón salta a la nave y el barquero la dirige por un trémulo andarivel sobre el canal.

En la otra orilla está la carretera que conduce al ferrocarril y el auto de línea pasará dentro de pocos minutos para recoger al fugitivo.

Por allí se va al mundo y al éxito; esta nave no es la de Aqueronte donde sólo navegan los fantasmas.

—«El Cantar de la Vida, el Cantar del Amor!»—piensa Inés, inmóvil, de súbito, en la solitaria ribera, bajo la creciente pesadumbre.

—¡Adios!—clama todavía la voz del navegante.

—¡Adios!—repite entre los labios la niña abandonada. ¡Adios, Ramiro! Tú eres el Príncipe de todos los Cantares y me has hecho un poco feliz...

—¡Inés!... ¡Inés!...—se oye vagamente encima del canal.

Por un girón de la nube se asoman en el cielo, como si escucharan, siete estrellas descoloridas: son las Pléyades, las hijas de la Noche. Un astro militar semejante, lleva el guerrero encima de su corazón. Es la luz que desde la tiniebla del camino le ha de conducir por los azules de la Patria.

Y la niña enferma susurra en el anhelo de un sollozo:

—Tú eres la salud, el amor, la esperanza... Te vas con todo eso y me dejas sola con la Muerte... Si me diste a probar la ventura he pagado tu caridad, porque desde hoy tu gloria y la de España estarán hechas con el perfume de mi dolor...

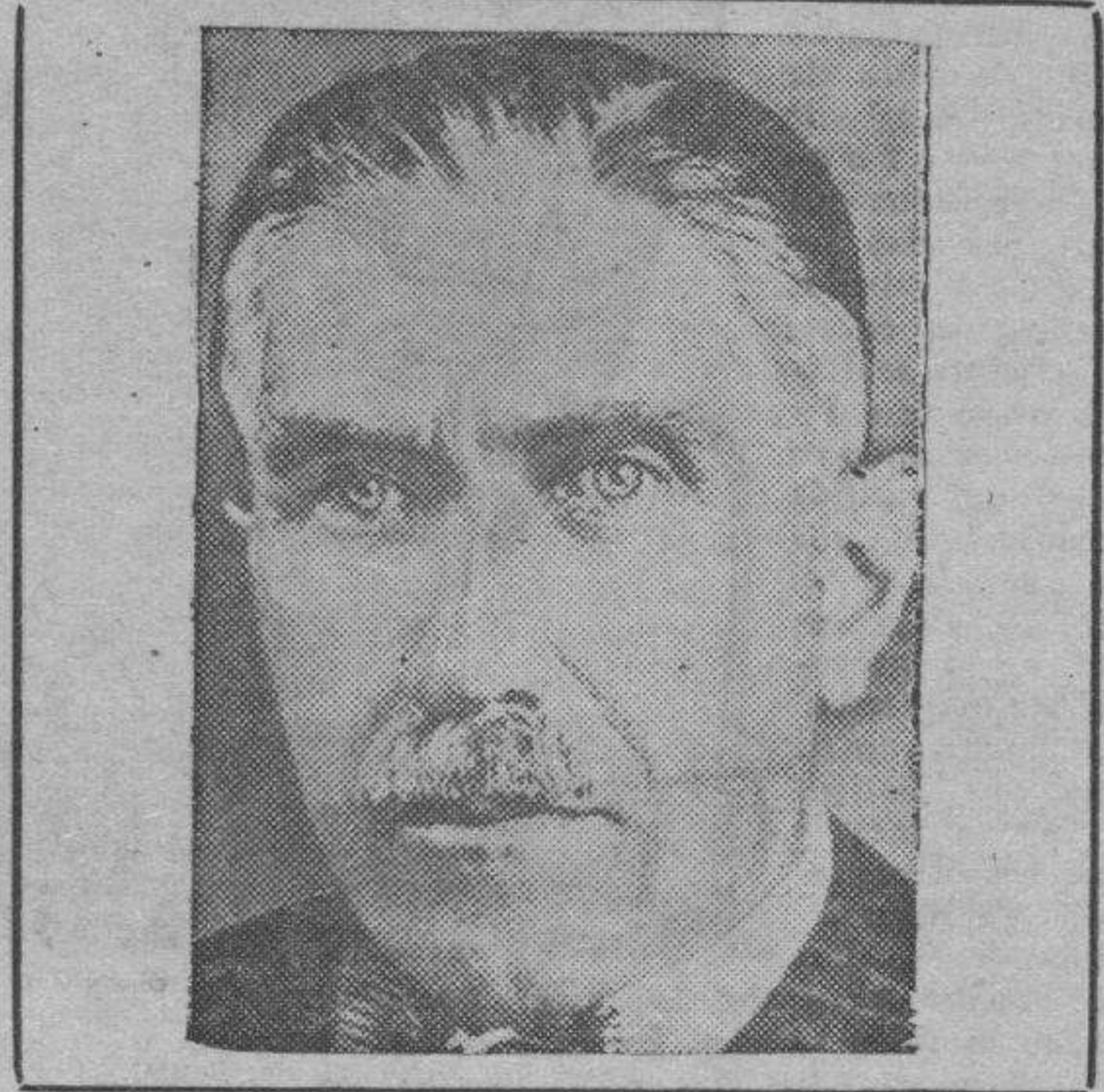
—¡Inés!... ¡Inés!...

El pesaroso eco no resuena en la playa, donde sólo se escucha el quebranto infinito de la mar que llora las humanas crueldades de la Vida...

Concha Espina

Inglaterra, que ve que se le escapa de las manos—o de las fauces—su tradicional hegemonía universal mantenida durante más de doscientos años por medio de una poderosa armada, ha estado buscando el auxilio de los turcos, sus adversarios de hace cinco lustros, por el procedimiento de ofrecerles la garantía de su independencia, una independencia que—dicen los ingleses—es amenazada

A través de la historia, la diplomacia inglesa ha sido más efectiva que sus acorazados. De ahí que Hitler, que no es jefe supremo de Alemania por derecho divino—como el Kaiser—sino por habilidad para gobernar a la nación más importante de Europa, no parezca dispuesto a abandonar el campo de la diplomacia—que es también el de la doblez y la intriga—en manos de los maestros ingleses. Inglaterra, que con su actuación en Versalles contribuyó a la des-



membración de Turquía y que más tarde alimentó las ambiciones de Grecia que culminaron en una guerra entre los dos países, ahora quiere «defender» a Turquía del ataque de su antigua aliada. Para desbaratar los planes ingleses en Ankara, a Hitler nada le ha parecido mejor que enviar a la capital de Turquía, en calidad de embajador, al diplomático más conspicuo que cuenta Alemania, el barón Franz von Papen.

Von Papen fue canciller de Alemania en 1932, cuando el presidente Hindenburgh le encargó la formación de un gabinete que fue llamado «el ministerio de los barones», porque en él había cuatro además de von Papen. Más tarde pactó con Hitler e influyó poderosamente en Hindenburgh para que llevara al poder al jefe de los nazistas.

Después de la muerte de Dollfuss, cuando Hitler determinó minar el nacionalismo austriaco con miras al «anschluss», ya realizado, fue a von Papen a quien envió como su embajador en Viena. Y a él se atribuye el viaje del arrogante canciller Schuschnigg a Berchtesgaden, que culminó con la anexión del Austria por Alemania.

Mientras von Papen se instala en Ankara dispuesto a ganarse a los turcos o, por lo menos, a neutralizar los esfuerzos de la diplomacia inglesa, la escuadra alemana encabezada por dos de sus tres «acorazados de bolsillo», llegó a España, en cuyas aguas realizó este año sus acostumbradas maniobras de primavera. Y el viaje de los modernos buques de Hitler hacia el Mediterráneo puso de relieve la necesidad que tiene la Gran Bretaña de mantener en Europa el crucero de batalla «Repulse»

¿Dónde asestará el dictador alemán su próximo golpe? ¿Se arriesgará a un conflicto con Polonia cuya nación, entre paréntesis, es la única que parece preparada y determinada a repeler cualquier agresión? Pero si Hitler limita sus pretensiones respecto a Polonia a Danzig—que ha hecho al «fuhrer» ciudadano de honor—y a un pasaje a través del corredor polaco, hacia la Prusia Oriental, es problemático que Polonia, en el caso de resistir, encienda la hoguera en que se consuma Europa. Lo más probable es que Hitler obtenga a Danzig por otros medios. Por lo menos, el líder del nazismo en la ciudad libre, aseguró a sus conciudadanos que se aproxima el momento solemne en que la vieja ciudad del Báltico sea reincorporada a la Patria alemana...

LA TARDE transcurría perezosamente bajo el cielo ardoroso de la Martinica. Aplastada por el calor, la naturaleza parecía dormida. O muerta. Hasta el tiempo semejaba haber detenido su carrera y las horas se estiraban, lentas y desesperantes, hacia un crepúsculo bienhechor que se demoraba.

Ni un alma en las calles invadidas de sol reverberante en la piedra caliza del caserío y en la arena del suelo. Ni un alma, ni un ruido. En su estancia umbrosa, Josefina Tascher de la Pagerie, hermosísima criolla de talle de palmera, ojos de azul profundo, sombreados por largas pestañas sedosas y cabellos castaños de cobrizos reflejos, se había abatido con delicioso abandono sobre una mullida mecedora. A sus pies, sentada en el suelo, la vieja esclava negra procuraba alguna frescura al rostro mate de su ama, batiendo somnolienta y acompasadamente una larga palma.

La criolla no dormía. Soñaba, pero con los ojos apenas cerrados. La africana también soñaba. En la atmósfera propicia para los mensajes del Más Allá, flotaba «ese algo» de inquietante sugerencia.

—¿Duermes, Tomasa?

La esclava negra, arrancada a su modorra, respondió con voz cansada:

—Soñaba...

—¿Con quién?

Suspiró profundamente la vieja criada antes de contestar.

—Contigo, amita. Te veía en medio de mujeres hermosas, pero menos que tú, reverenciada por hombres poderosos, pero menos que tú. Porque allí tú eras la reina y ¡más que una reina misma!

Una carcajada cristalina y vibrante interrumpió la extraña predicción. Perdida en la remota soledad de su isla natal, Josefina Tascher de la Pagerie estaba lejos de sospechar, aquella tarde calurosa, que en Francia iba a levantarse un trono para que ella lo ocupara.

Napoleón conoció a Josefina en la fastuosa mansión de Teresa Tallien, bella amiga del jefe virtual



## Los AMORES de NAPOLEON

angustias futuras. ¿Qué hacer?

En un petit hotej de la calle Chantierine, que compró y no había pagado a Julia Carreau, Mme. de Beauharnais sostuvo las primeras entrevistas con el joven general. Bonaparte no podía resistir al extraordinario encanto de esta mujer. Todo en ella le placía: su espíritu fácil, su indolencia criolla, la atmósfera que respiraba a su lado... Acaso lo único ingrato cerca de la mujer amada, fuera ese travieso falderillo, Fortuna, que se obstinaba en morder sus piernas y en salpicar con lardidos el bello romance que empezaba a vivir.

Una noche, Napoleón propuso el matrimonio a Josefina. La mujer aun se resistía y quiso tomar consejo de Barrás, quien la decidió con la elocuencia del hombre que desea desembarazarse de una antigua amiga.

UNA CEREMONIA ORIGINAL  
Hacia una hora que María Josefina Rosa Tascher de

de la Convención, ciudadano Barrás. Fué una de aquellas tardes que precedieron a la insurrección de Vendimiario, cuando el joven corso llegó, en procura de una carta de recomendación para el ministerio de Guerra, a la finca de los Campos Elíseos.

Tenía entonces 26 años. Dentro del raído uniforme el cuerpo magro aparecía como perdido y solamente la cabeza, coronada de negros cabellos recogidos sobre la nuca, con aquel perfil aguileño y osado y aquellos ojos azules de acerados destellos, transmitían un poco de su futura grandeza.

Napoleón no era un hombre de mundo. En medio de la brillante reunión que animaba la tertulia de Teresa Cabarrús, el impávido general se sintió empujado, acobardado. La bondadosa dueña de casa comprendió su embarazo y lo presentó a un grupo de damas. Estaban allí Mme. Recamier, Mme. Hamelin, Mme. de Stael y... ¡Josefina!

Fingiéndose un barón gitano consiguió sacar fuerzas de su flaqueza y entretuvo a tan bellas mujeres, leyendo el porvenir de cada una en las líneas de sus manos. Josefina alcanzó los mejores augurios del mentido vidente:

—Tiene usted señalado un destino envidiable, hermosa mía. Esta línea lo dice: Llegará a ser reina. O más que reina.

Veinte años antes, la negra esclava de la Martinica había pronunciado la misma profecía.

### NAPOLEON QUIERE CASARSE

El «barón gitano» obtuvo un éxito insospechado con aquellas damas. Pero fué evidente que Mme. de Beauharnais pagó con mejores sonrisas y con más afecto la singular sesión de adivinamiento. Aquello era demasiado para el temperamento fogoso del casto militar, en cuyo espíritu el amor aún no había logrado dejar impresión alguna. Por eso, al abandonar la mansión de Madame Tallien, Bonaparte ya estaba perdidamente enamorado de Josefina. Por eso también, cuando pocos días más tarde se encontró transformado en comandante militar de París, su primera inspiración voló hacia la fascinadora viuda del 13 vendimiario.

Dos hijos, Hortensia y Eugenio, estaban siempre presentes en las decisiones de Josefina. El porvenir de ambos entenebrecía sus horas de placer. Por ellos fué amante primero de Hoche y luego de Barrás, y por ellos, ahora que el convencional la había olvidado, empezó a pensar seriamente en aquel hombre rústico que se perfilaba como uno de los más importantes de Francia. Recordó su edad y el codo de los treinta años le pareció que se esfumaba en la lejanía; el espejo le enrostraba una belleza conservada a fuerza de cosméticos y la experiencia le hablaba de privaciones y de

Napoleón Bonaparte y Josefina de Beauharnais en la época que trabaron conocimiento en la casa de Mme. Tallien

la Pagerie, viuda de Beauharnais y sus testigos Barrás, Tallien y Calmelet esperaban la llegada de Bonaparte en la sala donde iba a verificarse su matrimonio, la noche del 19 Ventoso, año IV de la República. A las diez llegó el general. Se había demorado con los preparativos de su partida a Italia, en donde iba a desempeñar funciones de comandante militar, a instancias de Carnot y del mismo Barrás. Venía acompañado por su ayudante de campo, Le Marois, y apenas presentadas sus excusas a la novia y sus amigos, urgió al ciudadano Leclerc, encargado de consagrar el enlace:



Leonor Denuelle



Teresa Cabarrús, esposa del revolucionario Tallien





Napoleón de Bonaparte en su juventud, cuando el juego de la revolución francesa le arrastraba

—Apurad, ciudadano; despachad rápido. El ciudadano Leclerc pasó por alto todos los requisitos legales, limitándose a leer los nombres y estado civil de los desposados. Barrás sonrió cuando Josefina declaró su edad, disminuyéndola en cuatro o cinco años. Napoleón, por su parte, para parecer más viejo que para disimular la diferencia entre los consortes, aumentó la suya en dieciocho meses. Finalizada la original ceremonia, Bonaparte despidió a su ayudante de campo, saludó a los ciudadanos Barrás, Tallien, Cálmelet y Leclerc y con su esposa se encaminó al hotel de la calle Chantereine. Una noche y un día duró su luna de miel. Y al cabo de ella partió para Italia. Piamonteses y austriacos ardían de impaciencia por resolver sus viejos problemas nacionales y el romance del general no lograba imponer una tregua a sus agresivas pretensiones. ¡Feliz e infatigable Napoleón!... Mientras en bella Italia, con un ejército famélico y descalzo, batía a los sardos y a los austriacos y entraba triunfante en Milán, aclamado por una multitud de soldados, en París, Josefina se divierte frecuentando las amistades equívocas que hicieron llevaderos sus años de vejez.

**EPISTOLARIO SENTIMENTAL**  
La ciudadana Bonaparte halló en París motivos para ser infiel a su marido. Primero fué Murat quien la sedujo con la gloria de su regreso de los campos de batalla, las manos cargadas de banderas y el pecho cruzado de condecoraciones. Después fué un bello huérfano, Hipólito Carlos, quien reemplazó a Napoleón en sus afectos. Y en tanto la liviana esposa se entregaba a sus amantes, el victorioso general enriquecía el epistolario sentimental con una catarata de cartas amorosas, escritas— a veces a razón de tres por jornada— en cuanto momento libre le dejaban sus operaciones militares. Después de un siglo y medio las cartas de Napoleón conservan todavía su ardoroso apasionamiento. Josefina apenas las leía y alguna vez su juicio femenino se tradujo en estas palabras:  
—Oh, pero qué tonto se pone para escribir!...  
—Lejos de su mujer, acuciado por la pasión insatisfecha, por los celos, por la indiferencia del objeto amado, por su silencio, explotó la ansiedad de Bonaparte



La negra esclava predice a Josefina, en la Martiniada, que «un día será más que reina» (Reconstrucción que figura en el Museo Colonial de Vincennes)

y anunció el abandono de las operaciones militares y su regreso a Francia. Intervino entonces Barrás y el mismo José Bonaparte, que obligaron a la infiel a marchar a talia para reunirse con su esposo. Ella lo hizo, pero acompañada por Hipólito Carlos.

A su llegada a Milán, Napoleón la instaló como a una reina en el palacio Serbellione, y olvidadas su ansiedad, sus celos y sus temores, la dejó sola—¿sola?— para volver al campo de batalla.

Llegaron las victorias de Castiglione, Arcole y Rivoli. Cuando hallaba un momento de descanso el general llegaba hasta su esposa; si se encontraba lejos nunca olvidaba de escribirle. Pero Josefina jamás comprendió a su esposo. Y éste comenzó a descorazonarse. La amaba todavía, pero ya la juzgaba. Poco a poco la veía como era: coqueta, egoísta, banal. Esta desilusión sentimental fortificó su ambición guerrera y despertó sus primeros deseos de poder.

**SE CUMPLEN LAS PROFECIAS**

Durante la campaña de Egipto, Napoleón debió resignarse a perder la compañía de Josefina, que temía la travesía del mar y la amenaza de la escuadra inglesa. Y sintiéndose libre inició un pequeño romance con Mme. Foures, esposa de un joven oficial de su ejército. Pero este idilio no borró de su memoria a Josefina. Cuando por una indiscreción de Junot llegó a enterarse de la liviandad de su esposa se hizo la decisión de divorciarse. El anuncio de su regreso aterró a la culpable. La ex amante de Hipólito Carlos corrió al encuentro de su esposo, pero equivocó el camino. Por una ruta distinta Napoleón llegó a París, y en el hotel de la calle Chantereine los miembros de su familia lo pusieron al corriente, en una conversación de tres horas, de los deslices pasados y presentes de Josefina. Encerrado en sus habitaciones el general se negó a recibir a su esposa. Y cuando ésta iba a abandonar la partida sus hijos se encargaron de salvarla. Lágrimas y ruegos de Hortensia y Eugenio conmovieron al atormentado corso. La pecadora fué perdonada. La esponja pasó sobre sus culpas, borrándolas de la memoria de Napoleón.

Llegó el golpe de Estado, pasó Brumario, y sobre los escombros de la revolución, Bonaparte alcanzó el título de Primer Cónsul. Josefina, que veía ascender rápidamente a su esposo, se asoció estrechamente a su existencia. Pasaron cinco años y un trono y una corona cumplieron la doble profecía de la esclava negra y de Napoleón:

—Tú serás reina. ¡Más que reina!...

**LOS ROMANCES IMPERIALES**

El nuevo emperador, Napoleón Bonaparte, no vaciló en coronar a su esposa. Pero Josefina tenía su plan para sacar mayor partido de la nueva posición: soñaba con la consagración religiosa de su matrimonio, que debía— así lo suponía ella— asegurar más estrechamente los lazos conyugales. La vieja pecadora temía ahora perder al marido más burlado de Francia.

De alguna manera hizo informar al Papa Pío VII de que la pareja imperial vivía en estado de pecado mortal. El jefe de la Iglesia puso el grito en el cielo y Bonaparte retrocedió ante la amenaza de escándalo. El cardenal Fesch, en una ceremonia que careció de testigos, se encargó de impartir la tardía bendición al matrimonio.

A partir de entonces varió fundamentalmente la conducta de Josefina, que se transformó en la mujer de vida más irreprochable de esa época. Pudiera suponerse, en consecuencia, que el matrimonio Bonaparte había entrado en una era de tranquilidad, pero no fué así. La hora de la revancha había sonado y el emperador era quien iba ahora a comprometer con sus devaneos la felicidad doméstica. Ya supimos lo suyo con Pauline Fourés, esposa de un oficial de su ejército. Después de esta aventura llegó el reinado de las actrices: primero fué una cantante, Mme. Grassini; luego una trágica, Mme. George. Pero no seamos severos con el galante Napoleón. Recordemos que hacia esta época contaba apenas cuarenta años; que el amor le había negado durante mucho tiempo sus favores; que Josefina lo había convertido en el más infeliz de los maridos; que las costumbres de la época fomentaban sus pasiones y, finalmente, que era corso—ardiente meridional— y soldado.

**EL PRIMER HIJO**

Las lágrimas y los ruegos de la emperatriz determinaron el rompimiento con las actrices. Pero ¡cuánto más hubiera preferido Josefina la continuación de esas relaciones!

Olvidadas aquéllas, apareció Mme. Duchatel, esposa de un consejero de Estado, para disputarle el afecto de su esposo. Esta fué la mujer temida. Era bella e inteligente y reclamó varios años de lucha antes de abandonar la plaza débil, que era el corazón de Bonaparte. Vinieron luego dos aventurillas, Mme. Gazzani y Mme. Guillebeau, y por fin el gran idilio: Eleonora Denuelle.

Esta joven, alta, esbelta, morena, de grandes ojos negros, le fué presentada por Carolina Murat al emperador, que se apasionó prontamente de ella y la hizo su conquista. En diciembre de 1806, Eleonora fué la madre de un varoncito robusto, que fué inscripto con el nombre de León, y aunque Bonaparte



La mujer que conmovió más profundamente al gran corso, después de Josefina, fué esta bella polaca, Maria Luisa Walewska.

abrigó dudas acerca de su paternidad— parece que Murat también había disfrutado de los favores de la bella morena—, terminó por convencerse y aun proyectó la legitimación de aquel bastardo. Fácilmente fué disuadido y se limitó a separarse definitivamente de la Denuelle y a asegurar el porvenir del muchacho. Este, a quien después la historia conocerá con el título de Conde León, llevó una vida aventurera, disipó su fortuna y murió miserablemente en 1881.

Esta fué la última batalla ganada por Josefina. Otra se avecinaba, terrible y amenazadora. Otra... ¡Pobre Josefina!

**EL OTRO AMOR DE BONAPARTE**

En Varsovia Napoleón conoció a María Luisa Walewska. Era la esposa del conde Colonna Walewska, anciano decrepito a cuyo lado llevaba una existencia triste y resignada. Bonaparte concibió por aquella joven frágil, de ojos azules y cabellos rubios una pasión sin límites, y aquel hombre, que no conocía resistencias, se rindió a los encantos de la joven polaca. Billetes ardorosos, suplicantes y tiernos no fueron contestados por la altiva condesa.

Por patriotismo María Luisa aceptó los galanteos de Napoleón. En manos de este hombre estaba el porvenir de Polonia, y el príncipe Poniatowski la convenció de que su sacrificio permitiría la resurrección de aquel país. María Luisa cayó en los brazos del afortunado corso. Y cuando éste regresó a Francia se la llevó consigo.

En 1809, después de la campaña de Austria, la joven polaca le dió un hijo a Napoleón. Y este hijo significó la derrota de Josefina. Bonaparte decidió divorciarse para casarse con María Luisa. Así lo expresó con claridad.

—He perdido la esperanza de tener hijos en mi matrimonio con la emperatriz Josefina. Ello me obliga a sacrificar los más dulces afectos en beneficio del Estado. No puedo huir a ningún dolor si está demostrado que seré útil a Francia.

El 19 de diciembre de 1809, Josefina aceptó su derrota. Después de firmada el acta de divorcio, el emperador y la ex emperatriz se retiraron a sus habitaciones privadas. Allí la infortunada halló refugio en los brazos del emperador para llorar desconsoladamente la inmensidad de su desgracia. Al día siguiente abandonó el palacio. Pero Napoleón no la olvidó. En la semana que siguió al divorcio todos los días llegaba a su retiro de Malmaison una carta tierna y triste de puño y letra de aquel que le escribiera tantas epístolas apasionadas desde la bella Italia.

«¡JOSEFINA!»...

Todo es efímero, pompas, grandezas, poderío, popularidad... todo pasa. Un día se eclipsó la estrella de Napoleón. Los desastres de Rusia conmovieron la grandeza del emperador y después de la campaña de Francia y de la toma de París, Bonaparte abdicó. Josefina, siempre preocupada por el porvenir de sus hijos Hortensia y Eugenio, se olvidó de que alguna vez había sido la emperatriz de los franceses. Y en su parque de Malmaison ofreció suntuosas recepciones al zar Alejandro y al rey de Prusia. Con este último paseaba el 23 de mayo de 1814 bajo los árboles de su parque, cubierto el cuerpo con ligera vestimenta. El frío hizo justicia y una pulmonía selló su existencia seis días más tarde.

En la Isla de Elba, Napoleón tuvo la noticia de su muerte.

—Pobre Josefina—murmuró—; ahora sí que será feliz.

Años después el gran corso emprendió el viaje sin regreso. En la agonía sus labios temblaban con una palabra que pudo pronunciar antes de morir:



**L**AS personas que sentían por el Cardenal Mazarino mayor enemistad no pudieron dejar de admirar el ingenio y la hermosura de sus cinco sobrinas, Laura Victoria, Olimpia, María, María Ana y Hortensia Mancini, hijas de Miguel Lorenzo Mancini, barón romano calificado de muy ilustre señor en tiempos en que sólo se daba este título a las primeras familias de Italia, y de Jerónima Mazarino, hermana del Cardenal.

Lorenzo Mancini, que se había dedicado a la astrología y sacó el horóscopo de todos los miembros de su familia, predijo que sus hijas causarían disturbios en el mundo, pero nunca supuso que su predicción fuese tan acertada que diese lugar a que el historiador Michelet dijese de ellas que la familia Mazarino fué un azote para la humanidad.

#### EXITOS EN LA CORTE DE LUIS XIV

Las Mazarinas, como se les llamó de inmediato en la corte del Rey Sol, se hicieron célebres en los tiempos en que concurría a ella la Reina Cristina de Suecia. El cinismo altanero de esta soberana, su vida errante, y finalmente el horrible asesinato de Monaldeschi fueron cosas que deslumbraron a las hermosas italianas; y desde entonces trataban de imitar a Cristina, no sólo en sus vestidos, sino también en sus costumbres.

Al poco tiempo, las Mazarinas adquirieron una hermosura osada y provocativa que les proporcionó grandes éxitos en la corte.

La mayor de las cinco hermanas, Laura Victoria, contaba apenas quince años cuando contrajo enlace, el 4 de febrero de 1651, con Luis, Duque de Vendôme, nieto de Enrique IV, y sólo tenía 21 al morir, el 4 de febrero de 1657. Dejó dos hijos: Luis José, Duque de Vendôme, uno de los héroes del siglo, de quien se ha dicho con justicia que sostuvo la corona de Francia en la cabeza de Luis XIV, y Felipe de Vendôme, que fué gran prior de Francia.

#### OLIMPIA

Olimpia fué la primera de las hermanas en

## LA VIDA PRIVADA DE LAS GRANDES FIGURAS

atraerse las simpatías del joven rey. Eran los dos casi de la misma edad. Las narraciones de la época nos la presentan como una mujer de regular estatura, cuerpo perfecto, algo lleno y sumamente atractivo; noble porte y andar elegante y desenvuelto. Cabello castaño claro, muy abundante; insinuante y maliciosa, con una vivacidad que subsistía aún en los momentos de decaimiento y languidez. El rojo de sus mejillas destacaba sobre su piel tostada. Sus ojos azules, que permanecían casi siempre medio entornados, le daban cierto aspecto sensual, sin que por ello fuesen menos vivos y brillantes. Todas esas gracias se concentra-

## OLIMPIA Mancini

ban en su linda boca, tal vez demasiado pequeña para que cupiesen en ella. El marfil de sus dientes correspondía al bermellón de sus labios.

Para saber cómo el amor puede dar la vida o

causar la muerte, era necesario oírle hablar o verle la sonreír. (Druex du Radier-Memoires historiques, critiques et anecdotes des reines et regentes de France).

La hermosura del cuello y del busto, tan a menudo defectuosas, eran de una perfección clásica; lo mismo diremos de sus brazos y sus manos.

Gozaba de poca salud, lo que le daba un aspecto de fragilidad que completaba el sonido de su voz extremadamente suave, aunque con un acento apasionado, que emocionaba y atraía al oírlo.

Tenía una inteligencia de acuerdo con sus encantos físicos. De conversación viva, interesante y siempre amena, derrochaba contestaciones ingeniosas, rápidas y oportunas.

Su carácter era de dulzura, la complacencia y la bondad en grado superlativo.

La educación de Olimpia, comenzada en Roma, fué continuada en París en forma brillante y casi regia, pues las sobrinas de Mazarino compartían con el Rey Luis XIV y su hermano Monsieur. La reina madre también se ocupaba de ellas y las llevaba personalmente al Val-de-Grâce a que cumpliesen con sus deberes religiosos.

#### SUS AMORES CON EL REY

El Rey no podía menos de sentirse cautivado por tantos encantos. La Reina madre admitía es-

las intimidaciones, pero no toleraba que se hablase, ni aún en broma, de esta amistad como de algo que pudiera tomar aspecto de futuro casamiento legítimo. (Madame de Motteville-Memoires).

Olimpia, con su instinto de mujer y de italiana, se dió pronto cuenta del efecto que causaba sobre el rey, con quien compartía sus juegos y distracciones y representaba comedias, y, desde ese momento, se despertó su ambición.

Algunas personas admitían la posibilidad de que esa tendencia pudiese terminar en boda; entre éstas se encontraba la Reina Cristina de Suecia, quien, un día, dijo en voz alta, para ser oída por el Cardenal Mazarino, de quien ella necesitaba:

—Será una maldad si no casan lo antes posible a esos dos jóvenes que tan buena pareja forman. (Livet-Portraits du grand siècle).

El rey la colmaba de atenciones, pequeños obsequios y cuidados, y cada vez se hacía más insinuante. Por otra parte, Olimpia, prescindiendo de la parte de conveniencia que veía en el asunto, se sentía atraída hacia aquel hombre que, además de ser poderoso, era uno de los jóvenes que mejores cualidades físicas reunía; y lo que tenía que ocurrir sucedió. Olimpia era demasiado temperamental e inexperta para resistirse a lo que ella deseaba probablemente más que el mismo Luis XIV, quedando en esto esfumadas sus esperanzas. El trono con que soñaba se le escapó. (Renée-Les niéces de Mazarin).

**SU CASAMIENTO**

La reina madre, temerosa de que su hijo prescindiere de todo y quisiese casarse con Olimpia, llamó a Mazarino, haciéndole ver la necesidad de resolver esta situación de la única manera que era posible hacerlo, o sea, casando a su sobrina.

El Cardenal dirigió sus miradas a los príncipes de sangre real, pero fracasó en sus intentos de atraerse al príncipe de Contí, al de Módena y, finalmente, al Duque de la Meilleraye, pues los tres rehusaron con toda diplomacia.

En pocos días quedó resuelta la boda de Olimpia con Eugenio Mauricio de Saboya, conde de Soissons, hijo de Tomás Francisco de Saboya, Príncipe de Carignan, y nieto de Carlos Emmanuel, llamado el Grande, duque de Saboya.

Este casamiento se celebró el día cuatro de febrero de 1657, dando lugar a que los poetas de la época publicasen folletos alusivos a sus amores con el rey, en los cuales se decían toda clase de horrores, llegando a dirigirle al marido uno en que le felicitaban por su buena elección, ya que su esposa, antes de serlo, había sido considerada digna de los dioses. (Saint Evremont-Evres).

**EL REY SE CONSUELA**

Luis XIV contaba en ese momento 18 años; y, aunque al principio se sintió desesperado, a esa edad las heridas de amor se cicatrizan con la misma rapidez con que se producen. El Rey trató de buscar aventuras, y vino a caer con la que más próxima a él tenía.

María Mancini, hermana de Olimpia, no tardó en ocupar el corazón del soberano, quien se entregó a esa nueva pasión con todo el calor de su juventud. En esta situación, el rey enfermó; y temerosa María de que pudiese volver a su antigua pasión, aprovechó el poco interés que Olimpia demostró por él en aquellos momentos, para hacerla alejar de la corte; pero este eclipse fué de corta duración.

El soberano contrajo enlace con María Teresa, y con este motivo se autorizó el regreso de Olimpia a la corte. Estando más libre, por hallarse casada, comenzó una vida de escándalos, que hizo que, en aquella corte, de por sí silenciosa en extremo, se la llegase a señalar como algo extraordinario.

El rey reanudó sus amores y la visitaba descaradamente en el palacio de Soissons, donde se organizaban fiestas y, sobre todo, partidas de juego en las que se cruzaban sumas considerables, y a las que era uno de los más asiduos concurrentes al propio Luis XIV.

Por razones de gobierno, el rey tuvo que efectuar un viaje a Burdeos y, no queriendo separarse de ella, decidió que lo acompañase en su carroza. Un agente secreto de Mazarino, Bartet, escribía a su señor, el tres de octubre, una carta en la que le decía:

El rey ha encontrado manera de regresar de Burdeos jugando durante todo el viaje; desde la segunda jornada abandonó la carroza de la reina y se metió en la suya en compañía de la Condesa de Soissons y de Mme. d-Uzés. Han armado dentro de la carroza una mesa y juegan una par-



tida en la que hacen diferencias de 300 a 400 pistolas. Hasta ahora las pérdidas no han sido mayores y, desde luego, quien pierde es el rey. A las horas de las comidas, y algunas noches, Mme. d-Uzés se ausenta, quedando solos el rey y la condesa, pero otras veces pasan la noche juntos, los tres. Hace seis días que dura esto y parece que durará hasta el término de nuestro viaje. (Perey. Se reman du gran roi).

**NUEVOS AMORES CON EL DUQUE DE VARDES**  
Aunque las fiestas que daba la bella Olimpia en el palacio de los Soissons estaban llenas de atractivos para el joven rey, y ella tenía habilidad suficiente para proporcionarle toda clase de variedades, Luis XIV llegó a cansarse y encargó al beau Vardes, a quien el historiador Michelet llama el Don Juan Espía, que lo librara de ella. A los pocos días, de Vardes se había convertido en el amante oficial de la hermosa italiana. La asociación de estos dos seres estuvo a punto de serle fatal a la dulce La Valliere.

**RIVALIDADES CON ENRIQUETA DE INGLATERRA**

Suponiendo que de Vardes le eran infiel, con razón, y como la causa de sus principales infidelidades eran sus amores con Enriqueta de Inglaterra, urdió toda clase de tramas contra ella.

Celosa de Madama hasta la locura, dice madame de Lafayette, no dejó por eso de vivir en buena armonía con ella. Un día en que se hallaba enferma, pidió a Enriqueta que fuese a verla y, en cuanto estuvo en su presencia, le reprochó acerbamente sus amores con de Vardes, que duraban ya hacia tres años. Otra vez volvió a requerir su visita; y la princesa la encontró desesperada por las traiciones que le hacía su amante, con este motivo; Madame, a su vez, le contó cuanto sabía sobre de Vardes y, puestas en el terreno de las confidencias, entre las dos descubrieron el cúmulo de engaños de que habían sido objeto por parte de su amante común.

La condesa juró que no volvería a ver en su vida a de Vardes, pero de Vardes fingió tan bien

la amistad, que ella, que no deseaba otra cosa, fué fácilmente convencida.

Madama, por su parte, privada de la amistad de De Vardes y teniendo en aquel momento deserrado a de Guiche, que era su verdadero amor, llegó a quejarse hasta el rey, Olimpia, por su parte, hizo lo propio; y las recriminaciones de las dos mujeres pusieron al descubierto toda clase de secretos de alcoba, de tal índole que hubieran hecho ruborizar a un sargento de caballería.

**HUIDA DE LA CORTE**

A partir de este momento, la vida de la condesa de Soissons decae por completo. Se produce el famoso asunto de los venenos, y al ser encarcelada la Voisin, acusa a la condesa y a su hermana, la duquesa de Bouillon, de ser asiduas concurrentes a sus sesiones y de conocer en sus infimos detalles los secretos de los venenos.

Nada pudo probarse, más que una curiosa sesión de magia blanca. Mientras el Conde de Soissons se encontraba ya enfermo en sus propiedades de la Champaña, la condesa hizo venir a su casa a una niña de pocos años a quien se le atribuía el don de la doble vista, y que, en presencia del Duque de Vendôme, de Villeroy y de otros altos personajes, profetizó que el Conde de Soissons moriría en breve. Sumado esto a las acusaciones de la Voisin y a la muerte del conde, ocurrida al poco tiempo, lo que se consideraba como una cosa dudosa se dió por cierto, y se decretó su prisión.

La condesa, advertida, consideró prudente poner tierra de por medio. Se hallaba en su casa jugando cuando se lo avisaron, y, sin pérdida de tiempo, dió una excusa cualquiera, hizo un paquete de sus joyas y pedrería y tomó la carretera de Bruselas. Louvois, que la odiaba a muerte, la hizo perseguir por los gendarmes hasta la frontera, y publicó un bando en París intimándola para que se presentase en el plazo de tres días. Muy lejos de hacerlo, se refugió en Bruselas, donde, al poco tiempo, admitía los galanteos del Duque de Parma, gobernador de los Países Bajos, a quien le hizo cometer toda clase de locuras hasta que, llamado éste al orden, se vió obligado a separarse de ella, y Olimpia decidió trasladarse a Madrid, donde vivía su hermana María.

**MUERTE DE LA REINA DE ESPAÑA**

A poco de su llegada a Madrid, había sabido captarse las simpatías de la entonces Reina de España, María Luisa de Orleans, hija de Felipe de Orleans, llamado Monsieur, hermano de Luis XIV y de Enriqueta de Inglaterra, la que fuera su rival.

La Reina María Luisa se casó, por razones de alta política, con Carlos II, Rey de España, el 18 de noviembre de 1679, y aunque el rey llegó a estar completamente enamorado de su esposa, la hizo muy desgraciada, pues el soberano estaba totalmente dominado por su madre, la Reina María de Parma, quien odiaba a su nuera, lo que hacía que ésta se encontrase aislada en la corte española y recibiese con los brazos abiertos a su compatriota, de la que en ningún momento quiso creer que fuesen ciertos los rumores de los envenenamientos de que la acusaban.

Se dice que, por causa de unos amores en que la reina, más joven, venció a Olimpia, ésta la envenenó. Nunca se puso en claro el asunto; lo cierto es que la reina, después de beber un vaso de leche que le ofreció la Condesa de Soissons, murió súbitamente, y la opinión se puso en contra de Olimpia, que tuvo que huir a los Países Bajos y a Inglaterra, para regresar después a Bruselas, donde en 1708, exhaló el último suspiro.

**PASATIEMPOS**

Por **DIOGENES**

El político creen que tiene derecho a tantas opiniones como sean necesarias para su negocio.

Come, bebe y alegrate hoy que mañana puedes estar casado.

Cuando una mujer no puede convencer a un hombre lo insulta.

El amor de los hombres por su Club se debe por lo general a que su mujer no tiene día de reposo para su lengua.



Los reyes católicos, Fernando e Isabel

## Doña JUANA LA LOCA, puente de los HABSBURGOS

El personaje casi fantástico de doña Juana la Loca vivió en una España que era la sorpresa del mundo; una España que en cierto modo había sido la hechura de sus padres, don Fernando y doña Isabel, y que continuaría asombrando al mundo con un famoso hijo de doña Juana, el Emperador Carlos V. Cuando llegó a Amberes, apenas entrada en los 16 años, para contraer nupcias con el Archiduque Felipe, hijo del Emperador Maximiliano, ya su consorte era Duque de Borgoña y gobernaba los Países Bajos. La hermana de Felipe había de casarse con el Príncipe Juan, hermano de doña Juana y heredero al trono de Castilla y Aragón como hijo único de Sus Majestades Católicas. De manera que las relaciones entre España y el imperio de Maximiliano eran estrechísimas, y muy importantes si se considera que la hija mayor de los monarcas españoles, Isabel, era, además, Reina de Portugal.

En este escenario de la monarquía del siglo XVI aparece doña Juana, trágicamente bella,

### EL IMPERIO DE LOS HABSBURGOS

Aunque Prawdín afirma que la locura de doña Juana fué provocada por el encarcelamiento y los largos sufrimientos de su vida, no es éste el aspecto más interesante de su libro. Lo que hace de esta biografía una obra llena de sugestivos pensamientos es el hecho de que la Reina Loca fué, en realidad, el puente por donde entraron a España los Habsburgos para echar las bases de un imperio portentoso.

Todo en esta patética princesa estaba subordinado a las ambiciones ilimitadas de su familia. Los padres de doña Juana querían el dominio de la civilización. El marido y el hijo eran productos típicos de la ideología absolutista de la época; hom-

bres que no concebían el estado sino a través del Rey.

El desconcierto de España, juguete en las manos de una intriga dinástica sin precedentes, había de convertir a la nación en víctima de los voraces apetitos extranjeros. Doña Juana es la clave emocional de esta madeja insólita en que se envuelven los destinos de la monarquía, atada a la epopeya del descubrimiento de América y a las actividades múltiples del nieto Carlos V. príncipe de la confusión.

### SUCESOS INESPERADOS DE LA TRAMA

El Príncipe Juan fallece a los seis meses de casado, y le lega al imperio un heredero natimuerto. No tardan en pasar a mejor vida la Reina Isabel de Portugal y su único hijo. En un año, tres muertes colocan a doña Juana en el pórtico colosal de gran imperio

Mientras Felipe le era fiel, doña Juana permanecía cuerda. Pero el apuesto monarca no solía conservarse fiel por mucho tiempo, y cuenta la crónica que un día, habiendo averiguado que su consorte andaba en amorios con una rubicunda beldad flamenca, la Reina la asaltó violentamente y le cortó el cabello. Otras veces, doña Juana se valía de hechizos moros y coquetearías orientales; despedía a las azafatas demasiado atractivas; provocaba escenas feroces. Felipe, agotaba la paciencia, le remitió un informe a la madre, reina, diciéndole los pormenores de tan censurable conducta y como si deseara justificar así el trato cruel y las infidelidades de que la hacía víctima.

Llegó a refirir hasta con doña Isabel, y ésta, en el lecho de muerte, agregó a su testamento una disposición para que don Fernando se hiciera cargo del reino caso de que la heredera se ausentara o careciera del deseo o la habilidad para desempeñar sus deberes. Fallecida doña Isabel, le fué fácil

a don Fernando reclamar este derecho, alegando el mal de que adolecía doña Juana, a la que hizo encarcelar en el castillo de Tordesillas en 1509. ¡Allí había de mantenerla prisionera su propio hijo, durante 46 años, hasta que la libertó la muerte!

### EL REINO DE LOS CONSPIRADORES

El Profesor Roger Bigelow Merriman en su obra «El Auge del Imperio Español» ha señalado la falta de prueba documental definitiva de la locura de doña Juana en la fecha del fallecimiento de su madre, y también apunta lo difícil que es corroborar los rumores que entonces circulaban sobre el asunto. Felipe se hizo solidario de la acusación formulada por su suegro don Fernando porque doña Juana se puso del lado de este en la controversia suscitada alrededor de la herencia de la Reina Isabel. Michael Prawdín va más lejos en su relato histórico y rechaza la hipótesis de que tal vez doña Juana sufrió arrebatos de locura después de la muerte

Cuando los Comuneros intentaron libertarla en 1520 para utilizarla como divisa en su campaña, la infeliz no quiso confiarse a los plebeyos en rebeldía.

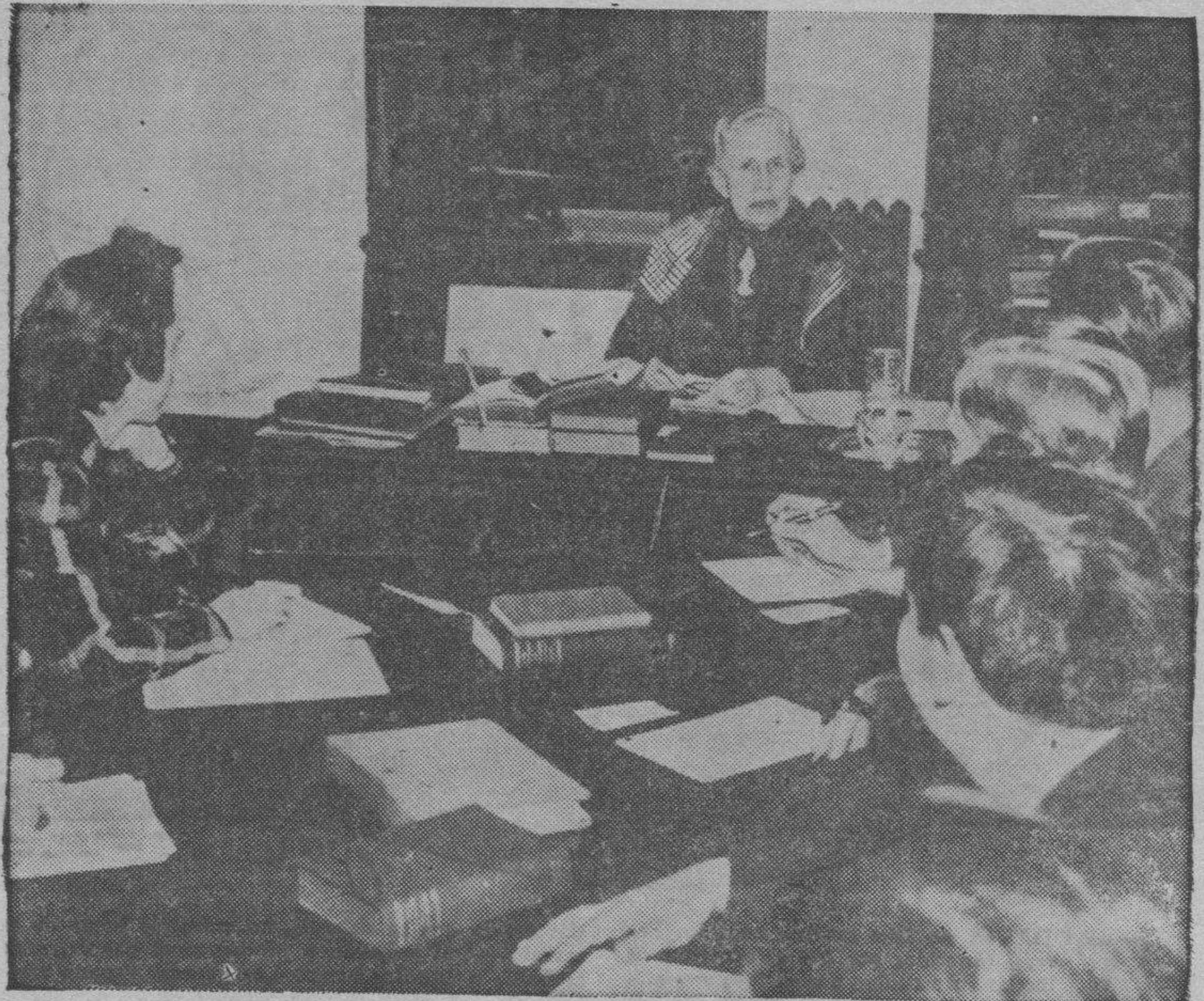
¿Habría dolor más grande que el de ser negada? Nadie la miraba con piedad, porque la piedad no existía en una época de persecuciones como las de Felipe II y el Duque de Alba en los Países Bajos. Bajo la mano fuerte del padre de este monarca, Emperador de España que no hablaba bien el español, nada podía el sentimentalismo contra los designios ambiciosos de la estirpe. El estado era el rey y doña Juana la Loca un incidente lamentable en la historia del país.

Sonaban los clarines de una nueva conquista en el ambiente. Se había iniciado un proceso largo en la vida de la monarquía española. De ahí en adelante sería imposible conjeturar el futuro sin consultar a los Habsburgos. Una reina loca había tendido el puente necesario para cristalizar el sueño del imperio.



Doña Juana de Castilla

Escribió hace tiempo la "Historia de la Standard Oil", causando sensación. Ahora ha publicado su autobiografía, en la que menciona los procedimientos de que se valió para obtener la información secreta que le permitió relatar los procedimientos de la gran organización de Rockefeller.



A LOS 81 AÑOS RETORNA A SU «ALMA MATER» A DAR CONFERENCIAS

Ida M. Tarbell, famosa escritora norteamericana, dando una conferencia en la Escuela Preparatoria de Alleghany College, Meadville, Pennsylvania, en la que se graduó el año 1870

# LOS 81 AÑOS DE LA ESCRITORA IDA TARBELL

A los 81 años, Ida M. Tarbell, la reputada biógrafa y escritora norteamericana, ha vuelto a la Escuela Preparatoria de Alleghany en Meadville, estado de Pennsylvania, donde se graduó el año 1870. Lo ha hecho en calidad de conferencista, para disertar ante la juventud actual —que tan poco se parece a la que había vivido las preocupaciones y sinsabores de la Guerra Civil Norteamericana— sobre literatura en general y biografía en particular.

La vuelta a los lares nativos, a una edad en que la mayoría de sus compañeras de entonces duermen ya el sueño definitivo, ha debido evocarle la lejana niñez, cuando ya dejaba ver a las claras las cualidades esenciales de su carácter: curiosidad y coraje. A los tres años, estimando que no se le prestaba bastante atención en casa de sus papas, determina realizar una excursión, sola y sin contar con nadie, hasta la casa de campo de su abuela, situada a larga distancia. Pero tiene que renunciar a su propósito y confesar que ha perdido la brújula a la llegada de la noche. En otra ocasión por esa misma época, la curiosidad la lleva a ver el su pequeño hermanito flota sobre las aguas de un arroyo a la manera de los leños. Las ropas del infante flotan sobre las claras aguas y ella se encuentra muy afana de su experimento, cuando alguien salva al pequeño de una asfixia por sumersión.

El padre de Miss Tarbell vive en el corazón de la región petrolera, industria que le proporciona el sustento. Cuando muchos años después la escritora dedica cinco años de su vida a escribir la «Historia de la Standard Oil Company», Henry Huddleston Rogers, uno de los magnates de la gran compañía monopolizadora, quiere conocer a la reportera que está publicando en el «Mc Clure-s Magazine» todos los detalles secretos de las combinaciones de la empresa. Miss Tarbell recibe una invitación para acudir a la lujosa mansión del millonario, donde el más guapo y más distinguido magnate de Wall Street le pregunta donde y cuando se inició su interés hacia la industria del oro negro. Ella le responde sin titubear. «En los llanos y colinas de Houseville».

Mr. Rogers, tronco de la dinastía millonaria y petrolera que le dió al mundo a Milliscent Rogers—casada en primera nupcias con el conde de Salm y en segundas con el argentino Arturo Peralta Ramos— recordó entonces a la niña que cogía flores por los prados, al otro lado de la corriente susurrante, cuando él tenía una pequeña refinería en Oil Creek. Y habló con la ya famosa escritora de su época de pobreza, cuando todos los lunes tenía que cargar sobre sus hombros la ropa sucia de la familia, que recogía jubiloso los sábados prometedores de su único día de asueto. Todos esos detalles de su vida los acaba de dar

Miss Tarbell a la estampa en una autobiografía de cuatrocientas doce páginas titulada «Todo en el trabajo del día», que ha merecido muchos elogios de la crítica.

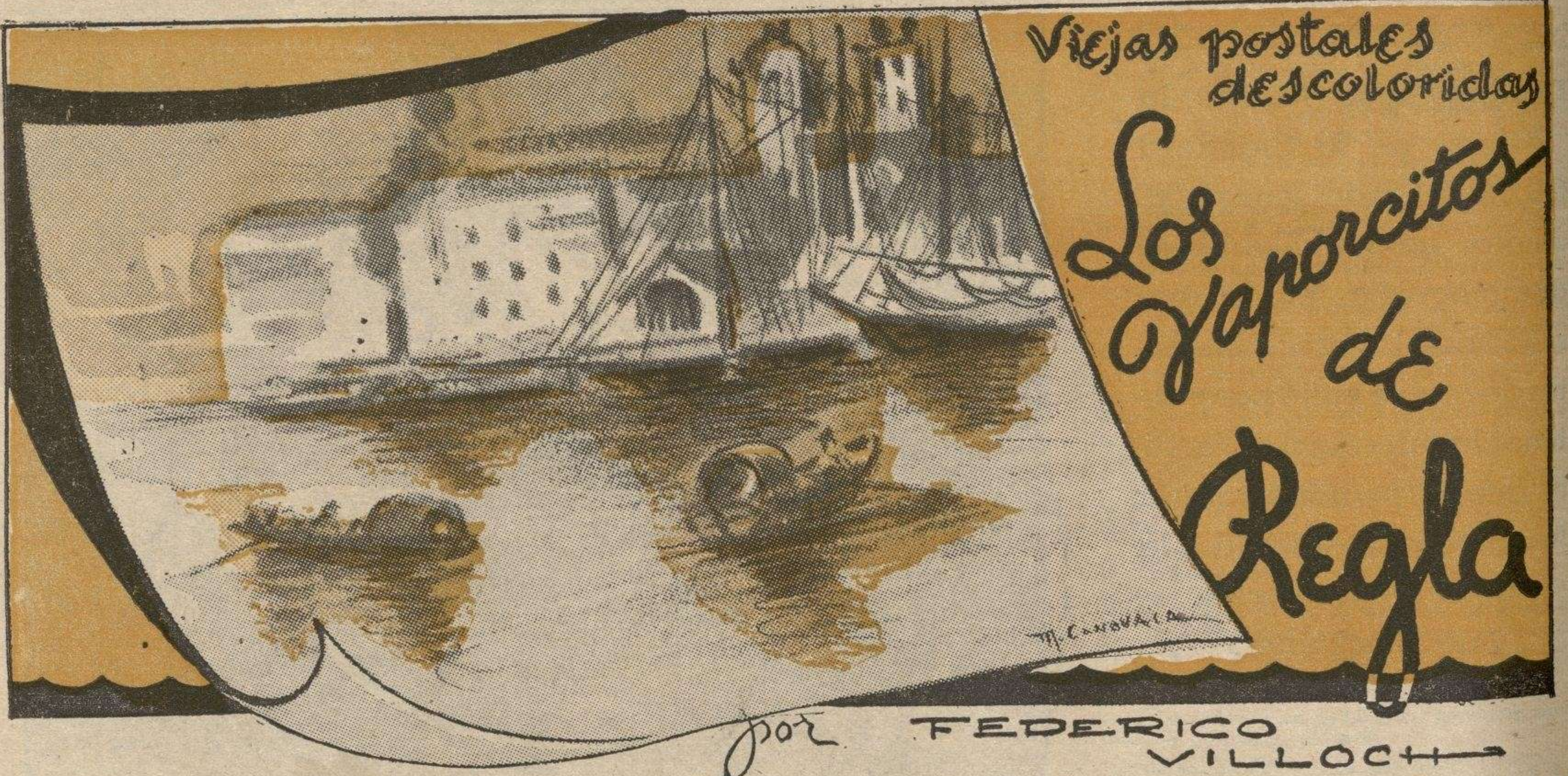
Tal vez la parte más interesante del libro, es aquella en que describe su trabajos para conocer «la historia secreta» de la Standard Oil, de la que dice: «Nunca sentí prejuicios acerca de su tamaño y riqueza, ni tampoco hice objeciones sobre su forma anónima de organización. Me parecía bien que hicieran sus combinaciones y se enriquecieran siempre que fuera por medio de sistemas legítimos. Pero sus procedimientos eran tortuosos y ello fué causa de que perdieran a mis ojos toda grandeza».

Miss Tarbell describe también su primera entrevista con S. S. Mc Clure, el creador del magazine que la hiciera a ella conocida nacionalmente. Vivía modestamente en París, compartiendo un modesto apartamento de un cuarto piso con una compañera que cuando Miss Tarbell recibió un cheque de cien dólares como pago de una novela corta, le habló seriamente de trasladarse a los Campos Elíseos. El publicista llegó resoplando, tras la ascensión de las cuatro escaleras, y le dijo que solo tenía diez minutos para la entrevista. Permaneció, sin embargo, dos horas junto a la escritora, hablándole de su juventud, de sus ambiciones de su

sindicato y del gran amor que sentía hacia su esposa. Cuando partió con destino al tren que lo condujera a Suiza, le pidió un préstamo de cuarenta dólares que la muchacha le pudo facilitar deshaciéndose de los ahorros que tenía para una vacación. A lo que se ve el dinámico publicista que poco después levantaba la circulación de su magazine de una docena de millares acerca de un millón, tenía tantas ideas en la cabeza que se olvidaba de que para viajar necesitaba dinero.

Un día, ya retornada de Francia adonde había ido con el propósito de escribir una biografía de Madame Roland, Mc Clure se dió cuenta de que las revistas norteamericanas tenían un tanto la figura patriarcal de Lincoln. Inmediatamente le encomendó a Miss Tarbell que escribiera la vida del gran presidente que emancipara a los negros y muriera asesinado a las manos de un fanático del Sur. Esa fué otra de las obras que ocupó a Miss Tarbell durante mucho tiempo. (Su historia de la Standard Oil le requirió cinco años de labor).

A los 81 años, la escritora da muestras de una capacidad para el trabajo que llama la atención. Los ingresos que le han proporcionado sus obras le permitirían una ancianidad tranquila y cómoda, pero ella prefiere continuar yendo de un lado para otro, como si todavía permaneciera con ella el tesoro divino y fugitivo de la florida juventud.



**T**ODAVIA no hace muchos años los Ferrys, conocidos por los «Vaporcitos de Regla», constituían una de las notas más animadas y pintorescas de la bahía de la Habana. El desarrollo de las empresas de ómnibus y del servicio de autos y otros vehículos, motivado por el perfeccionamiento a que llegaron las carreteras que enlazan la capital con las vecinas villas de Regla y Guanabacoa, y también, en gran parte, la fabricación de la Estación del Arsenal, que suprimió la salida de trenes de carga y pasajeros, de la antigua Estación de Fesser, en la villa de Regla, le fué quitando importancia a aquella primitiva vía de comunicación; realizándose el servicio por medio de las guaguas, los autos y los camiones que iban por la carretera; desde luego, con más rapidez y economía si se quiere; pero no con la comodidad y seguridad con que lo llevaban a cabo los referidos vaporcitos.

En un principio éstos pertenecían a dos empresas distintas: una, a la llamada «Empresa vieja», que conectaba en Regla con los tranvías de Figueras, y después de D. José Cabrero; y otra, a la del «Ferrocarril de la Bahía de la Habana», que fusionado después con el de Villanueva, formaron los Ferrocarriles Unidos; y se levantó la amplia estación del litoral, conocida por la del Muelle de Luz con dos espigones: uno, para los ferrys que iban a Casa Blanca y pueblo de Regla; y otro, para los vaporcitos que atracaban en la Estación de Fesser, de donde partía el ramal para Guanabacoa. Este fué el tren que paró el coronel Aranguren del ejército libertador el día 16 de enero de 1897, con idea de apoderarse del comandante español Narciso Fondeviela; lo que no pudo lograr, por haberse embarcado dicho Fondeviela en el tren anterior. Aranguren cogió prisionero a todos los oficiales que iban en dicho tren, dejándolos después en libertad; menos a uno de ellos que era cubano; y creemos recordar era de apellido Barro, que fué ahorcado en el campamento de dicho coronel. El maquinista que conducía la locomotora del tren, se llamaba Serafín Rencurrel, y fué detenido por las autoridades españolas, junto con el conductor Santiago Romero y el chuchero de Cambute, lugar del asalto, llamado Toribio Morales; los que fueron reclusos en la cárcel de Guanabacoa.

Esa misma noche del asalto de dicho tren, Fondeviela, al conocer la noticia, ordenó el arresto de varias personalidades de Guanabacoa, entre ellas los doctores Castañón, Sabadí, el Lcdo. Tosar y otros. Fué esa una noche de verdadero pánico y terror en la villa

Estos vaporcitos los utilizaban los vecinos de Regla y Guanabacoa por lo menos seis veces al día cada uno: a primera hora de la mañana, para ir a sus ocupaciones y negocios; después, para volver algunos a almorzar a sus casas; otra vez, para volver a sus asuntos; y por la noche, para asistir a los teatros y espectáculos de la Habana; esperándolos, en este caso, un vapor hasta la una de la mañana para retornarlos a sus domicilios. La más pintoresca de estas trave-

sías era la que se daba en las primeras horas de la mañana. ¡Qué animado y pintoresco el panorama de la Bahía a aquellas horas! Los grandes vapores trasatlánticos haciendo sus cargas y descargas. Los muelles rebosantes de vida con el enjambre de sus numerosos empleados, carretilleros, estibadores, comerciantes, etc. La llegada y salida de las goletas que hacen el comercio de cabotaje. El incesante trepidar de las grúas y camionetas que en el litoral de Casa Blanca se ocupaban del acarreo del carbón, que traspasarían después a la ciudad los grandes carromatos pertenecientes a las firmas de Pelléllá, Roura, Romagosa y otras. Los banderines de señales, que en los mástiles del Morro anunciaban las próximas llegadas de los esperados trasatlánticos, nacionales y extranjeros. Un enorme vapor cargado de sacos de azúcar, que haciendo sonar su potente sirena se desliza por en medio de la bahía, hacia la salida del puerto. . . Se aspiraba en aquella luminosa atmósfera mañanera, el penetrante olor de los infinitos sacos de azúcar que se entongaban en las grandes barcazas que rodeaban a los barcos cargadores; y era un aroma que se entraba en el alma, despertando el optimismo, la confianza y la alegría en los corazones.

Un buen número de pasajeros prefería hacer el viaje en la toldilla de los vaporcitos. En noches de luna, algunos tomaban el ferry con objeto de hacer cuatro o cinco viajes redondos, con deseo de respirar el fresco ambiente nocturno; sobre todo, las parejas de enamorados. Uno de los pasajeros más asiduos de estos vaporcitos era Faquineto, el popular caramelero astrónomo de Guanabacoa, a quien a menudo se le veía en la toldilla de ellos, haciendo observaciones meteorológicas, que después publicaban los principales periódicos de la Habana, junto con las del P. Viñas, el P. Goangoiti y el P. Gutiérrez Lanza.

Los vaporcitos llevaban pintados en grandes letras, sobre cubiertas laterales, sus nombres, que se destacaban desde lejos: «Habana»; «Regla»—este era el más pequeño y el más veloz—; «Guanabacoa», «Invencible»; «Victoria»; «Eduardo Fesser», y el último que vino a la Habana, titulado «Enmanuel». Todos eran de ruedas; excepto el «Enmanuel», que era de hélice. Cuando la empresa los compraba en los Estados Unidos, venían para la Habana remolcados por algún vapor de carga, menos el «Enmanuel», que vino a impulso de su propia máquina, desde Liverpool, donde fué adquirido.

Una noche corrieron serio peligro dos de estos vaporcitos: el «Victoria» y el «Invencible», cuando al pasar, poco después de las nueve de la noche del día 15 de febrero de 1898, cerca del crucero americano «Maine», que se hallaba fondeado en el centro de la Bahía, hizo explosión éste; y casi los alcanzó con las bombas, granadas y metrallas que aquél lanzaba en torno, sembrando la muerte hasta larga distancia. En el primer momento los patronos de los dos ferrys intentaron aproximarse al crucero para prestarle auxilio a sus tripulantes; pero el peligro aumentaba por segundos; y hubo al fin que alejarse a toda marcha del

sitio en que la conflagración se hacía cada vez más espantosa.

A veces, también de noche, y en medio de la travesía, sonaba la voz de «¡Hombre al agua!», y el vaporcito tenía que detenerse para echarle sus salvavidas a algún suicida que se había arrojado al negro abismo; y que pocas veces lograba salvarse, a causa de la fuerte arrancada que el ferry llevaba en su marcha. Por lo general había que abandonar al suicida a su suerte.

Cuando estos vaporcitos fueron desplazados por los autos y guaguas que hacían el servicio por la carretera de Regla y Guanabacoa, en su deseo la empresa de los ferrocarriles de sacarle algún provecho al mejor de aquellos ferrys—el titulado «Guanabacoa»—lo dedicó a cabaret flotante, haciéndolo salir mar afuera con los parranderos que quisieran divertirse, mediante una pequeña retribución; pero le sucedió al pobre «Guanabacoa», convertido en cabaret, lo que a los viejos que a última hora se dedican a «cumbancheros»: que nadie los sigue; que se quedan solos; que hacen el ridículo; y que acaban por embarrancar en alguna fangosa ensenada, donde al fin se van cayendo a pedazos; y ahí está, o estuvo largos años, el «Guanabacoa», en la de Mari-Melena, como triste nostálgico recuerdo de aquellos alegres vaporcitos de Regla.

La tripulación de estos vaporcitos concretábase a tres maquinistas y tres patronos, con sus correspondientes auxiliares y fogoneros, que se turnaban cada seis horas. El primer viaje empezaba a las cuatro y media de la mañana—poco después del cañonazo de las cuatro—hora en que salían simultáneamente de los espigones de Regla y Luz los primeros ferrys, hasta las once y media de la noche; y después, el de la una de la madrugada, que llamaban el de «los teatros». Recordamos entre los empleados de tierra los hermanos Saediñas, Enrique Soler, que fué muchos años jefe de la estación de Regla, y Guillermo Sopo, de la de Luz; Esteban Torredeme, que era segundo encargado del equipaje; los torniqueteros Villoch y Galán; los porteros Juan de Armas y Gurrás; y Luis, que era el sereno. De los maquinistas recordamos a Reboledo, Miguel y Manuel; y los patronos o timoneles Vizquez, Castroman, y un tal Bartolo, alto, seco, delgado, verdadero tipo de hombre de mar.

Estos patronos eran por lo general antiguos pilotos y marinos retirados. Durante la travesía, que duraba poco más o menos un cuarto de hora, solía subir a toldilla, a charlar con ellos en la caseta del timonel, algún pasajero «de categoría», militar retirado, antiguo marinero o agente de casas consignatarias, y por un momento añoraban sus viajes trasatlánticos del tiempo viejo. . .

En días de lluvia y de fuerte viento y marejada, los vaporcitos se encabritaban luchando con los «desencadenados elementos»; y los pasajeros podían hacerse la ilusión de que llevaban a cabo una arriesgada travesía sobre alta mar; y lo mismo en las mañanas de neblina, cuando el vaporcito se veía en la necesidad de atravesar la bahía con toda clase de precauciones, haciendo sonar el pito continuamente. Un detalle

si algún perro callejero de Regla se metía al vaporcito y trataba de desembarcar en la Estación de Luz, en el acto lo obligaban a reembarcarse en los vapores de la Habana que vagaban por aquellos alrededores; y viceversa, hacían lo mismo, los perros de Regla con los que venían de Luz; lección de amor y amor patrio que debieran aprovechar los que se abren a puerto a cuanto bicho viviente y de la peonía quiera asaltarlo.

Los vaporcitos de Regla tenían sus días de gran actividad: cuando las fiestas de la Virgen de Regla, la Tutelar de Guanabacoa; y también en un tiempo lejano, cuando toreaban en el ruedo de Regla los famosos espadas, entre los que se recuerdan el Halcón; el Minuto; el Almendro; Luis Mazzantini y otros de igual renombre. En las cámaras lucían éstos sus trajes de luces; y en el compartimiento de cartones y cargas, los picadores erguían, sobre sus escuálidas cabalgaduras, y rodeados de curiosos y monos sacos, sus arrogantes y recias figuras de mozos de las andaluzas. En las fiestas de Regla y Guanabacoa tal parecía que iban a hundirse los vaporcitos, por el excesivo número de pasajeros que llevaban. ¡Qué emocionados diálogos de amor, entre las enamoradas durante la travesía! ¡Qué gratos aproximamientos en los reducidos espacios de la nave!

La vida de Guanabacoa puede decirse que tenía en aquellos tiempos su reconcentración más pintoresca en la Estación del Ramal. La llegada y salida de los trenes se señalaban por una o dos campanadas, respectivamente, arreglando sus relojes, al oír las, los mozos de la pintoresca villa: desde que se suprimieron los trenes del Ramal y dejaron de sonar aquellas campanadas, puede decirse que no hay hora fija en Guanabacoa; porque cada reloj marcha por su cuenta.

En los alrededores de la Estación de Guanabacoa había un buen número de aquellos antiguos coches, sencillos y cómodos, tirados por lo general por una pareja de briosos caballos, que fueron después sustituidos por destartados fotingos de relances y desvencijados y malolientes guaguas. Entre aquellos cocheros de Guanabacoa destacábase por su conversación ruidosa y pintoresca, el popular «Manteca», el conocido como Alonso, y Rafael Pozo, padre éste de un Pozo que fue después uno de los fundadores del cuerpo de Maleteros de la Habana. En el Muelle de Luz hervía el mundo de maleteros, de los que recordamos a Juan Familia, que era un fanático jugador de pelota; un negrito, delgado y ligero como una ardilla, al que llamaban «Chivirico».

Después de la última campanada, con la que se daba la señal para que arrancase el ferry, inmediatamente se cruzaba una cadena de uno al otro extremo de la plataforma del espigón que conectaba con el vaporcito, a fin de evitar que ningún pasajero intentase saltarlo después de haber desatracado del muelle; en algunas veces el tal pasajero prescindía en su cumplimiento de la advertencia, y dando un salto de cabeza en el agua, de donde era extraído entre la rechifla y las burlas de los que habían presenciado el batacazo. Lo mismo sucedía cuando al aproximarse el ferry al espigón, algún paseajero se apresuraba a desembarcar el primero, para no quedarse atrás, o alcanzar un buen puesto en las guaguas de Estanillo, que esperaban en la Plazoleta de Luz.

Todos los pueblos tienen uno o varios tipos que se hacen populares por sus rarezas y pintorescas extravagancias: Guanabacoa no podía pasarse de suyo; y éste era, por los tiempos a que se refiere la presente postal, un mulato claro que empujaba el codo más de la cuenta, al que le llamaban «Tripita», y cuyo verdadero nombre casi se desconocía. Iba de bodega en bodega pidiendo su caña; se echaban en un jarro que siempre le acompañaba; para distraer a los muchachos les cantaba una tonada que decía:

*Una gallinita ciega  
en un pozo se cayó,  
y cuando se estaba ahogando  
hacia clo, clo, clo.  
Yo no siento la gallina  
ni el dinero que costó,  
pero siento los pollitos  
que hacían pió, pió, pió, pió.*

Los muchachos gozaban oyéndole cantar esas cosas; siempre le seguían un buen número de ellos. Las señoras les infundían miedo a sus chiquillos majaderos, diciéndoles el nombre de Tripita. Cuando la epidemia de viruelas, en Guanabacoa, Tripita dormía en el carro de la lechuga, y murió a los noventa y pico años. Un Diógenes criollo, sin filosofías. Una vez, Diego Franchi alcalde, cuéntase que para ver si gustaba un poco la bebida lo obligó a trabajar en la bodega de la Casa de Socorros, ordenándole a la portera, cuya estación estaba al lado, que lo vigilara y que lo dejara salir a la calle. A los tres o cuatro días, cuando todos creían que el alcoholista se había modificado, se lo encontró Franchi completamente bebido. Los señores aseguraban que no había salido a la calle para



nada, hasta que se descubrió que haciendo la limpieza de dicha casa de socorros, Tripita se había tomado todo el alcohol que contenía un enorme frasco, para una conservación científica.

Tenía Tripita la costumbre de asistir a los entierros de Guanabacoa, sobre todo, a los de las personas más conocidas; guardando el mayor respeto durante el acto, pero al terminarse éste, y disponerse la concurrencia a salir para la calle, él era de los primeros que lo hacía, cantando su eterna tonadilla, esta vez con remarcado acento filosófico:

*Una gallinita ciega  
en un pozo se cayó...*

Aparte los señalados días de fiesta a que hemos hecho referencia, los «vaporcitos» de Regla tenían además, a su favor, durante el día, las horas correspondientes a las salidas y llegadas de trenes de viajeros, que entonces lo hacían en la Estación de Regla del Ferrocarril de la Bahía de la Habana; y que eran las siguientes: las seis de la mañana, para tomar el tren de viajeros que salía a las siete y diez para Matanzas, Jovellanos, Colón, Vuelta Arriba, etc.; las diez, para trasbordar el pasaje que venía de Matanzas y las Villas; y las cuatro y las seis de la tarde, para llevar a Regla y traer al Muelle de Luz el procedente de aquella ciudad. La isla entera se embarcaba en aquellos vaporcitos; a esa hora de la tarde se les veía casi siempre muy inclinados de la banda derecha, lugar en que se aglomeraban los pasajeros de primera clase. La llegada a la Plaza de Luz era una verdadera fiesta, con los agentes de los hoteles; los maleteros; los coches; todos ofreciendo sus servicios; y el no corto número de familiares que acudía a recibir a los viajeros.

Gustábase a la juventud habanera, que a ciertas horas iba a embarcarse en el Muelle de Luz, ver salir de los «vaporcitos de Regla», y desfilar por aquel «el mujerío de Guanabacoa», famoso por sus ejemplares de distinguida elegancia y notable belleza, que venía a la Habana a sus visitas y compras, acompañado de sus padres. Recordamos entre las familias más conocidas de Guanabacoa, las de Cristóbal de la Guardia, Pancho Goiry, Camilo Ortega, Diego Franchi, los Guanche, los Carrerá, Pancho Eligio, Félix Brito, Dres. Casta-

nón y Sabadí, Comoglio, Carcasés, Pepe Lima, Custodio, Arus, Pepe Ramírez, Santiuste, Viendi, Guiral, Pancho Calzadilla, que entró en el juzgado a los 12 años y murió a los setenta y cuatro siendo el Decano de los Escribientes; su pariente el entonces joven Jesús, que escribía en «La Discusión», y era amigo jovial y cariñoso de todos los empleados del Ramal; los Castanedo, Joaquín Fuero, padre de Fernandito Fuero; Ricardo Urrutia, los Echemendía, los Tellería, los Duarte, la familia Tiburo, Miguel Valera, Emilio Letamendi, Eduardo Tosar, el Dr. Francisco Rivero; el gran educador Pedro María Montaner; los Bellidos de Luna, Antonio Nattes, Pablo Santos, el padre de Pablo, el compañero de Jesús Artigas; el doctor Pancho Héctor, que actualmente es el médico más viejo de Guanabacoa; Pabullín Sotolongo, D. Ángel Castro, D. Ángel Urzaiz, padre de las señoritas Urzaiz, directoras de la revista «La Golondrina»; Pepe Fernández Pellón; el doctor Mencía, los Gavilán, etc., etc. A menudo veíanse en los trenes del Ramal, a los Padres Zumaya, Muntadas, Fábregas y otros nombrados sacerdotes de las Escuelas Pías, establecidas en aquella villa: el queridísimo y popular P. Muntadas, con su nariz roja como un pimiento...

De las familias de Regla recordamos las de Jaime Mayol, los Vilarellos, los Bosch, los Pinos, Alburquerque, Oscar Lunar, Tomás y Antonio Alfonso, Loredo, los Schusse, nietos de la poetisa Luisa Pérez de Zambrana; los Garau; Alemán, y otros.

De aquel pasaje que a diario iba y venía por los «vaporcitos» de Regla, formaban parte entonces dos jóvenes estudiantes, nativos de aquella villa, que se dirigían a sus clases: primero, a las del Instituto de Segunda Enseñanza; y después, a las de la Universidad de la Habana; y que más tarde, cuando recibieron sus títulos y se graduaron, fueron honra y prestigio del Cuerpo Médico de Cuba y figuraron como miembros prominentes de los más renombrados centros científicos del orbe: José Antonio Prensó y Antonio María Valdés Dapena.

Una noche, al fin, desatracaron de los espigones de Luz los dos últimos ferrys, a los que les tocaba el turno de Regla y Casa Blanca... y no volvieron más a la Habana LOS VAPORCITOS DE REGLA.

# Nuevo Plan de Lotería, a Partir del

## Sorteo el día 14 de Junio

### BILLETES CON TERMINALES

#### EL PLAN DEL MILLON

1 Premio Mayor de .....	\$ 70,000.00
1 " Segundo de .....	" 10,000.00
1 " Tercero de .....	" 5,000.00
10 Premios de .....	" 500.00
20 " " .....	" 100.00

18 Premios de \$1,500.00 cada uno a los tres terminales del primer premio. Cada fracción gana \$15.00, la hoja \$150.00 y el entero \$1,500.00.

18 Premios de \$500.00 a los tres terminales del segundo premio. Cada fracción gana \$5.00, la hoja \$50.00 y el billete entero \$500.00.

18 Premios de \$200.00 a los tres terminales del tercer premio. Cada fracción gana \$2.00, la hoja \$20.00 y el billete entero \$200.00.

1,029 Premios de \$60.00. 2 Aproximaciones anterior y posterior al Primer Premio de \$500.00.

2 Aproximaciones, anterior y posterior al Segundo Premio, de \$200.00.

2 Aproximaciones, anterior y posterior al Tercer Premio, de \$120.00.

99 Aproximaciones al resto de la centena del Primer Premio, de \$60.00.

99 Aproximaciones al resto de la centena del Segundo Premio, de \$60.00.

99 Aproximaciones al resto de la centena del Tercer Premio, de \$60.00.

1,419 oportunidades con \$213,800.00 en Premios.

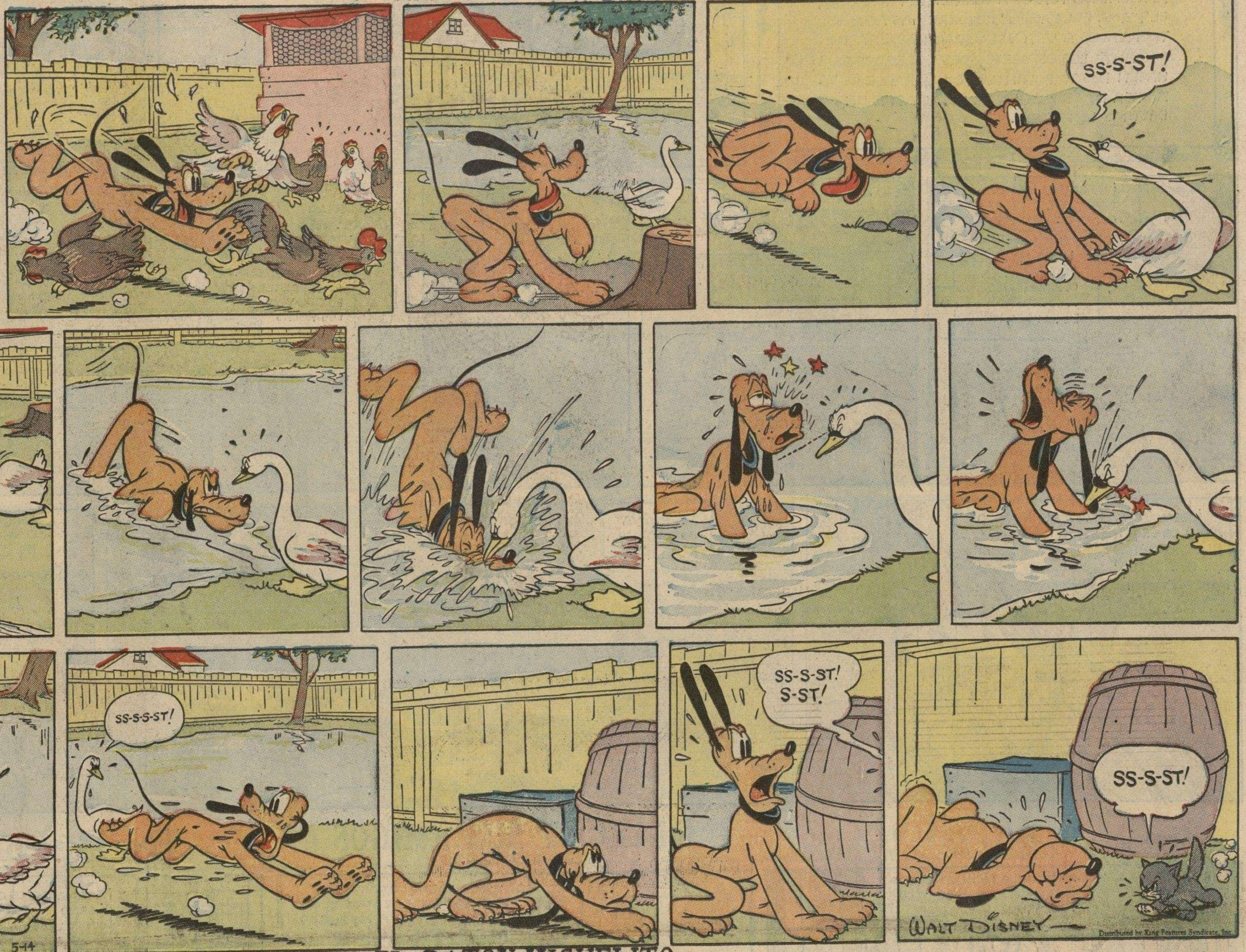
Al jugar su billete y tener derecho al Plan de Lotería y a un Premio Mayor de \$70,000.00, a la vez está jugando su terminal, que puede ganar \$1,500.00, \$500.00 y \$200.00.



# DIARIO DE LA MARINA

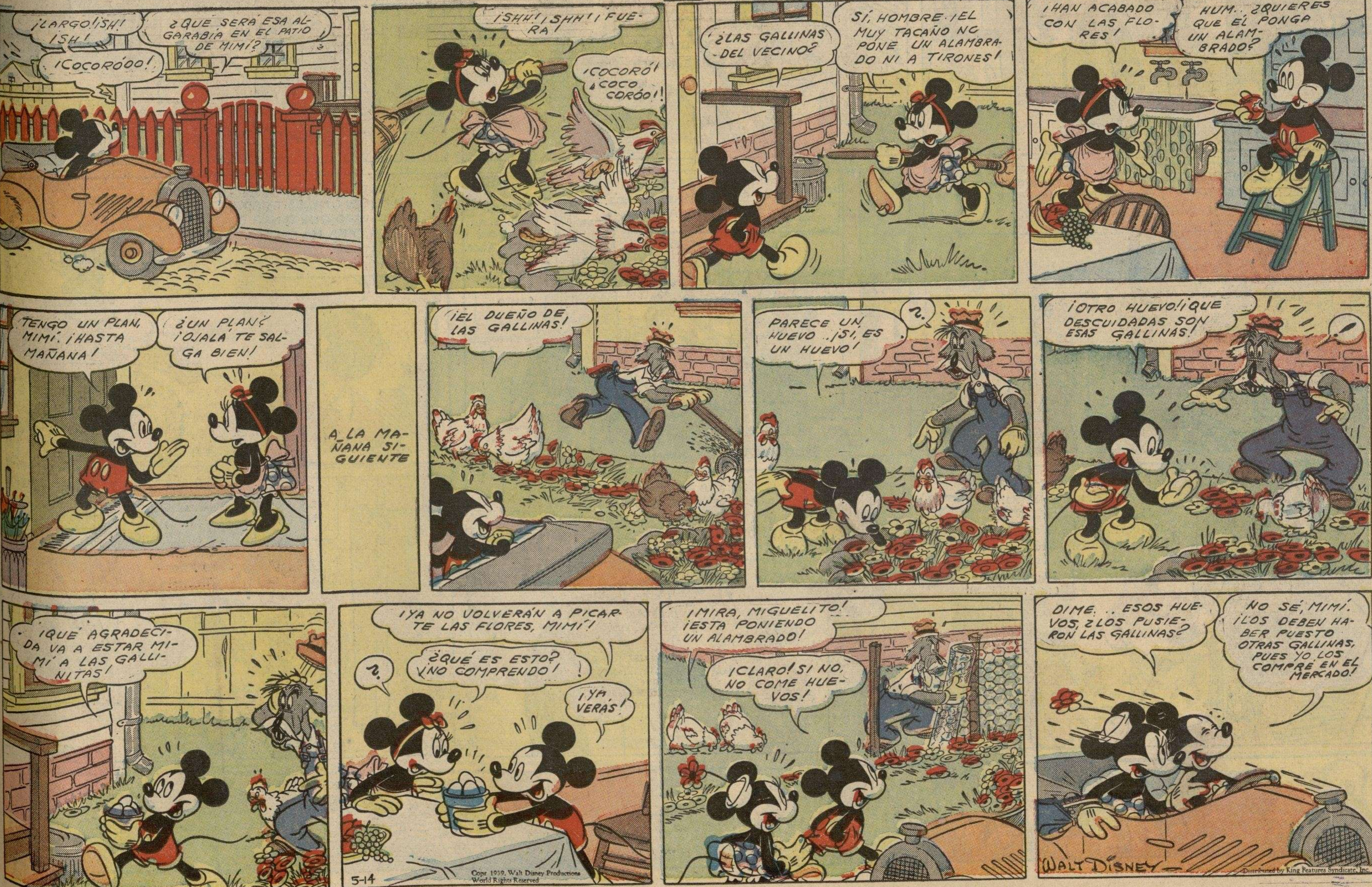
DOMINGO 21 DE MAYO DE 1939

## EL PATITO FEO POR



## EL RATON MIGUELITO

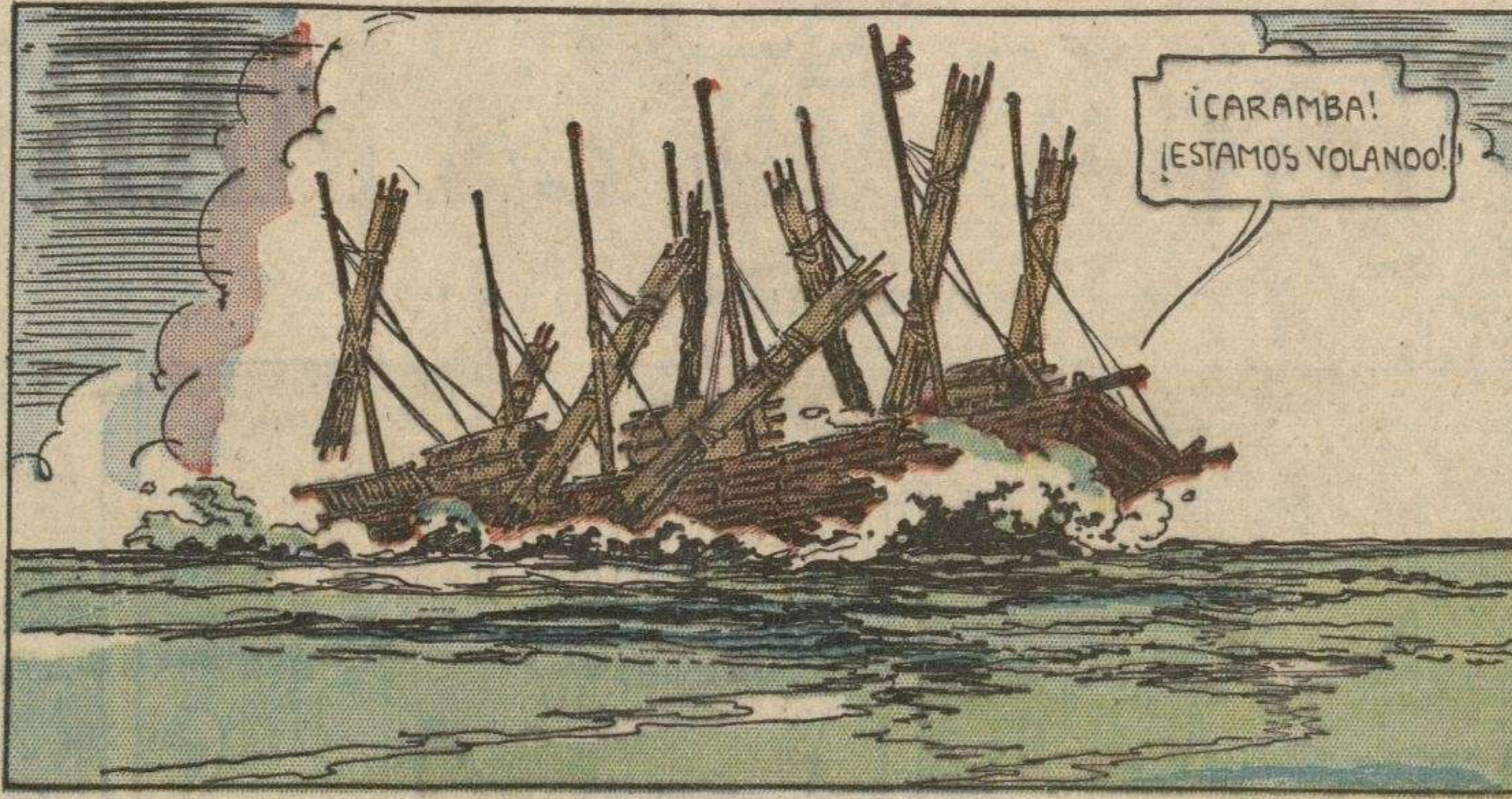
REGISTERED U.S. PATENT OFFICE



# WANG-LA

BRANDON WALSH

ARREBATADO POR UNA CORRIENTE MISTERIOSA EL "REINA DEL BAMBÚ" RECORRE LAS AGUAS TROPICALES A UNA VELOCIDAD INAUDITA, NO OBSTANTE LOS ESFUERZOS DESESPERADOS QUE HACEN LOS TRIPULANTES POR LIBRARSE DE LA FUERZA IRRESISTIBLE QUE LOS LLEVA A UN DESTINO IGNORADO.



¡CARAMBA! ¡ESTAMOS VOLANDO!



¡LA RAPIDEZ DE ESTA MALVADA CORRIENTE AUMENTA POR HORAS!

¡PUES SI CORRE MUCHO MÁS APRISA NOS DESTROZARÁ EL BARCO!

¿QUIEN NEGARÁ QUE PLECUPLASE POR EL MAÑANA ES SEL MUY INFELIZ?



¡CAMARADAS, ESTE BARCO ESTA AOTADO!

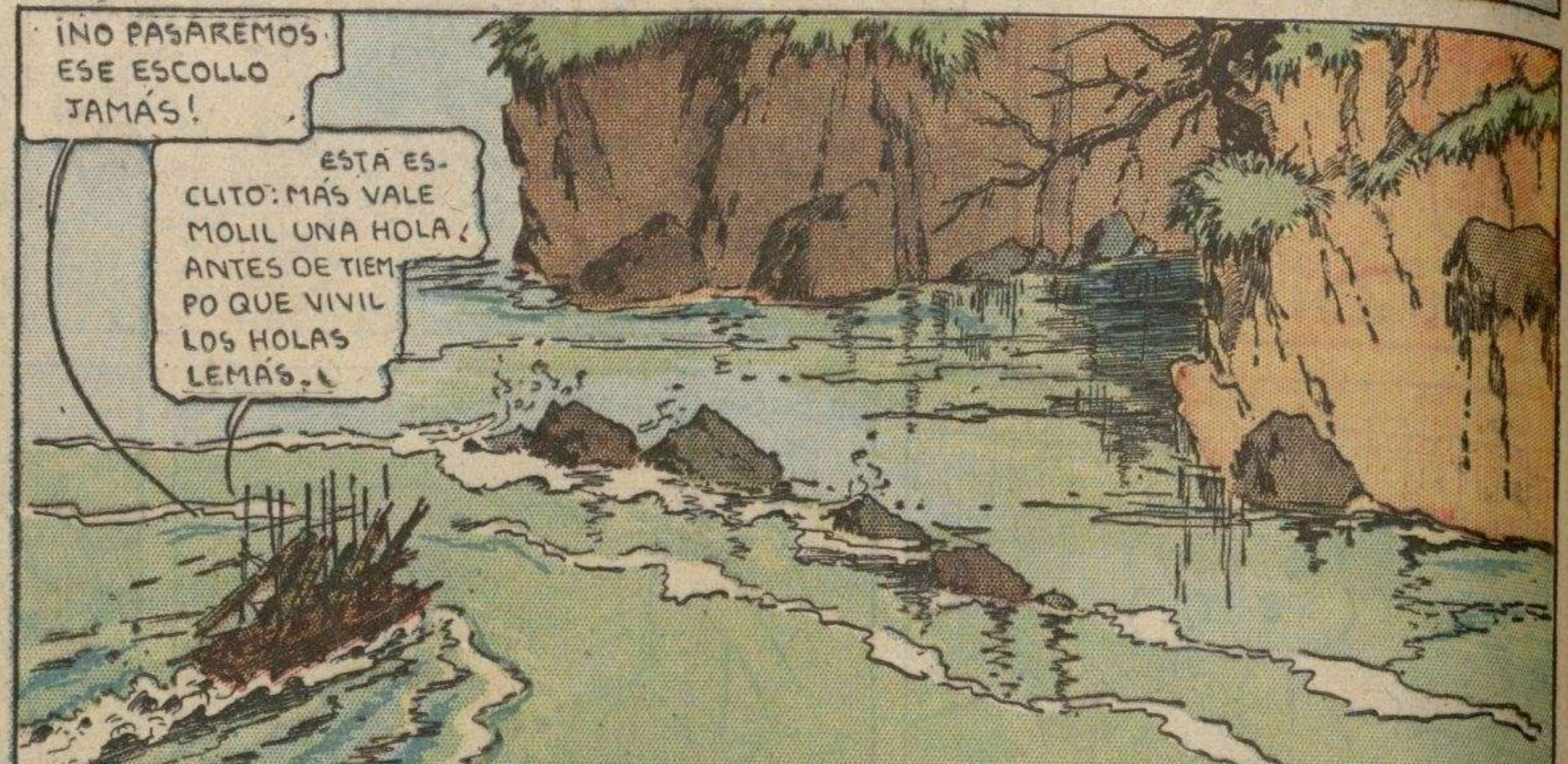
¡ESTO NO ES NATURAL! ¡LA CORRIENTE NOS ZARANDEARÁ HASTA EL FIN DEL MUNDO!



¡VOLANOS SIEMPRE POR ALTA MAR, SIN AVISTAR TIERRA JAMÁS! ¡BONITO PORVENIR!



¡TIERRA! ¡LA PROA!



¡NO PASAREMOS ESE ESCOLLO JAMÁS!

ESTA ESCOLITO: MÁS VALE MOLIL UNA HOLA, ANTES DE TIEMPO QUE VIVIL LOS HOLAS LEMÁS.



¡DESPUÉS LE LECIBIL UN HACHAZO EN LA CABEZA, ES UN PLACEL SEL LEL'LENGALO ESTACAZOS!



¡EL RÍO VA DEBATO DE LA MONTAÑA!

¡MORIREMOS PARADOS EN NUESTRO ATAÚD!



¡LEPETILAMENTE SE HA LICHO: EL AGUA QUE SOSTIENE LA NA-VE ES LA MISMA QUE LA TLAGA.

# ANITA Y SUS AMIGOS

Registered U. S. Patent Office

By Brandon Walsh



¡NO SÉ DECIRLE LO QUE ME PASA, SEÑORA! ¡SIENTO UNA GRAN ALEGRÍA Y AL MISMO TIEMPO UNA GRAN PENA!



SIENTO GANAS DE DAR GRITOS DE ALEGRÍA, Y SE ME PARTE EL CORAZÓN DE TRISTEZA, PORQUE NO SÉ QUÉ HACER. ¡OJALÁ QUE FUESE YO LISTA!



¡PUES ME PARECE QUE NI EL SABIO SALOMÓN RESOLVERÍA ESE ENIGMA! ¡CARAMBA CON LA CHIGILLA!



ERES UNA HUERFANITA... SOLA EN EL MUNDO, SIN HOGAR Y SIN PARIENTES, Y DE REPENTE SE PRESENTA UN MATRIMONIO ENCANTADOR QUE QUIERE ADOPTARTE POR HITA



NO HAN NACIDO PERSONAS MEJORES QUE LOS SRES. WARDE. EL ES MILLONARIO Y AMBOS TE QUIEREN

PERO, TAMBIÉN EL SR. BARNES QUIERE ADOPTARME. ÉL NO ES RICO; PERO ES UN SANTO.



Y ADEMÁS, ÉL NO PUEDE VER MUY BIEN. NECESITA ALGUIEN A SU LADO QUE TENGA BUENA VISTA, PARA NO PERDER SU EMPLEO.



Y A TI TE QUIERE MÁS QUE A LAS NIÑAS DE SUS OJOS. PERO ES MUY ANCIANO. SI ALGO LE PASARA, TÚ QUEDARÍAS SOLITA.

¿QUIERE DE-LIR, SI MURIERA?



¡OJOS NO LO QUIERA!... PERO SE ME OCURRE PENSAR QUE WARDE Y SU ESPOSA SON JOVENES. SI ANOANDO LOS AÑOS, ELLOS TUVIERAN HITOS, ¿QUÉ SERÍA DE TI?



QUEDARÍAS COMO UN CUCHILLO EN UN NIDO DE JILGUEROS. ¡ESO NO ESTARÍA BIEN!... TÚ NECESITAS AMOR DE MADRE... ¡YO, DEBO ADOPTARTE!



# MODESTO RIZOS



SI NO REGRESO EN UNA HORA, ENTRE Y REGISTRÉ LA VIVIENDA. SI, Y MANTENGA LA MANO EN EL REVOLVER!

BUENO, BORO. SON LAS DOCE.



ME ESTOY JUGANDO LA CABEZA; PERO SI PUEDO SOLUCIONAR EL ROBO AL CAMION BLINDADO!

¡PASOS! ¡ALGUIEN VIENE!



DICEN LOS DIARIOS QUE LA POLICIA ESTA DESORIENTADA Y QUE NO HAY TESTIGOS DEL ROBO.

CUANDO VENGA EL "PARTAL", NOS REPARTIREMOS EL DINERO Y NOS IREMOS.

¡EH! ¿QUÉ LE PASA A LA LUZ? ¿SE HABRA QUEDADO ALGO?

¿DÓNDE ESTARA EL INTERRUPTOR?

¡EL MAÑITIN CON EL DINERO! ¡HA DESAPARECIDO!

¡AQUÍ LO TENGO, RIZOS! ¡VAMOS PRONTO!

¿QUIERE DECIR QUE TIENE LOS \$75,000 ROBADOS DEL CAMION BLINDADO?

EN LA CASA DEL EXCÉNTRICO SEÑOR BORO. PERO LOS LADRONES ANDAN SUELTOS. HARÁN OTRA DE LAS SUYAS.

CUANDO HALLO HECHO LLEGAR ESTE DINERO A MANOS DE LA POLICIA, LOS ATRAPAREMOS. ¡TENDRÁ MATERIAL PARA UN BUEN REPORTAJE, RIZOS!

CONTINUARA.

## AVENTURAS DE AGILUCHO

Registered U. S. Patent Office

By Lyman Young

¡QUE MALA SUERTE! ¡APENAS CONOZCO Y ME SIENTO ENAMORADO DE UNA MUCHACHA ENCANTADORA, NOS ORDENAN VOLVER AL CUARTEL!

¡OJALÁ PUEDA VOLVER A VERLA PRONTO!

¿DESEABA HABLARME, MI SARGENTO?

SI, AGILUCHO. TENGO UN ENCARGO ESPECIAL, USTED Y PEPE SALDRÁN PARA BOLONGO.

POR AHÍ HAY DOS TRIBUS RIVALES QUE SE QUIEREN MAL, ESTÁN A PUNTO DE HACERSE LA GUERRA.

PERO PEPE Y YO NO PODREMOS EVITARLO, MI SARGENTO.

USTEDES PUEDEN HACER MÁS QUE UNA COMPAÑIA DE SOLDADOS SI SIGUEN MIS INSTRUCCIONES.

¡CARAMBA, AGILUCHO! ¿Y QUE NEMOS DE HACER NOSOTROS?

PRIMERO TE DIRE LO QUE ME DIJO EL SARGENTO.

"PARECE QUE EL REY JIBI, DE LA TRIBU DE LOS DWANUOS, TENIA UNA CORONA GROTESCA; PERO VALUOSA."

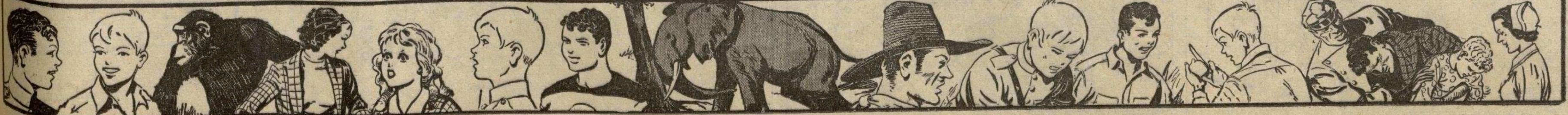
UN ESPÍA DE UNA TRIBU RIVAL DESCUBRIÓ EL ESCONDITE DE LA CORONA.

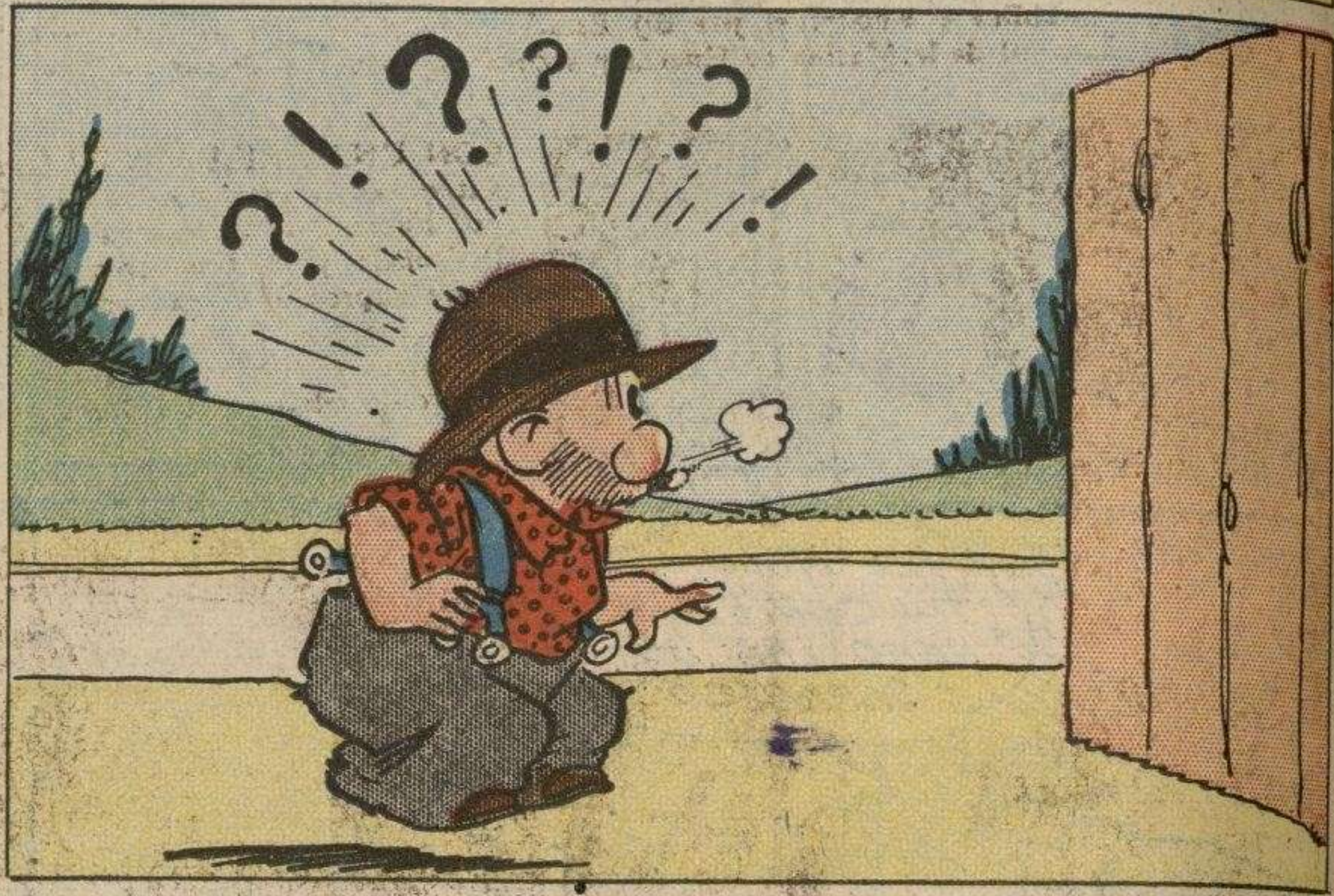
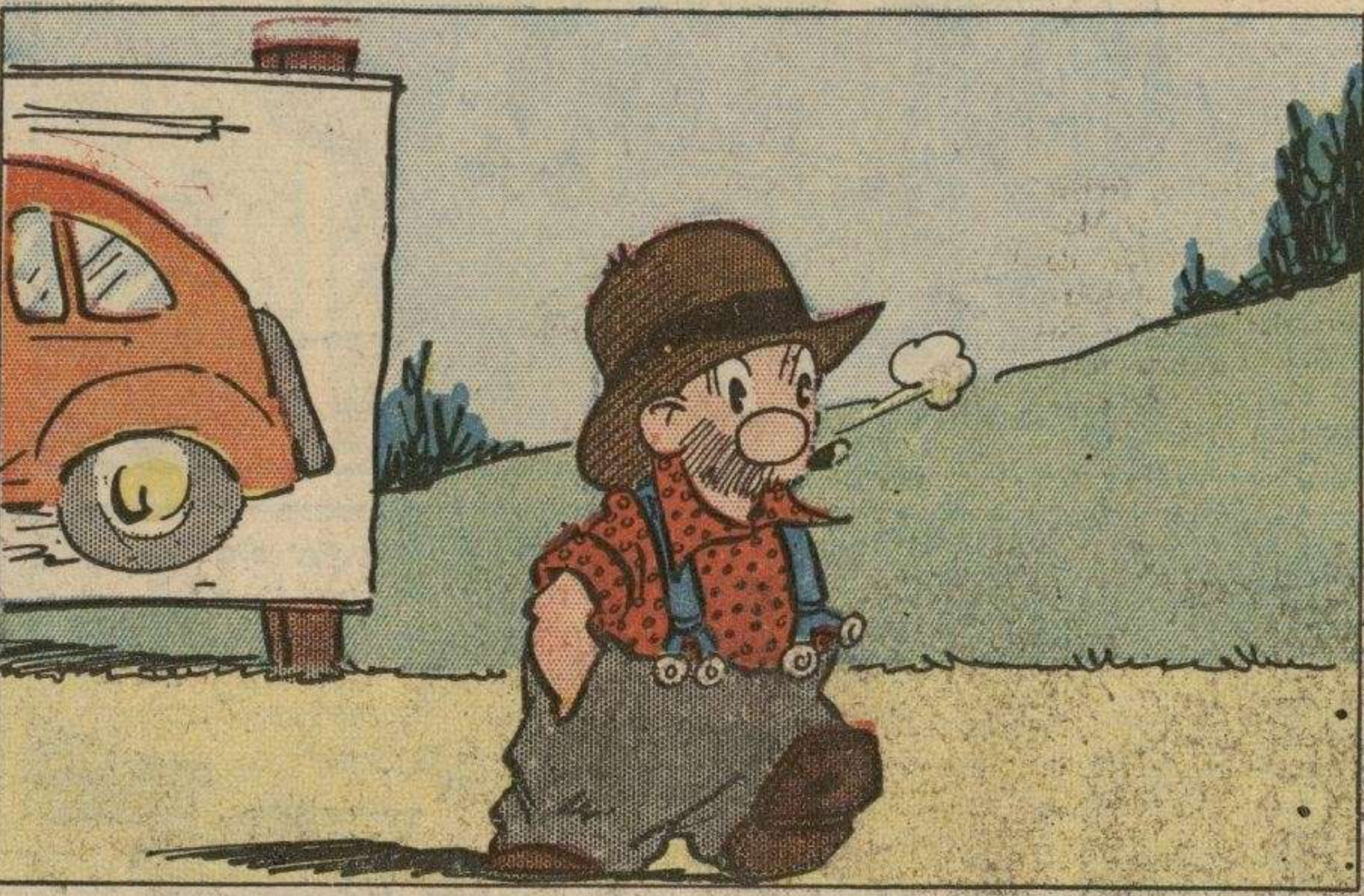
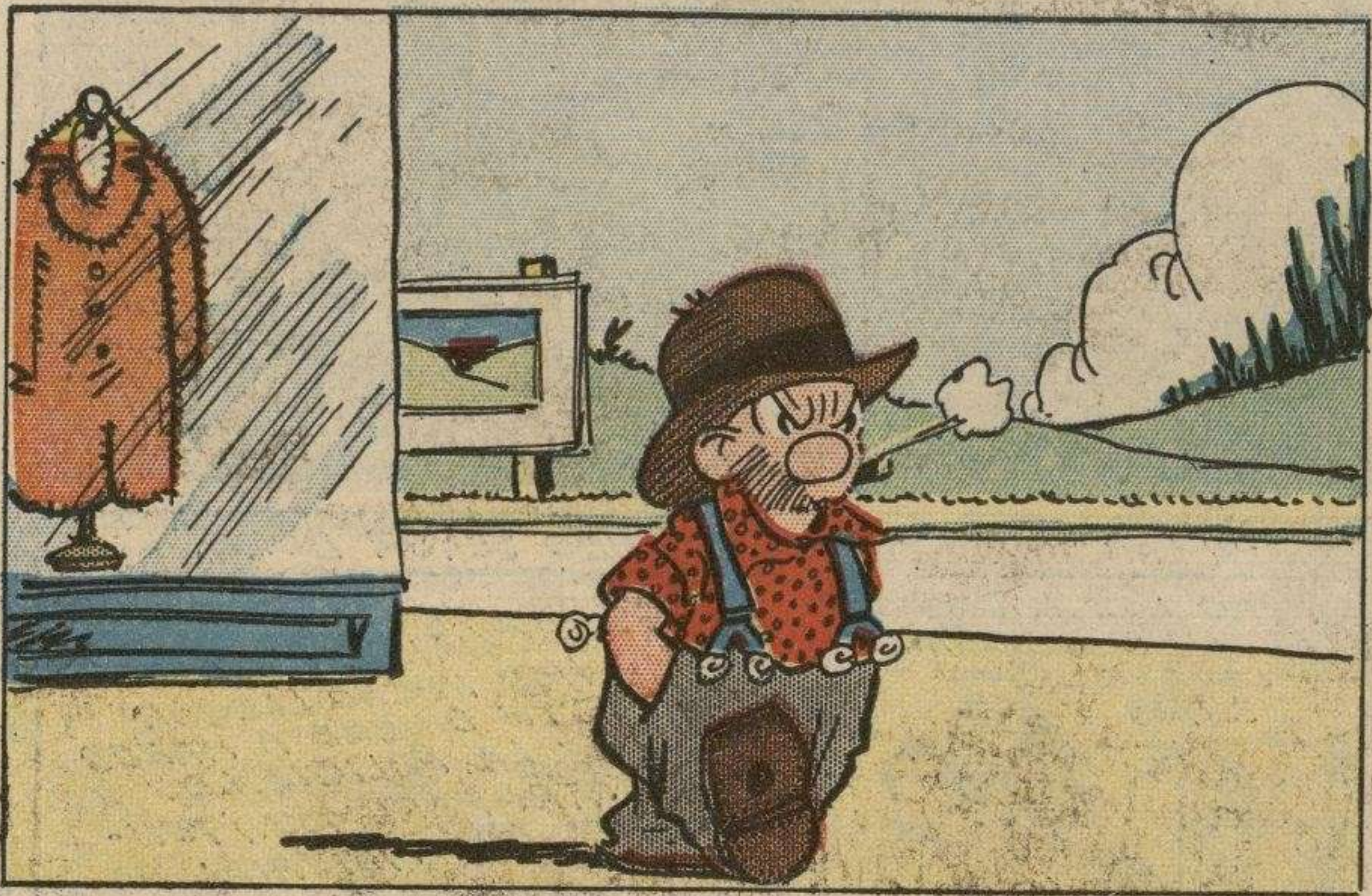
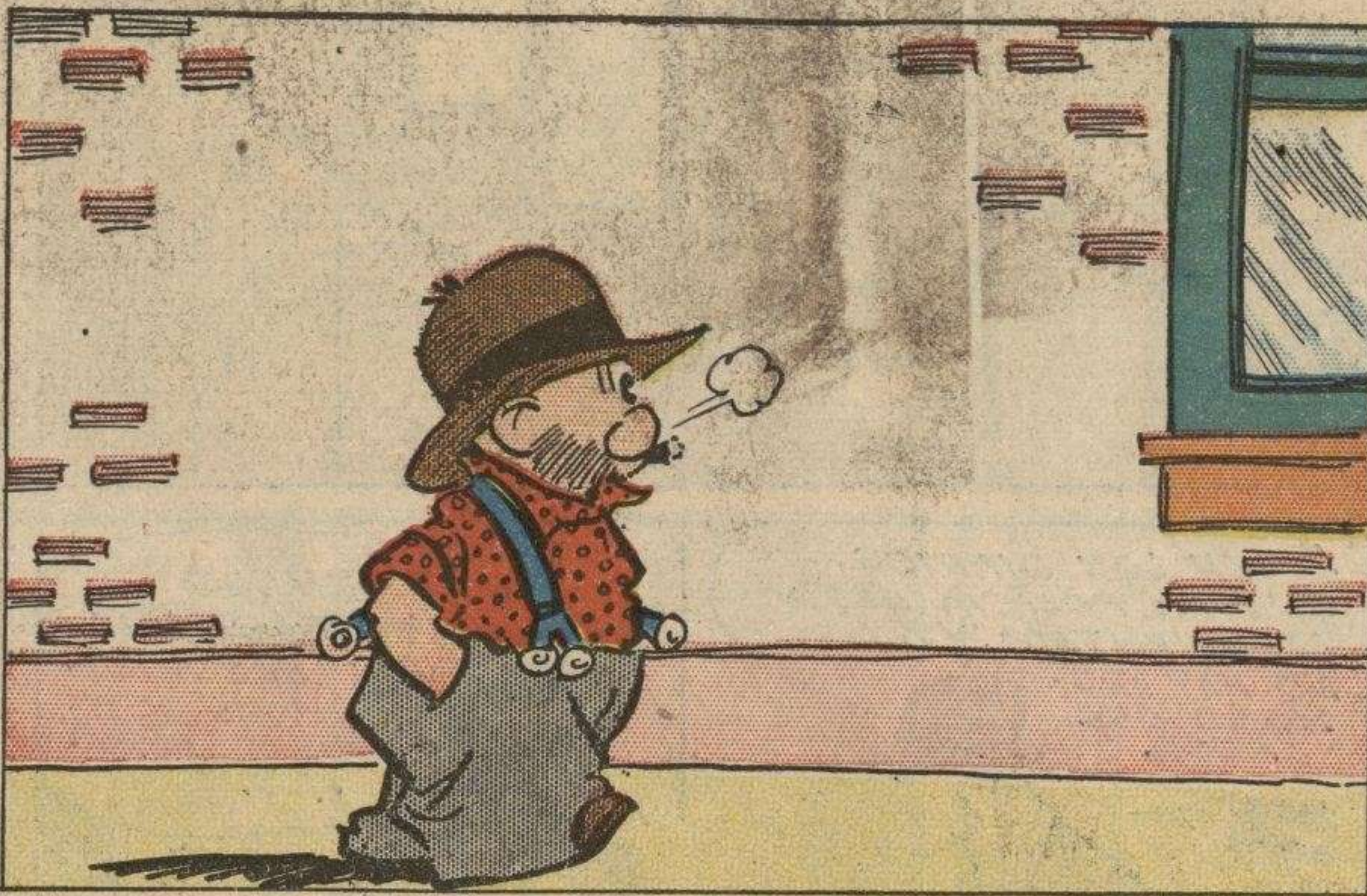
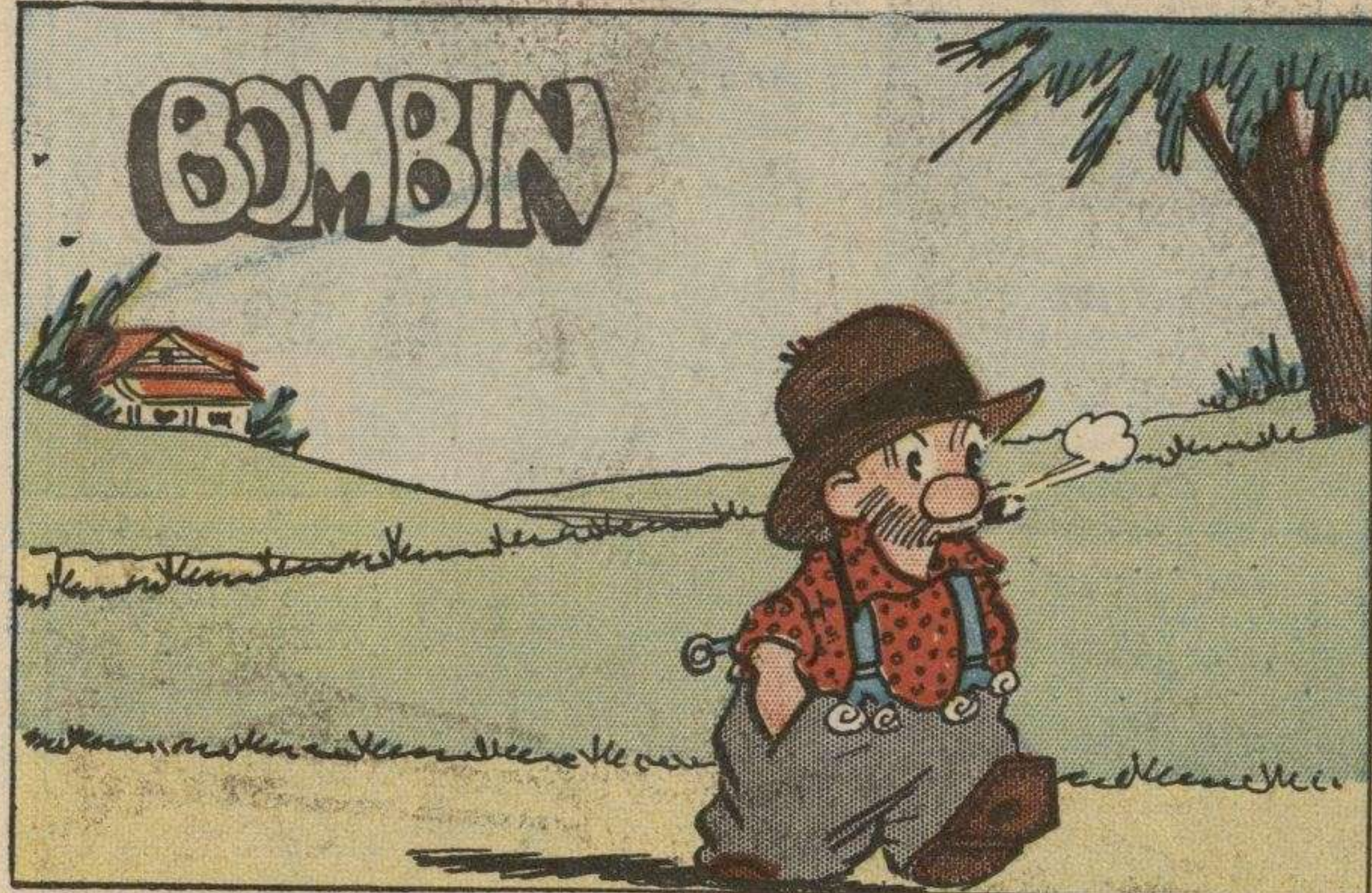
DICE EL SARGENTO QUE EL ESPÍA SE ROBO LA CORONA Y LA PRESENTO A TOLUKA, JEFE DE LOS FIEROS SHAQOOMOS.

¿Y QUÉ QUIERE EL SARGENTO QUE HAGAMOS?

TENEMOS QUE RECOBRAR LA CORONA ROBA DA, PEPE, E IMPEDIR QUE HAYA GUERRA ENTRE LAS TRIBUS JIBI Y TOLUKA.

CONTINUARA.





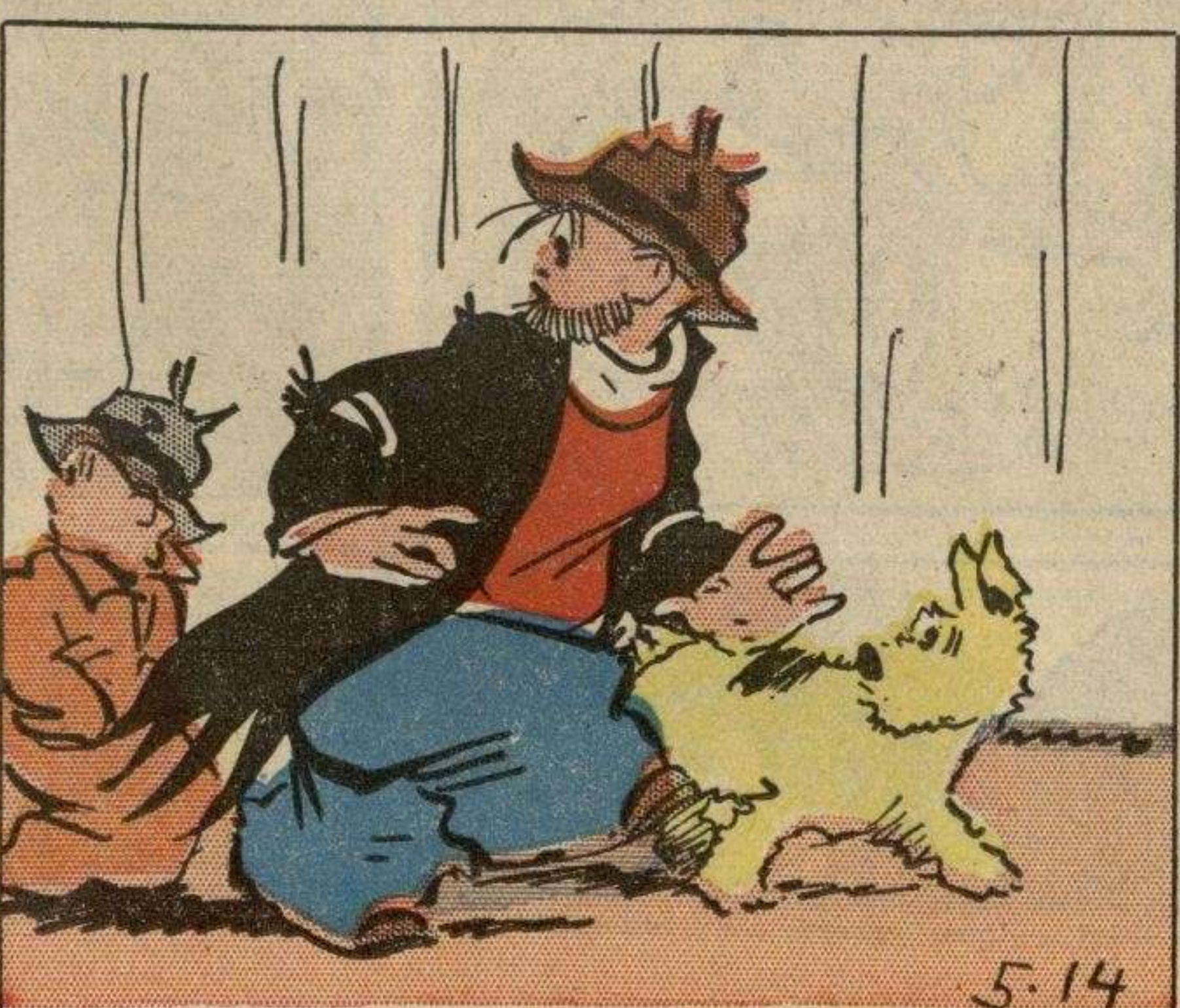
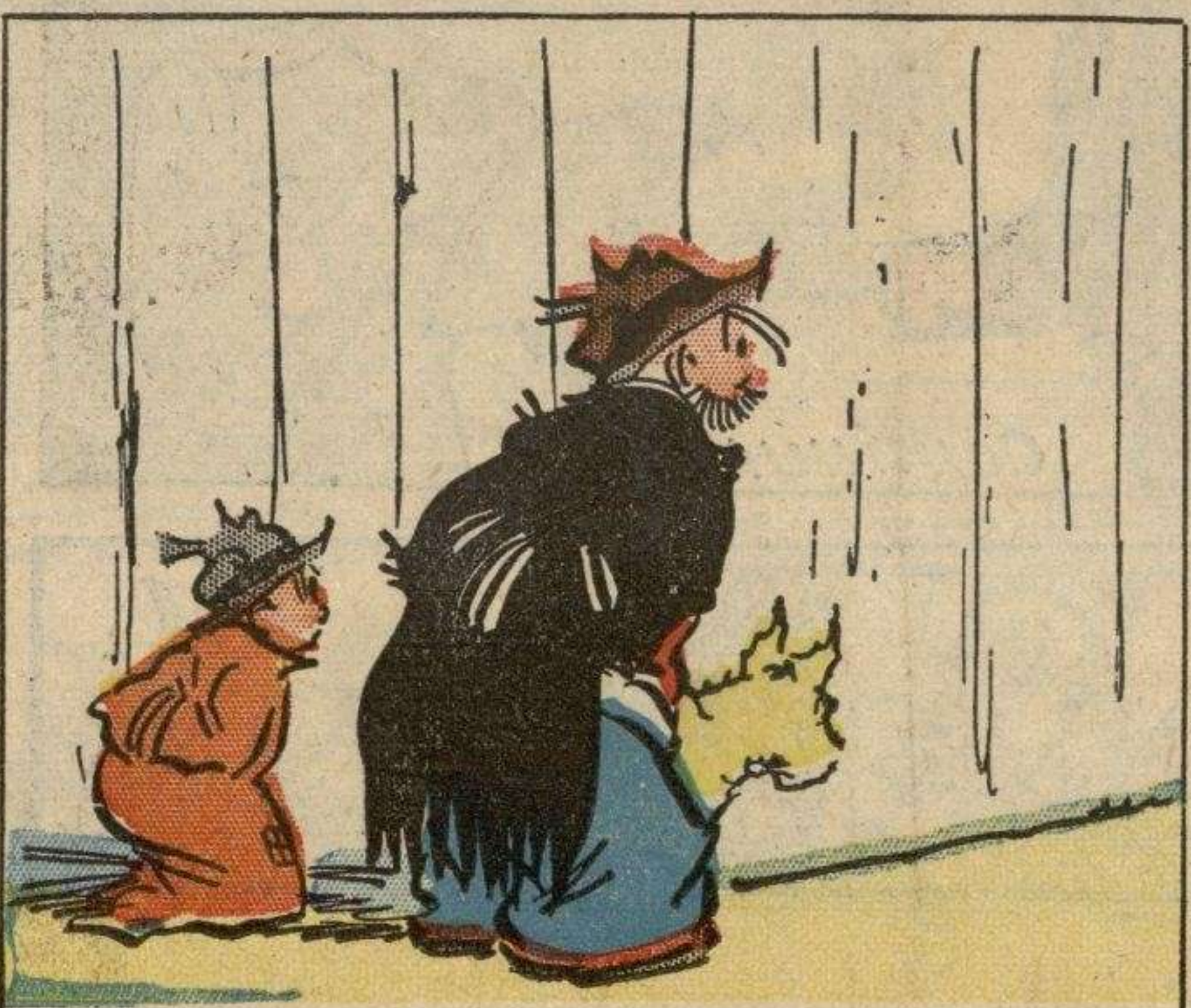
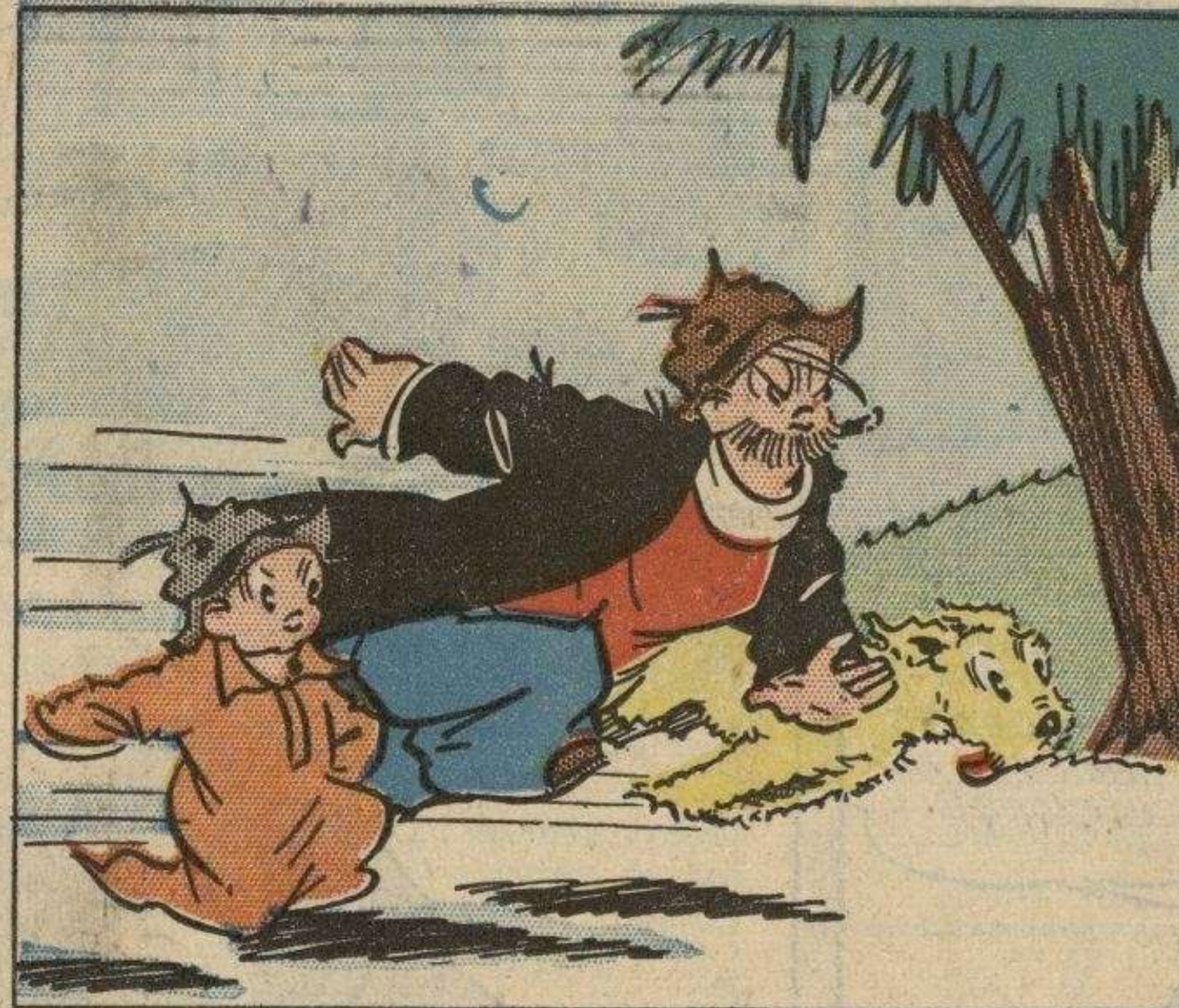
Copr. 1939, King Features Syndicate, Inc., World rights reserved.

5.14

C.D. RUSSELL

PEDRO HARAPOS

Registered U. S. Patent Office



5.14

Copr. 1939, King Features Syndicate, Inc., World rights reserved.

C.D. RUSSELL